
HARLEQUIN
Deseo
El ojo del tigre
Diana Palmer

Eleanor había estado profundamente enamorada de Keegan Taber, un hombre que la había utilizado para vengarse de la mujer que realmente amaba. Cuatro años después, Keegan estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para que Eleanor volviera a amarle. Pero ella parecía estar interesada en otro hombre. Aun así, Keegan decidió que iba a hacer todo lo posible por recuperarla antes de que fuera demasiado tarde



Diana Palmer

El ojo del tigre

Deseo - 1644

ePub r1.0

Capítulo 1

Eleanor Whitman vio el Porsche rojo aparcado en el sendero. Aceleró deliberadamente y pasó junto a la caseta de vigilancia de la enorme finca K. G. Taber, en las afueras de Lexington, en Kentucky. Conocía el coche demasiado bien para equivocarse y sabía quién lo conducía. A pesar de sus esfuerzos por controlarse, su ritmo cardíaco se aceleró. Tenía motivos de sobra para odiar al propietario del coche.

Sus delgadas manos se tensaron sobre el volante. Respiró varias veces a fondo antes de dejar de temblar, hasta que la aprensión desapareció de sus grandes ojos negros.

Sin saber a dónde iba, se internó en una larga y tranquila avenida bordeada por árboles. Lexington estaba formado por una serie de pequeñas comunidades, cada una con personalidad propia y vecinos que casi formaban una familia. Con frecuencia, Eleanor había deseado poder vivir con su padre en la ciudad; en vez de en la granja. Pero en la casa en que vivían no tenían que pagar alquiler mientras viviera su padre. Era una especie de beneficio suplementario para los empleados de los Taber. En la inmensa granja vivían docenas de empleados: carpinteros, mecánicos, granjeros, un veterinario y un entrenador con sus respectivos ayudantes, un herrero... La lista era larga. En la granja había dos caballos de carreras que habían sido campeones. Uno había ganado la Triple Corona. Había también una selecta colección de toros de raza Angus.

El padre de Eleanor era un buen carpintero. Alternaba la reparación de los edificios ya existentes con la colaboración en la construcción de otros nuevos. Tres meses antes había sufrido una mala caída y se había roto la cadera. En la actualidad, se recuperaba siguiendo una intensa terapia física. Los Taber habían cuidado de él, pagando su seguro y todos los gastos, a pesar de la

negativa de Eleanor. Su puesto de trabajo seguía esperándole para cuando se pusiera bien, lo que según los doctores sería pronto. Mientras tanto, Eleanor cuidaba de él dando gracias a Dios de que no se hubiera matado. Él era todo lo que tenía.

En su adolescencia, Eleanor se había enamorado de la enorme casa blanca con largos y abiertos porches y elegantes columnas. Y, sobre todo, se había enamorado de Keegan Taber. Aquello había sido su ruina. Sin embargo, los cuatro años de estudios de enfermería en Louisville la habían hecho madurar. Su decisión de aceptar una plaza en un hospital particular de Lexington había sido una prueba de dicha madurez. Cuatro años antes, había sucumbido al encanto de Keegan y había aceptado una trágica cita con él sin conocer sus auténticos motivos para salir con ella. Desde entonces, le había odiado. Hablaba con él únicamente cuando no podía evitarlo y nunca se le acercaba. Le había costado mucho tiempo superar lo ocurrido y solamente ahora comenzaba a vivir de nuevo.

Lo que la sorprendía era que Keegan había estado actuando de un modo extraño desde que ella había vuelto. No parecían importarle ni su desdén ni sus miradas de odio. No dejaba de visitar al padre de Eleanor en su casa. Los dos hombres habían hecho amistad y a ella le asombraba la cantidad de tiempo que pasaba con su padre. Era muy extraño porque él atendía diversos negocios y se suponía que debía estar muy ocupado.

Ahora que su padre, Gene Taber, comenzaba a notar la edad, Keegan había asumido la mayor parte de las responsabilidades. Era hijo único. Su madre había muerto muchos años antes y los dos hombres vivían solos en Flintlock, la enorme finca. Flintlock había sido lugar de un suceso milagroso durante la colonización de Kentucky. Durante los combates entre pioneros e indios, los colonizadores se quedaron sin agua. La esposa de un pionero, según la leyenda, la misma Becky Boone, esposa de Daniel, condujo a las mujeres del campamento hasta un arroyo para recoger agua en sus cubos. Y, ¡milagro de milagros!, los indios dejaron de disparar hasta que las mujeres estuvieron a salvo junto a los hombres. Había un mojón señalando el histórico lugar, en medio de una dehesa. Los turistas seguían desafiando a los toros para acercarse a leerlo.

Eleanor pasó junto a la dehesa y recordó haber ido a verlo con Keegan tiempo atrás. Qué ingenua había sido, qué enamorada

estuvo de él. Bueno, todo había terminado ya. El propio Keegan la había curado. Pero la experiencia casi le había costado la vida. Se había sentido como muerta durante muchísimo tiempo. Sin embargo, gracias a Wade volvía a sentirse viva. Le había invitado aquella noche por primera vez para que conociera a su padre. Eleanor confiaba en que a Keegan no se le ocurriera visitar a Barnett Whitman precisamente aquella noche para jugar la acostumbrada partida de ajedrez.

Quería que Wade y su padre tuvieran la oportunidad de conocerse bien. Pensó irritada que Keegan sólo sería un estorbo. Sonrió divertida al recordar sus primeros encuentros con Wade Granger. Había sido paciente suyo y se había tomado a broma sus invitaciones, pensando que se le pasaría cuando dejara el hospital. Pero no había sido así. Primero le mandó flores. Luego dulces. Se había sentido conmovida con sus atenciones y había bajado la guardia. Él había aprovechado la oportunidad, sonriendo como un gato de una tira cómica, con su cabello negro y sus ojos brillantes y divertidos al ver el asombro de Eleanor.

-¿Qué hay de malo en mí? -1e había preguntado-. Soy soltero, rico y sexy. Estoy algo grueso, ¿y qué? ¿Te parezco aburrido? ¿Es eso?

Había intentado explicarle que su padre y ella no eran ricos y que no le parecía buena idea comprometerse con él.

-¡Tonterías! -había contestado él secamente-. No te estoy proponiendo matrimonio. Sólo quiero que salgas conmigo. Ella había accedido, pero le había invitado a cenar en su casa en vez de en un restaurante. Pensaba que tal vez se desanimara cuando viera cómo vivía.

Era un hombre agradable y a ella le gustaba. Pero no quería comprometerse. Keegan la había curado de su romanticismo. Ahora conocía muy bien las consecuencias de entregar su corazón, de confiar en que un hombre correspondiera a su amor. Su padre no tenía la menor idea de su relación con Keegan y prefería que siguiera ignorándolo. Sólo habían salido una vez, una noche en la que ella había creído en las hadas. ¡Qué lástima no haber sido más sensata! Pero se había quedado atónita por el interés de Keegan y no había dudado ni un instante. No había sospechado siquiera que Keegan la utilizaba para recuperar a la mujer a la que realmente

amaba. A menudo se preguntaba qué habría sido de Lorraine Meadows: Keegan había anunciado su compromiso con Lorraine a la mañana siguiente a su cita con Eleanor. Al oírlo, había estallado en lágrimas. Keegan había intentado hablar con ella, pero se había negado a salir de su habitación. ¿Qué había que hablar? Él había conseguido lo que deseaba.

Dos meses más tarde, la pareja había roto su compromiso y habían seguido cada uno por su lado. A Eleanor, que asistía por entonces a la escuela de Enfermería de Louisville, la noticia la sorprendió. En su opinión, Lorraine habría sido una esposa perfecta para Keegan. En la actualidad, el nombre de Lorraine Meadows no se mencionaba nunca.

Eleanor siguió conduciendo durante media hora más, hasta que calculó que Keegan se habría marchado ya. Pero aún seguía allí. No podía seguir evitándole porque Wade iba a presentarse a las seis y media. Ya eran las cuatro.

Aparcó detrás del Porsche y apagó el motor. Con la toca de enfermera en la mano, entró en la casa y luchó por controlar el nerviosismo que siempre le causaba ver a Keegan.

Estaba en el salón, sentado frente a su padre. Parecía fuera de lugar en aquel sillón viejo y deslucido. Cuando ella entró, se puso de pie. Su actitud de innata arrogancia y su débil sonrisa la hicieron sonrojarse. Tenía el cabello rojo y ondulado y los ojos tan azules como el cielo de verano. Sus pómulos eran altos y sus facciones de rasgos duros y muy definidos. La boca era fina, cruel y extrañamente sensual. Era delgado y larguirucho, pero ella conocía la fortaleza de su cuerpo.

-Hola, Keegan -dijo con voz firme y tranquila.

Incluso le sonrió mientras se inclinaba a besar a su padre en la frente.

-Hola, papá. ¿Has tenido un buen día?

-Muy bueno -repuso su padre con una risita-. Keegan me ha llevado a la terapeuta, a Lexington. Ella dice que podré volver al trabajo dentro de un mes.

-¡Estupendo!

Keegan la observaba atentamente, como de costumbre.

-Tengo que irme, Eleanor. No hemos podido encontrar el último presupuesto que hizo tu padre para construir el nuevo granero.

¿Sabes tú dónde está?

Por eso se había quedado tanto tiempo.

-Desde luego. Voy a traerlo.

Entró en el pequeño estudio de su padre y cogió la caja en la que él guardaba las facturas y los papeles de importancia. Al volverse, Keegan estaba en la puerta. Se le cortó la respiración.

-¿Te he sobresaltado? Hace años que no lo conseguía, ¿verdad, Ellie?

-No me gusta ese diminutivo -dijo ella fríamente. Evitando su mirada, se sentó tras el escritorio y buscó entre los papeles de su padre hasta localizar el presupuesto. Se lo tendió a Keegan.

Él se acercó a ella.

-¿Cuánto tiempo vas a seguir tratándome con esa hostilidad? -preguntó suavemente-. Llevas años así.

-No tengo nada contra usted, señor Taber -dijo ella con expresión inocente.

-No me llames así. No me gusta.

-¿Por qué no? Usted es el jefe, ¿no? Vivimos en una de sus casas y le proporcionamos... todo tipo de entretenimientos.

Él apretó los labios. Enrolló el papel, formando un tubo. Lo miró fijamente antes de volver a mirarla.

-¿Por qué has vuelto?

-¿Por qué no? ¿Esperabas que me quedara lejos de aquí durante el resto de mi vida para que no te sintieras incómodo?

-No me incomodas.

-Pues tú a mí sí -repuso ella mirándole fijamente-. Detesto los recuerdos y te detesto a ti. ¿Por qué vienes aquí?

-Me agrada tu padre. Se accidentó trabajando y le he estado cuidando cuando tú no podías hacerlo.

-Lo sé y te lo agradezco. Pero ya está bien prácticamente...

-Es un buen jugador de ajedrez. Me gusta el ajedrez -añadió él sonriendo pensativamente.

-Te gusta la estrategia -repuso ella-. Recuerdo muy bien cómo manipulas a la gente, Keegan. Eres maravilloso para conseguir que la gente haga lo que deseas. Pero yo no. Ya no.

-No crees que pueda hacer nada si no es por un motivo egoísta, ¿verdad?

-Te olvidas de que yo conozco tus motivos.

-¡Dios! ¿No has cometido nunca un error?

-Desde luego. Contigo, aquella noche -replicó ella acaloradamente-. ¡Y lo más irónico es que no obtuve el menor placer! -Él se puso rígido ante la acusación.

-¡Maldita seas! -musitó furioso, estrujando el papel.

-¿Duele? Perdóname por maltratar tu orgullo, pero es la verdad.

Se echó hacia atrás un mechón de pelo castaño.

-Te di lo que había estado reservando para el hombre al que amara, y todo para averiguar luego que yo era sólo una excusa para provocar los celos de Lorraine, para que se casara contigo. ¿Le contaste hasta dónde habías llegado, Keegan Taber? -le preguntó ella con los ojos llenos de amargas lágrimas-. ¿Lo hiciste?

-Baja la voz. ¿Quieres que te oiga tu padre?

-Entonces no tendría tan magnífica opinión de ti, ¿verdad? -Se echó a reír violentamente.

-¡Su compañero de ajedrez! ¡Su ídolo! ¡No te conoce en absoluto!

-Ni tú tampoco. Intenté explicártelo entonces y no quisiste escucharme. Desde entonces, lo he intentado varias veces. Incluso te escribí una carta.

-La quemé sin leerla. ¿Qué podrías haberme dicho que ya no supiera? Me llamó la misma Lorraine. Disfrutó contándome todos los detalles...

Se le quebró la voz. Tuvo que morderse la lengua para no ponerse a gritar. Se volvió para que él no lo notara.

-De todos modos, como tú has dicho, ha pasado mucho tiempo. Uno de estos días lo olvidaré. ¿No tienes nada que hacer en tu granja? Ha sido un día muy largo y aún tengo que hacer la cena.

Él estaba en silencio. Le oyó encender un cigarrillo. Tenía la idea de que él había dejado de fumar. Su padre no debía saber que volvía a hacerlo.

Cuando él habló, su tono fue frío.

-No comprendí hasta mucho después cuánto me importabas. Y entonces ya era muy tarde para reparar el daño.

-No puedes imaginarte lo que significó para mi orgullo. Al menos no me quedé embarazada. A propósito, ¿qué le pasó a tu prometida? ¡Yo esperaba que la arrastraras hasta el altar para que pronunciara el sí cuanto antes!

-¡No quiero hablar de Lorraine!

Eleanor se encogió de hombros como si no le interesara el tema y se dirigió a la puerta.

-Si todo lo que necesitas son esos papeles... Discúlpame. Tengo que prepararle la cena a mi pretendiente.

Él la contempló fijamente con una extraña mirada.

-¿Tu pretendiente?

-¿Te asombra? No esperarías que me pasara la vida llorándote, ¿verdad? Sí, tengo novio -mintió-. Es encantador, atractivo y rico.

-¿Rico?

-Probablemente le conocerás. Es Wade Granger. Él se sonrojó violentamente.

-¡No seas tonta! ¡Es un conocido Donjuán! ¡Le han pillado haciéndolo de todas las maneras menos colgado de la rama de un árbol!

-¡Qué interesante! ¡Apenas puedo esperar!

-¡Maldita seas! ¡Escúchame! ¡Sólo quiere pasar un buen rato!

-Como tú.

Eleanor cruzó los brazos sobre el pecho.

-Adelante, jefe, adviértame de las consecuencias. Alecciónenme sobre los hombres ricos que utilizan a las chicas pobres para satisfacer sus deseos. Usted debe saberlo perfectamente. Él estaba a punto de explotar.

-¡Eleanor!

-Tranquilízate. Te va a subir la presión sanguínea, pobrecito viejo.

-No soy viejo-replicó él entre dientes-. ¡Sólo tengo treinta y cinco años!

-Bueno, pero eres trece años mayor que yo -le recordó-. Una generación de diferencia -añadió con un suspiro-. Es una lástima que hace años estuviera tan prendada de ti que no lo notara. Pero ya se me ha pasado. Deberías sentirte aliviado de que ya no te persiga. ¿No te hace sentirte mejor?

Él no parecía ni feliz ni especialmente entusiasmado.

-Wade es dos años mayor que yo -comentó con voz tensa. Ella se encogió de hombros.

-Sí, pero tiene una mente joven. Sonrió.

-Y, para colmo, no es mal chico. Frunció los labios

soñadoramente.

-¿Un Donjuán dices? ¡Qué fascinante! Estoy impaciente por comprobarlo por mí misma.

Él giró sobre sus talones y salió precipitadamente sin añadir nada más. Eleanor contuvo la risa. Había herido su orgullo. Ahora era capaz de protegerse de él. No quería correr el riesgo de volver a enamorarse. No volvería a ser tan estúpida. ¿Y por qué habría de importarle a él lo de Wade? Probablemente le irritaba que pudiera acostarse con otro hombre.

«Bien», pensó mientras pasaba al otro cuarto. «Que se moleste! ¡Será una pequeñísima compensación por el dolor que me causó!».

Se arregló para la cena. Se puso unos pantalones verdes, una blusa de rayas y sandalias. De camino a la cocina, se asomó al salón.

-Viene a cenar Wade -anunció sonriente.

-¿Sí?

Su padre la observó sonriendo.

-Por fin tendré oportunidad de conocerle.

-No acepta un no por respuesta. He tenido que rendirme.

-Me parece estupendo.

Frunció el ceño. Se parecía mucho a Eleanor, salvo por el pelo blanco y las arrugas.

-¿Has discutido con Keegan?

-¿Por qué me lo preguntas?

-Ha salido de aquí como un torbellino, musitando algo sobre una cita. Esta noche íbamos a jugar al ajedrez.

-Se me había olvidado. Era la verdad.

-No le haces ningún caso actualmente. Recuerdo cómo lloraste cuando se comprometió. Aquella misma semana te fuiste a estudiar a Louisville.

Comenzó a llenar su pipa, consciente del rubor de su hija.

-Eleanor, no creo que venga aquí a verme a mí.

-No vas a convencerme de que está loco por mí. Le conozco .mejor que tú.

-Se ha quedado más tiempo para esperarte. ¿No te has dado cuenta?

-No quiero darme cuenta. No hagas de Cupido, papá. Keegan no me interesa en absoluto. Ya no. Wade es otro asunto.

-Crees que seguirá viniendo por aquí cuando vea cómo vivimos?

-Desde luego -dijo ella con una sonrisa-. Él no es presuntuoso.

Su padre comenzó a balancearse en la mecedora mientras encendía la pipa.

-Si no te importa, esperaré a formarme mi propia opinión. -Si crees que la casa necesita mejoras, pídeselas a tu amigo el rico granjero -le dijo ella-. Utiliza tu influencia. -¡Jamás lo haría! Deberías recordar que tu padre ha trabajado toda su vida para conseguir el dinero. La granja Taber es... ¿Dónde vas?

-Ya he oído ese sermón otras veces. Lo sé todo sobre los Taber. Más de lo que quiero saber. Tengo que hacer la cena.

-Podrías ser más amable con mi compañero de ajedrez.

-Haré un esfuerzo. Incluso le haré una reverencia cuando entre.

-No te hagas la lista -gruñó su padre.

-De acuerdo. Le trataré con el respeto debido a su edad. Después de todo, comparada con él, soy una chiquilla. Voy a hacer espaguetis: ¿Te apetecen?

-Me parece muy bien. Pero, ¿le gustarán a nuestro altivo invitado? Ella le miró desde la puerta de la cocina.

-Debería darte vergüenza. Tienes prejuicios porque es rico.

-Sí, lo mismo que tú con Keegan.

Ella le sacó la lengua.

-¿Por qué te desagrada tanto? Eleanor se inclinó con aire confidencial.

-Tiene pecas. Detesto las pecas -susurró. Y mientras su padre se reía, entró en la cocina.

Capítulo 2

Wade llegó puntualmente. Eleanor le recibió en la puerta con una brillante sonrisa. Esperaba verle con unos pantalones corrientes y una camisa, como vestía normalmente Keegan cuando los visitaba. Pero Wade se presentó vistiendo una americana azul marino con pantalones blancos, camisa blanca y corbata. Pareció sorprenderse por los pantalones y la sencilla blusa de Eleanor.

-Lo siento, cariño. ¿Me he engalanado demasiado? -preguntó en tono de disculpa.

Parecía ligeramente incómodo mientras observaba el vestíbulo con la pintura estropeada, el gastado suelo de linóleo y la desnuda bombilla del techo.

-Por aquí somos bastantes primitivos -dijo ella con una débil sonrisa-. Como mi padre es un empleado antiguo, los Taber nos dejan la casa libre de alquiler. Solemos olvidarnos de su aspecto y nunca encontramos el momento para arreglarla.

-Espero no haber sido impertinente -dijo él, sonriendo-. Mi mundo es un poco distinto, pero eso no significa que sea mejor, ¿verdad?

-No -dijo ella riéndose-. Eres una persona estupenda.

-Eso es lo que intentaba decirte.

Ella retrocedió para dejarle entrar, tragándose su vergüenza por el destartalado mobiliario. El cuarto de estar también necesitaba una mano de pintura. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Y la alfombra... ¡Dios bendito! ¡Estaba hecha jirones! No le había prestado la menor atención al estado de la casa desde que había vuelto. Su trabajo y el cuidado de su padre apenas le dejaban el tiempo imprescindible para mantener la casa limpia y ordenada.

Recordó, conteniendo un gemido, que su padre debía llevar el

suéter con el agujero en el codo. Los tenía mejores, pero aquél era su favorito. Sonriendo, Barnett Whitman le ofreció la mano a Wade, ajeno al aspecto desastroso que le conferían los viejos y abolsados pantalones, la descolorida camisa y las zapatillas. Encantado de conocerle, señor Granger. Disculpe que no me levante, pero he tenido problemas con la cadera y sentado me encuentro mejor.

-Sí, su hija me contó lo de su caída -replicó Wade-. Espero que esté mejor.

-Podré volver al trabajo el mes próximo. Los Taber se han portado estupendamente conmigo.

-Conozco a los Taber. Keegan es todo un carácter ¿verdad? Menudo tipo -añadió, por hablar. Al padre de Eleanor se le iluminó la cara. Cualquier persona a la que le gustara Keegan se convertía automáticamente en amigo suyo.

-Con frecuencia viene a jugar al ajedrez conmigo -dijo Barnett Whitman con orgullo.

Wade enarcó una ceja y sonrió.

-No me lo imagino sentado demasiado tiempo. Siempre está en movimiento.

-Pues es un estupendo ajedrecista -comentó Barnett con una sonrisa.

Eleanor cogió a Wade del brazo y dijo:

-¿Pasamos al comedor?

No deseaba que su padre se extendiera en sus elogios al hombre que ella deseaba olvidar.

-Espero que te gusten los espaguetis, Wade. He trabajado de siete a tres y no he tenido tiempo de preparar nada más.

-Los espaguetis me parecen muy bien -le dijo Wade-.Podría haber traído una botella de Chianti, o de rosado. ¿Qué tienes?

Eleanor le miró sorprendida.

-¿Perdón?

-Qué vino, querida.

-¡Oh! Nosotros no bebemos alcohol -contestó sonrojándose.

-Ya me encargaré yo de corromperte, pequeña inocente. Shhh... No queremos que tu padre piense que soy un libertino, ¿verdad? -añadió en un susurro.

Su padre; feliz con la atención que le prestaban, se sentó sonriendo. Eleanor agradeció con una sonrisa que Wade le retirara

la silla, pero se sintió incómoda. No estaba acostumbrada a los convencionalismos sociales. Sin pretenderlo, Wade la hacía sentirse como una torpe campesina.

No fue la mejor noche de su vida. Aunque su padre hizo todo lo posible por animar la velada, Eleanor se sentía muy incómoda. Cuando sirvió el pastel de manzana casero con helado, estaba deseando que Wade se marchara.

Él le estrechó la mano al padre de Eleanor y salió al porche con ella.

-No ha sido un éxito precisamente, ¿verdad? -comentó con una sonrisa pesarosa-. Lo siento, cariño. ¿He herido tus sentimientos?

-Sí -dijo ella, sorprendida por su percepción-. Pero no es culpa tuya. Es que... Bueno, supongo que nuestras vidas son tan diferentes...

-No seas esnob.

-¡No lo soy! -protestó ella sonrojándose.

-Me pareces encantadora, Eleanor Whitman -dijo él mirándola intensamente-. Una persona estupenda y una mujer muy sexy. Y me gustas. No he venido a tasar tus muebles -añadió con una sonrisa.

-Lo siento -musitó ella con los ojos bajos-. Supongo que me he sentido un poco incómoda. Eso es todo.

-Deja de preocuparte por las diferencias y concéntrate en las cosas que tenemos en común. ¿Cenamos juntos mañana? Ella vaciló.

-Vamos, preciosa. Me apetece mucho.

Se inclinó a besarla suavemente en la boca.

-Vamos, Ellie, sal conmigo.

El detestado diminutivo tenía un sonido especial en sus labios. Ella le sonrió soñadoramente. A pesar de su riqueza y su posición social, era un hombre encantador y muy normal.

-De acuerdo.

-Buena chica.

Le cogió la cara entre las manos y volvió a besarla con cálida sensualidad. Aunque faltaba cierta chispa, Eleanor lo ignoró. Era muy agradable besarle. Se relajó y se entregó a sus labios.

-¡Guau! -comentó él sin aliento cuando sus bocas se separaron-. Cariño, eres deliciosa.

Ella se echó a reír. Wade la hacía sentirse especial y muy femenina.

-Y tan inocente -murmuró él. La acercó y apoyó la barbilla en su frente-. Me gusta. Me gusta estar con una mujer inocente para cambiar. Es excitante.

Él la suponía inexperta. En cierto modo, lo era. Pero estaba presuponiendo una inocencia que era falsa y ella no sabía cómo corregir su opinión. Echó la cabeza hacia atrás y le miró con ojos preocupados.

-¿Y ese ceño fruncido? -murmuró él-. No, Caperucita Roja, no soy un lobo. Te trataré con cariño y tendrás todo el tiempo que haga falta. Ahora, vuelve dentro. Hace fresco. Te llamaré mañana. ¿De acuerdo?

-De acuerdo.

-He disfrutado de la cena -murmuró él-. Pero el postre ha sido lo mejor.

Inclinándose, la abrazó y besó apasionadamente.

Eleanor pensó que debía habérselo contado. Pero ya tendría tiempo de hacerlo más adelante. O podría no contárselo nunca.

No planeaba tener una aventura con él y no creía que fuera su intención tampoco. Él parecía ir en serio. Sería un cambio agradable. Le devolvió el beso. Si pudiera olvidar lo que había sentido cuando Keegan la besaba...

-Buenas noches, cariño -dijo él en un tembloroso susurro antes de bajar los escalones.

Subió al Mercedes descapotable y lo puso en marcha. Se despidió con la mano. La brisa nocturna agitó su pelo oscuro mientras daba la vuelta al coche y se alejaba a toda velocidad.

Eleanor entró en la casa, sintiéndose algo alejada de la realidad. No había sido una noche desperdiciada totalmente. El futuro podía reservar algo estupendo.

-Es un hombre agradable -dijo su padre amablemente-. ¿Va en serio?

-¿En serio? ¿Con una cita y ya estás pensando en las invitaciones de boda?

-Estoy tan ansioso por verte felizmente casada... ¡Y con hijos! ¡Ya no soy joven!

-¡Al paso que vas, me sobrevivirás! -repuso ella.

Él gruñó algo entre dientes. Recogió su libro de Tucídides y comenzó a leer, ignorándola deliberadamente. Ella se dirigió a la

cocina a fregar los platos riéndose.

Como había trabajado nueve días seguidos para suplir la falta de personal debida a una epidemia de gripe, tuvo el día siguiente libre. Wade llamó a primera hora para decirle que debía cancelar su cita para cenar debido a un asunto de negocios. Iba a estar ocupado hasta el fin de semana, pero, ¿querría acompañarle a una fiesta el sábado por la noche en una finca cercana?

Eleanor contuvo la respiración mientras pensaba en quién podría sustituirla en el trabajo. Finalmente, aceptó. Él le dijo a qué hora pasaría a recogerla y colgó.

Eleanor llamó inmediatamente a su amiga Darcy al hospital. Si ella la sustituía el viernes, Darcy la cubriría el sábado.

-¿Puedes suplirme el sábado por la noche si yo te cubro el viernes? le preguntó a su amiga cuando ésta contestó a su llamada-. Tengo una cita.

-¿Una cita? ¡Me levantaría de mi lecho de muerte para sustituirte si realmente vas a salir con un hombre! ¿Es un hombre? ¿No será un viejecito que te ha dado lástima?

-Es un hombre. Wade. Darcy hizo una pausa.

-Encanto, espero que sepas lo que estás haciendo. Wade no es un hombre. Es un mujeriego.

-Ya soy mayor.

-Eres como un bebé perdido en el bosque. -Ya no. En absoluto.

Darcy suspiró.

-Está bien. Lo haré. ¿Dónde vais?

-A un cóctel en la finca Blake.

-¡Los Blake poseen la mitad del condado de Fayette!

-Sí, lo sé. Estoy muy nerviosa. He pensado ponerme el traje negro de cóctel que usé en la fiesta de Navidad...

-¡Ni hablar! ¡Hace tres años que lo tienes! Tengo uno precioso de seda gris. Te lo dejaré. Es de tu talla. Y tengo un bolso y zapatos a juego. No admito discusiones. No voy a permitir que vayas a casa de los Blake hecha una pobretona. Eleanor vaciló, pero terminó cediendo. Realmente quería ir a la fiesta con Wade para conocer aquel otro mundo de lujo y riqueza. Y su vestido negro estaría fuera de lugar.

-De acuerdo -le dijo a Darcy-. Eres una buena amiga. Me gustaría hacer algo por ti.

-Ya vas a hacerlo. El viernes por la noche podré ir al cine con Arnold a ver, la nueva película. Pásate por casa el sábado para probarte el vestido.

-Estaré allí a las nueve, compraré café y bizcochos en El Granero Rojo. ¿Te parece una demostración suficiente de amistad?

-Eso es una amistad sincera. Hasta entonces.

Eleanor, muy excitada, le contó a su padre sus planes para el sábado. Estaba en la cocina fregando los cacharros del desayuno cuando oyó detenerse un coche. Se asomó al cuarto de estar. El corazón le dio un vuelco al ver entrar a Keegan con aire preocupado. Se sentó y empezó a hablar con su padre sin mirar hacia la cocina. Ella reanudó su tarea.

Estaba demasiado lejos para oír lo que hablaban, pero tuvo la impresión de que tenía que ver con ella. Bien, les dejaría hablar. No podía impedirlo. Le gustaba Wade. Quería vivir la vida antes de convertirse en un vegetal o en una solterona. Y si a Keegan no le gustaba, era problema suyo.

Se abrió la puerta de la cocina y entró el objeto de sus pensamientos con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones claros. Le miró de reojo antes de volver a concentrarse en los platos.

-¿Qué quieres?

-Tu padre me ha dicho que vas a una fiesta en casa de los Blake con tu nuevo amigo.

-¿Y qué?

-Vas a sentirte fuera de sitio, pequeña. Te comerán viva. Ella se puso roja de ira. Dejó a un lado el estropajo y se volvió hacia él.

-Crees que no se comportarme como una dama, ¿verdad? -preguntó, mirándole fijamente-. No se preocupe, señor Taber. No tendrá usted que soportar mi humillante presencia. Y estoy segura de que los Blake se las ingeniarán para no reírse de mi.

-No quería decir eso. ¡Maldita seas! ¿Quieres dejar de poner palabras en mi boca? Estoy hablando de Granger. Ya te dije que es un lobo. Un lobo rico y bien alimentado con un gran billetero, que busca una chica ingenua que le caliente la cama.

-Lo mismo que tú -dijo ella antes de volverse hacia el fregadero-. ¿Por qué te preocupa tanto mi virtud? Si quiero ser corrompida por algún otro, es asunto mío.

-Eleanor, estás intentando entrar en un mundo que no puede ofrecerte nada de valor.

-¿Como el tuyo?

-¡Estoy hablando de ti y de Wade Granger! ¿No comprendes por qué anda a tu alrededor?

Estas palabras la molestaron profundamente.

-No soy una ramera, por mucho que te esfuerces en que me sienta como si lo fuera -replicó entre dientes.

-¿Cuándo he hecho algo así, Eleanor? Ella no quería recordar aquella noche.

-Si quieres quedarte a comer, voy a hacer sandwiches de jamón -dijo con brusquedad.

Él se acercó a ella. Podía sentir su olor. Se había quedado pegado a su cuerpo aquella noche. A la mañana siguiente, al despertarse, la almohada olía a él.

-Aquella noche te traté con cuidado -dijo él con voz suave como el terciopelo-. Con más cuidado que a ninguna otra mujer. Incluso después, fui tierno. Nunca he podido olvidar tu violento deseo, tus temblores y tus gritos cuando te hice daño.

-Por favor -murmuró ella, cerrando los ojos-, ¡no quiero recordarlo!

-Gritaste -musitó él.

Le rodeó la cintura con sus manos y la hizo recostarse contra su fuerte cuerpo.

-Gritaste cuando te poseí, mirándome directamente a los ojos. Cuando comprendí que eras virgen, intenté detenerme, pero ya había ido demasiado lejos...

-¡No!

Él la besó en el pelo. Sus manos temblaban.

-Fuiste como fuego y miel entre mis brazos -susurró él-, y recuerdo haber gritado porque el placer fue agónico.

Ella se escapó de sus brazos y se refugió tras la mesa, mirándole con expresión dolida.

-¡Vete!

-Lo haré, pero los recuerdos no -dijo él con voz ronca.

-Me utilizaste. Te peleaste con tu sofisticada novia y saliste conmigo para fastidiarla. Y yo fui tan estúpida de creer que te gustaba. Hasta que todo terminó, hasta que no fue demasiado tarde,

no me dijiste la verdad. Te odié entonces y te odio ahora. ¡Te odiaré hasta mi muerte, Keegan Taber!

Él miró el gastado linóleo.

-Sí, lo sé.

-Vete, por favor -dijo ella, sin mirarle-. Mi vida no es asunto tuyo. Nada de lo que yo haga es asunto tuyo.

-¿Le quieres?

Ella fue hasta la puerta y la abrió.

-Adiós. Lamento que tengas que irte tan deprisa -dijo con una amplia y vacía sonrisa.

-Creía que estaba invitado a comer.

-¿De verdad te gusta el arsénico? Porque en mi vida no he sentido una tentación mayor.

-Ni yo tampoco.

Él observaba atentamente la bonita y esbelta figura de Eleanor.

-Eres exquisita, Eleanor. Siempre lo has sido, pero la madurez ha hecho cosas sorprendentes con tu cuerpo.

-Soy bastante más que un cuerpo -dijo ella secamente-. Soy un ser humano con pensamientos y sentimientos, y algunos talentos menores.

-Lo sé también. ¿Te gustaría tener un ángel guardián? Ella pestañeó.

-No comprendo.

-Lo harás -dijo él con una irónica sonrisa-. Al menos, mantente alejada de su apartamento. ¿Lo harás? He oído decir que tiene una cama que empieza en la entrada.

Ella tuvo que morderse la lengua para contener la risa.

-Bueno, debe ser más cómoda que el asiento trasero de un coche, ¿verdad?

Él suspiró.

-Nunca lo dejarás, ¿verdad? Supongo que no vas a creerme si te digo que estaba tan fuera de mí en aquel momento que no podía pensar más que en ti.

-Aciertas por primera vez -dijo ella sonriendo con indiferencia-. ¿Quieres el sándwich o no?

Él sacó un cigarrillo del bolsillo y lo encendió.

-Voy a atravesar el muro que has levantado de un modo o de otro,

-Será mejor que te compres un misil o un par de granadas -dijo ella-. Te van a hacer falta.

-No te importa tu padre, ¿verdad? Está preocupado.

-Algún día tendrá que prescindir de mí.

-No estarás pensando que Granger va con buenos propósitos. ¡Por amor de Dios! ¿Casarse contigo? ¡Ni lo sueñes, dulzura!

-¡No soy tu dulzura!

-Lo fuiste. Fuiste lo más dulce que he probado en mi vida.

-Pues ahora tendrás que saciar tu apetito en otro lugar.

-No hay otro lugar -dijo él, observando el cigarrillo-. No lo ha habido desde hace mucho tiempo.

-No creo en los cuentos de hadas. Si has terminado, tengo cosas que hacer.

El se encogió de hombros.

-Me arrojas a las tinieblas exteriores, mujer sin corazón.

-Es de día. No hay tinieblas. Y tú no eres la persona más adecuada para acusarme de no tener corazón.

-¿Crees que yo no lo tengo, Eleanor? -dijo él riéndose-. Podrías sorprenderte si vieras lo magullado que está.

-Lo dudo.

-Se supone que las enfermeras son compasivas.

-Y lo soy. Con aquellos que se lo merecen. Tengo platos que lavar, sandwiches que hacer...

-Lava tus malditos platos y no prepares ningún sándwich para mí rezongó él volviéndose-. Con la mala suerte que tengo, harías el mío con el cerdo vivo.

Ella oyó cerrarse la puerta. Su corazón tardó un rato en calmarse. Le agradeció a la Providencia que la hubiera librado de su incómoda presencia. No quería recordar aquella noche. ¿Por qué no se mantenía lejos y la dejaba olvidar?

Verle era un constante recordatorio, un continuo hurgar en la herida. Cerró los ojos y siguió con su tarea.

Capítulo 3

El sábado a primera hora de la mañana, Eleanor dejó a su padre profundamente dormido y fue en coche a El Granero Rojo a comprar bizcochos y café para Darcy y ella. Su amiga aún estaba en bata cuando llegó a su pequeño apartamento en el centro de la ciudad.

Darcy parpadeó y bostezó con los ojos castaños inyectados en sangre y la redonda cara sin expresión.

-Café y bizcochos -murmuró medio dormida-. ¡Estupendo! Eleanor la siguió al interior del apartamento. El mobiliario era parecido al de su casa. Allí se sentía cómoda. Eran amigas desde el instituto. Darcy había estudiado Enfermería en Lexington mientras Eleanor lo hacía en Louisville. Ahora trabajaban juntas en el hospital y era como si no hubieran pasado aquellos cuatro años. Darcy era la única persona que sabía lo profundamente enamorada de Keegan que había estado Eleanor, aunque ésta no le había contado a su amiga hasta qué punto había llegado su estupidez. Pero Darcy sabía por qué había abandonado la ciudad. Cuando Keegan anunció su compromiso, Eleanor había llorado en su hombro durante horas.

Se sentaron en la mesa de la cocina y desayunaron los bizcochos y el café. Eran las nueve y la ciudad no había comenzado aún a bullir. Pronto, el tráfico del centro sería tremendo.

-Lo necesitaba. ¡Gracias! -sonrió Darcy.

-De nada. Respecto al vestido...

-Ven. Vamos a verlo.

El vestido era un sueño de sedosa gasa que caía en pliegues alrededor del esbelto cuerpo de Eleanor. Era de un gris pálido que destacaba sus ojos oscuros y su cabello castaño.

-Es delicioso -dijo Eleanor.

-Es un modelo exclusivo. Sólo me lo he puesto dos veces. Aquí están los zapatos y el bolso.

Los zapatos tenían tacones Reina Ana y se ataban a los tobillos. Eran elegantes, como el pequeño bolso de piel gris que ponía el punto final al conjunto.

-¡Guau! ¿Ésta soy yo? -preguntó Eleanor riéndose.

-Casi -murmuró Darcy-. Encanto, tu pelo es un horror. Tienes que cortártelo. ¿Te vienes conmigo a la peluquería? Eleanor cogió un mechón de pelo que le llegaba a los hombros. Parecía alambre.

-Sí, es un horror. ¿Me atenderán sin haber pedido hora antes?

-Sí, admiten a todo el mundo -le aseguró Darcy-. También necesitas maquillarte. ¡Y un sujetador nuevo!

Eleanor asintió suspirando.

-No me compro nada nuevo hasta que lo viejo está agujereado.

-Necesitas que cuiden de ti. Llevar algo bonito de encaje debajo del vestido da confianza.

-Está bien. Me pongo en tus manos.

Fueron a la peluquería. A Eleanor le hicieron un peinado ligeramente ondulado y muy corto, que le sentaba muy bien a sus facciones. Luego, fueron a unos grandes almacenes en donde la enseñaron a maquillarse. La transformación fue completa.

-Mmm -dijo Eleanor con una sonrisa, mirándose en el espejo-. ¿Soy yo?

-Puedes estar segura, encanto -dijo Darcy riéndose-. Hace meses que quería hacer algo así. Antes te preocupaba tu aspecto, pero últimamente te has descuidado.

-Creo que sí. Se tocó el pelo.

-¡Qué diferencia! A Wade le va a encantar. Darcy frunció los labios.

-Esa fiesta te tiene entusiasmada, ¿verdad?

-Sí, así es -admitió Eleanor mientras se dirigían a la planta de señoras-. No intento introducirme en la alta sociedad. Sería ridículo. Sólo quiero hacer algo diferente. Mi vida es mortalmente aburrida. Siento como si envejeciera minuto a minuto.

-Eso es una tontería. Eres la persona más joven de espíritu que conozco. Como tu padre. A propósito, ¿cómo se encuentra?

-Recuperándose con lentitud, pero con firmeza. E intentando

casarme.

-Tu padre no cambia -dijo Darcy riéndose.

-Amén.

-¿Y no te dejaría tener una apasionada aventura? Eleanor suspiró.

-De esa manera no tendría nietos -le recordó a su amiga-. Además, no estoy segura de querer tener una aventura con nadie. Wade es estupendo y me gusta mucho. Pero no me apasiona. Yo necesito sentirme comprometida emocionalmente.

-Pues si yo estuviera buscando una aventura ardiente, sabría en qué dirección buscar. ¡Keegan Taber debe ser dinamita pura en la cama!

-¡Por Dios! -gritó Eleanor mientras tiraba media docena de batas de la barra. Profundamente sonrojada, se inclinó a recogerlas.

-Lo siento -murmuró Darcy mientras su amiga colgaba las batas-. Supongo que no debería haber dicho eso, considerando que... Pero es magnífico. Estoy segura de que irá a esa fiesta. Su familia y los Blake son buenos amigos, ¿verdad?

-¿No es precioso? -comentó Eleanor entusiasmada con una bata de seda verde.

Darcy captó la indirecta y dejó de hablar de Keegan. Pero su mirada era más elocuente que cualquier palabra.

Durante el resto del día, después de separarse de Darcy, Eleanor se dedicó a atormentarse con la fiesta. ¿Iría Keegan o no iría? No quería verle más, no quería que le estropeara la noche. Necesitaba hacer algo, estar ocupada para no pensar en él. Terminó pronto de arreglarse y entró al estudio de su padre, para que viera el vestido y su nuevo aspecto.

Él la miró fijamente y asintió con solemnidad.

-Eres igual que tu madre, querida -dijo, sonriendo con añoranza-. Tan hermosa como ella.

-¿Te refieres a mí? Te has equivocado de chica -dijo ella riéndose-. Pero si crees que estoy bien, estupendo.

-Necesitarás un palo para mantener alejados a los chicos.- Encendió la pipa. -Ten cuidado.

-Todo el mundo me dice lo mismo.

-Entonces deberías hacernos caso. Recuerda que hay un largo camino desde la suite presidencial a las habitaciones de clase

económica.

-Nosotros no somos sirvientes -dijo ella con altivez.

-Ya lo sé. Pero tampoco pertenecemos a la alta sociedad. Recuérdalo.

-Sí, su señoría.

-¡Ten cuidado! Y no bebas. Ya sabes que te sienta mal. Ella recordó aquella noche con Keegan. Se sonrojó. Para disimular, se inclinó para arreglarse la trabilla de un zapato.

-Lo recordaré.

-Y pásalo bien -añadió su padre.

-Eso espero.

-Y saluda a Keegan por mí -añadió con un guiño-. ¿No sabías que también está invitado?

Ella le miró a los ojos. Pero al oír acercarse un coche, se volvió.

-Bueno, me voy. Te veré cuando vuelva. No te quedes levantado hasta muy tarde.

Él le hizo una mueca antes de que ella cerrara la puerta.

Los Blake vivían en una casa de aspecto casi tan suntuoso como Flintlock. Era de ladrillo rojo, muy antigua, y estaba junto a un lago privado y una de las más bellas praderas de Lexington.

-Un sitio agradable, ¿verdad? -comentó Wade mientras se detenían en el sendero, en dónde les esperaba un chófer con librea para conducirles desde la zona de aparcamiento hasta la casa.

-Desde luego -repuso ella, entrando en la parte trasera del Rolls-Royce .

Intentaba memorizar cada detalle para contárselo luego a su padre y a Darcy. Se sentía como Cenicienta.

-Me gusta tu nuevo corte de pelo, Eleanor. Me gusta tu aspecto.

-Estoy contenta.

-¿Nerviosa? -preguntó él mientras el conductor aparcaba ante la casa resplandeciente de luz.

Mujeres exquisitamente vestidas y hombres de etiqueta avanzaban por el pavimentado sendero. Eleanor se sintió inquieta.

-Un poquito -confesó.

-Pégate a mí, pequeña, Yo te cuidaré -dijo él con un guiño. Le miró de reojo. ¿Temería que sorbiera la sopa o intentara untar la mantequilla con la cuchara? Frunció el ceño. ¿Sería una fiesta con cena?

Se lo preguntó.

-No, cariño -replicó él, guiándola hacia la puerta principal-. Es un buffet con champán.

-¿Con diferentes clases de champán?

-No exactamente -contestó él, riéndose entre dientes.

Alto, moreno y atractivo, llamaba la atención, a pesar incluso de su ligero exceso de peso.

-Champán y canapés -susurró él-. Conversación y baile. Incluso hay una piscina, si te apetece nadar.

-No con este traje -murmuró ella recatadamente.

-Siempre tienen trajes de baño disponibles -dijo él, riéndose.

-No, gracias.

Le presentaron a los anfitriones. El señor Blake era sesentón, gordo y agradable. Su esposa, la tercera, apenas tendría cuarenta años. Era vivaracha e iba cargada de diamantes. Su hija tenía poco más de veinte años y ya estaba casada. Su marido, un ejecutivo, estaba junto a ella, recibiendo a los invitados. Afortunadamente, nadie preguntó si Eleanor estaba relacionada con los Whitman de Cape Cod o con los Whitman de Palm-Beach, y no tuvo que confesar que su padre era carpintero en la granja de los Taber. Aquello la habría humillado más allá de lo soportable. Detestaba ser marginada. Pero aquella gente y su elegante casa le recordaban lo que encontraría en la suya cuando regresara. Ellos marcaban la diferencia entre vivir y sobrevivir. Se preguntó si no habría sido mejor no conocer a personas que podían permitirse adquirir cuadros originales, sofás de terciopelo, sillones de cuero, alfombras orientales y candelabros de cristal.

Tomó una copa de champán únicamente y permaneció rígida junto a Wade mientras él hablaba de asuntos de dinero con sus conocidos. La conversación se centraba en acciones, bonos, mercado de valores, impuestos y nuevas inversiones. Las únicas inversiones que Eleanor se permitía eran su coche y la comida.

-Mirad quién llega -murmuró el hombre mayor cercano a Wade, mirando la puerta.

Eleanor siguió su divertida mirada y vio a Keegan. Entraba en la casa vestido de etiqueta con una morena elegante y menuda, colgada del brazo.

El corazón le dio un vuelco al verle. Tenía un aspecto

impresionante con aquel traje y su pelo rojo tan bien peinado. Envidió a la chica que le acompañaba. En seguida se arrepintió de este pensamiento. Después de todo, ella había terminado con él hacía tiempo.

-¿No es esa chica irlandesa, O'Clancy, que está de visita en su casa?

-Sí, creo que sí. Encantadora, ¿verdad? Sus padres y ella esperan cerrar un trato con los Taber sobre un pura sangre. Al menos, eso creo -murmuró Wade con una sonrisa-. Confío en que Taber sepa qué hacer con una mujer asía Pero, ¿qué hace él aquí?

-Anda detrás de ese nuevo potro árabe de Blake. Probablemente, Blake pensó que podían discutir de negocios aquí lo mismo que en el campo de golf.

Al ver a Keegan con la morena, Eleanor se preguntó con cuántas mujeres habría estado desde la noche en que la sedujo. Aquel pensamiento la hizo estremecerse.

-¿A qué se debe esa cara larga? -le susurró Wade al oído.

-No me gusta.

Él arqueó las cejas.

-¿Por qué no?

-Tiene pecas -murmuró ella sin dejar de mirar al hombre pelirrojo.

Él sintió su escrutadora mirada y se volvió bruscamente. Cuando se encontraron sus ojos, Eleanor deseó que se abriera el suelo y se la tragara.

-¿No opinas que las pecas son horriblemente vulgares? -le preguntó con aparente indiferencia-. No comprendo por qué a algunas personas les gustaría tenerlas.

Él se rió débilmente.

-Supongo que no puede librarse de ellas, cariño -dijo.

-Supongo -repuso ella.

Él se rió más fuerte y la estrechó ligeramente.

-Eres efervescente. Te prefiero al champán.

Le sonrió en el mismo instante en que Keegan la miraba. Al verla sonreír a Wade, su expresión se ensombreció.

-¿Bailamos? -preguntó Wade.

Dejó las copas en una mesa antes de guiarla hasta la pista de baile, en donde una pequeña orquesta tocaba valses de Strauss. Se

deslizaron suavemente por la pista.

-¡Bailas de maravilla! -exclamó él.

-¿No lo esperabas de una enfermera? -se burló ella-. En realidad, di clases de baile durante tres años. Los bailes de salón eran parte de los cursos. Me encantan los valses.

-Entonces, enseñémosles cómo se baila un vals -murmuró él, haciéndola girar una y otra vez en el centro de la sala. Algunas personas se detuvieron para observarles. Se movían como una sola persona. Él era un excelente bailarín y Eleanor le siguió sin perder ningún paso. Se reía mirándole, disfrutando de la música. Se sentía joven, llena de vida. Había sido un año largo y monótono y ahora estaba renaciendo a la vida. Cerró los ojos y se entregó al alegre y seductor ritmo. Habría sido perfecto si los brazos que la sostenían hubieran sido delgados y fuertes, si el cuerpo que presionaba el suyo hubiera sido esbelto y musculoso. Y si la cara de su pareja hubiera estado coronada de cabello rojo y hubiera tenido aquellas horribles pecas por todas partes...

Se mordió el labio. ¿Cuánto tiempo tardaría en desvanecerse aquel sueño? Duraba ya demasiado tiempo.

Los aplausos la devolvieron a la realidad. Wade le hizo una reverencia y la sacó de la pista. Ella se aferró a su mano; vagamente consciente de la atenta mirada azul de Keegan. ¿Por qué la miraba así? ¿Se sentiría culpable?

-Ha sido estupendo -le dijo a Wade.

-Estoy de acuerdo. Eres mágica.

Se inclinó y la besó en la frente.

En el otro extremo de la sala, un hombre pelirrojo apretó los puños y le miró con expresión asesina.

Cuando algunos de los invitados descubrieron que Eleanor era enfermera, tuvo que contestar una serie de preguntas de carácter médico para las que no se consideraba preparada.

Se disculpó por las más complicadas y no le faltaron acompañantes. Pero, inevitablemente, Keegan le pidió un baile y la velada comenzó a nublarse.

-¿Te diviertes? -preguntó él secamente-. Te estás convirtiendo en el centro de atención.

-Lo estoy pasando maravillosamente -replicó ella-. ¿Y tú? -añadió, mirando a la joven acompañante de Keegan. Bailaba con un

hombre mayor al que sonreía radiantemente.

-Sí, me divierto. Es una chica encantadora. Generosa, amable y hermosa.

-No es tu tipo habitual, pero a todos nos gustan los cambios, ¿verdad?

El la miró posesivamente mientras la estrechaba contra su cuerpo.

-¿Qué sabes tú de cuál es mi tipo habitual de mujer? Tus intentos de evitarme se están convirtiendo en una ciencia.

-¿Sí? No me había dado cuenta.

La fuerte mano que sujetaba la de Eleanor acarició su palma ligeramente. El corazón le dio un vuelco.

-Aún no eres inmune, ¿verdad, Eleanor? -preguntó él, mirando sus labios entreabiertos.

-He estado bailando. ¿No lo has observado? -repuso ella, eludiendo la pregunta.

-Te he observado durante toda la noche y lo sabes. Este vestido es fascinante. ¿Dónde lo has conseguido?

Ella sonrió.

-En Caritas. ¿Verdad que es bonito?

La hizo girar tan bruscamente que casi perdió el equilibrio. Sus cuerpos se tocaban íntimamente. Se separó un poco de él.

-Deja de luchar conmigo -musitó Keegan.

-¿Estoy luchando contigo? Creía que me estabas recordando cuál es mi lugar. ¿No crees que esto es demasiado para la hija de un carpintero, señor Taber?

-¿Has estado bebiendo? -preguntó él.

-Sólo un poquito de champán, jefe. No tiene que preocuparse -se burló ella.

-Estoy preocupado -dijo él entre dientes.

La observó atentamente mientras la música flotaba a su alrededor.

-Wade no es de los que se casan y tú sí.

-¿Y cuál es la diferencia? Tú mismo conoces a hombres que se acuestan con la hija del carpintero y no se casan con ella.

-¡Eleanor! ¡Shh! -siseó él, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie la había oído.

-¿Por qué? ¿Te preocupa que sospechen que andas tonteando

con tus empleados? -susurró ella en tono de conspiración-. ¡Dios no lo quiera!

-Eleanor...

-Yo siempre había creído que era a la doncella a quien seducía el señorito -siguió ella.

-¡Por amor de Dios! ¿No podemos tener una conversación normal, sin que interfiera el sexo?

-¡Mira quién habla! -repuso ella, deteniéndose en mitad de la pista-. Además, no quiero tener ninguna conversación normal contigo. ¡Eres el único hombre que conozco capaz de dejar embarazada a una mujer hablando!

Él soltó una risita mientras la miraba cálidamente.

-Podríamos intentarlo. ¿Qué te parece si vamos de picnic mañana?

La invitación la dejó atónita, pero consiguió no demostrarlo. ¿Pretendía que se repitiera la historia? Pues en esta ocasión no la iba a acorralar.

Le sonrió y negó con la cabeza.

-Gracias, pero mañana salgo a navegar con Wade. Tiene un velero.

-¡No seas tonta! ¿No comprendes que intenta seducirte? Le importan un bledo tus sentimientos. ¡Sólo quiere acostarse contigo!

-¿Como hiciste tú? -le desafió ella.

-No eres de su clase.

Ella sonrió fríamente.

-Muchas gracias por recordármelo. Tampoco soy de la tuya, ¿verdad? ¿No es indigno de ti pedirle a la hija del carpintero que te acompañe a un picnic?

Él entornó los párpados y la miró amenazador. Ella se apartó de sus brazos y volvió junto a Wade lo más rápidamente que pudo. La esperaba sonriente.

-¿Has tenido algún problema? -preguntó observando a un furioso y acalorado Keegan Taber.

-No.

Le dirigió una sonrisa deslumbrante.

-¿Quieres bailar conmigo?

-Me encantaría, preciosa.

La rodeó con sus brazos indolentemente.

-Pero, ¿te parece que estaremos seguros? -preguntó señalando con la cabeza a Keegan.

-El señor Taber y yo hemos tenido una pequeña diferencia de opinión -dijo ella con dulzura.

-Pues a mí me parece que has herido profundamente su ego. No te gusta mucho, ¿verdad?

-¡Es un bruto engreído!

Keegan debió leerle los labios, porque se volvió bruscamente y se dirigió hacia la joven irlandesa, separándola de su acompañante con notable elegancia.

-Mírale -comentó Eleanor-, quitándole las mujeres a otros hombres, flirteando con cualquiera que lleve faldas...

-Es bastante popular entre las damas -observó Wade-. Me sorprende que puedas resistirte a su encanto con tanta facilidad.

¡Si Wade supiera!

-Le conozco desde hace años -dijo ella escuetamente-. Se pasa el tiempo en casa hablando con mi padre.

-¿Y jugando al ajedrez? -aventuró Wade. Ladeó la cabeza y la observó mientras bailaban.

-¿De verdad va a jugar al ajedrez o a probar suerte contigo?

-¡No tiene la menor oportunidad conmigo! -repuso ella mordazmente-. ¿Te importa que hablemos de otra cosa? Me estás estropeando la velada.

-¡Oh! Con mucho gusto -murmuró él y la hizo girar con una expresión complacida que fue atentamente observada por un atractivo y alto pelirrojo que bailaba con una hermosa morena.

Capítulo 4

Wade guardaba su velero en la dársena del lago Cave Run, en el parque nacional Daniel Boone. A finales de primavera, los bosques estaban llenos de pescadores y excursionistas. Eleanor los miró con cierta nostalgia mientras Wade la guiaba hasta el embarcadero. Le gustaban los barcos, pero sabía poco sobre ellos. Sus gustos se inclinaban mucho más por la pesca y los paseos por los bosques. Era otra de las grandes diferencias entre el estilo de vida de Wade y el suyo, pero quizás pudiera acomodarse.

Él tenía buen aspecto con los pantalones blancos y el jersey azul marino. No era un hombre mal parecido en absoluto. Eleanor contempló dudosa sus vaqueros y el suéter de varios colores. Esperaba ir vestida apropiadamente para salir a navegar. Él le había dicho que llevara zapatillas deportivas, pero no había especificado el tipo de ropa. Esperaba que no se le ocurriera llevarla a un elegante restaurante vestida así.

-Tenemos un club náutico aquí -le estaba diciendo él, mirándola sonriente por encima del hombro-. En octubre, celebramos la Gran Regata Anual. Este año tienes que venir conmigo -añadió, dando por supuesto que la suya iba a ser una relación duradera. Eleanor rebosaba de alegría.

-¿Todo consiste en navegar?

-La mayor parte -contestó él-. Es durante la primera semana de octubre y comienza con una carrera. Por la noche hay una gran cena y al día siguiente otra competición. Hay una regata abierta para todas las clases.

-¿Compite mucha gente de Lexington? El la sonrió.

-Cariño, estamos a poca distancia de la ciudad. Los Taber tienen un embarcadero aquí. Keegan y Gene ganaron la regata de su clase

el pasado octubre.

Ella se sonrojó. Sabía que a Keegan le encantaba navegar, pero no había recordado que guardaba su velero allí, ni que su padre corría con él. Aunque aquel era el tipo de cosas que le gustaba hacer a Gene Taber. Era tan temerario como su hijo. Aquella temeridad era una de las cosas que ella había admirado en Keegan.

-Hablando del rey de Roma... -musitó Wade cuando llegaban a su embarcadero.

Ella se volvió a medias y vio a Keegan Taber caminando por la dársena con aire despreocupado, como si estuviera en su casa.

-¡Hola, Wade! Tienes una llamada en recepción. Les dije que te avisaría, ya que me cogía de camino a mi velero. Wade suspiró.

-Debí imaginármelo. No puede uno mantenerse lejos del trabajo. Al menos, mientras existan teléfonos en este planeta. Vuelvo en seguida, cariño. Gracias, Keegan.

-De nada. Cuidaré de Eleanor hasta que vuelvas.

Eleanor le miró enfadada mientras Wade desaparecía en las oficinas del embarcadero. Vestía informalmente como ella, con vaqueros y un suéter amarillo. Con los mocasines náuticos, parecía menos alto que con las botas que usaba en la granja. El viento alborotaba su cabello rojo y el brillo de sus blancos dientes contrastaba atrayentemente con la tez bronceada.

-¿Qué estás haciendo aquí? -le preguntó Eleanor.

-Lo mismo que tú. Divertirme.

-¿No estás un poco lejos de tu casa y de tu invitada? El arqueó las cejas.

-¿Qué invitada?

-La preciosidad que te acompañaba anoche.

-La preciosidad está en una gira por las granjas locales con mi padre y el suyo.

-¿Y no has querido acompañarles?

-Trabajo mucho durante la semana. Los domingos me gusta descansar.

Ella bajó los ojos hasta su garganta, por donde sobresalía el fino vello rojizo. Recordó que su pecho estaba cubierto de aquel suave pelo. El íntimo recuerdo la hizo sonrojarse. Se abrazó a sí misma protectoramente y miró hacia las oficinas del embarcadero.

-Me pareció que era su ama de llaves, Mildred. Ella no le

molestaría si no se tratara de una emergencia.

-No se irá a su casa -dijo ella-. Iremos a navegar.

-¿Te apuestas algo?

Ella le miró entornando los ojos.

-Con un tramposo como tú, no. Seguro que amañas la baraja.

Él sonrió y una serie de pequeños escalofríos recorrieron el cuerpo de Eleanor. Detestaba seguir siendo tan vulnerable. Los cuatro años transcurridos deberían haberle proporcionado cierta inmunidad. Pero la realidad era que la llama se avivaba cada vez que le veía.

Le miró a los ojos. La mano que sostenía el cigarrillo se paralizó en el aire. La sonrisa desapareció de los labios de Keegan. Eleanor deseó desesperadamente besar la cálida y firme boca.

-Pequeña, es peligroso que me mires así en público -dijo Keegan en un tono que nunca le había oído utilizar.

Sonreía débilmente, pero no hizo nada para disimular el fuego de su mirada.

Antes de que pudiera contestarle, y mientras le latía violentamente el corazón, Wade se reunió con ellos con el ceño fruncido.

-Lo siento muchísimo, pero tengo a un hombre de negocios europeo sentado en mi porche delantero bebiéndose mi mejor whisky y muriéndose por proporcionarme montones de dinero a cambio de un potro.

Suspiró. Le sonrió a Eleanor y a Keegan, ajeno a la tensión existente entre ambos.

-Lo siento, cariño, pero soy muy avaricioso. Ella se echó a reír.

-No te preocupes. Si me acercas a...

-Yo la llevaré a casa interrumpió Keegan, llevándose el cigarrillo a los labios-. Así no tendrás que desviarte de tu camino.

Wade y Eleanor comenzaron a protestar, pero no fueron tan rápidos como él. Cogió a Eleanor firmemente del brazo.

-Vamos. Antes tengo que recoger unos papeles del barco. ¡Hasta luego, Wade!

Wade titubeó.

-Bueno... ¡Te llamaré esta noche, Eleanor!

-¡Sí! ¡Hazlo! -gritó ella por encima del hombro, mientras Keegan la alejaba llevándola casi a rastras-. No me extraña que tengas tu

propio barco. ¡Eres un pirata! ¡No puedes ir por ahí secuestrando a la gente!

-Estabas deseando venir -replicó él sin mirarla-. O lo estarás cuando te enseñe lo que tengo en el barco.

Ella suspiró.

-¿Muerde?

-A veces -murmuró él sonriendo.

La ayudó a subir a la brillante cubierta del velero, con las velas cuidadosamente enrolladas y atadas, y bajó a la cabina un instante. Volvió antes de que ella le echara de menos con una cesta de picnic en la mano.

-¿Cómo...? ¿Qué...?

-La ha preparado Mary June esta mañana para nosotros -dijo él, ayudándola a salir del barco-. Podemos ir en coche a la zona de picnic y lo devoraremos todo. No he desayunado y estoy hambriento.

-No podías saber que Wade iba a tener visita.

-Por supuesto que sí. En realidad, es cosa mía -dijo él sin inmutarse.

-¡Tus huéspedes irlandeses!

-Exacto -admitió él, sonriendo ampliamente-. Y será mejor que llegue cuanto antes a su casa u O'Clancy persuadirá a Mildred de que se vaya con él a Irlanda. Ese hombre es capaz de conseguir fondos del Congreso para un programa de aparea- miento. Nunca he visto nada igual.

-¡Es increíble! -protestó ella.

-Es culpa tuya -replicó él.

La llevó hasta el brillante Porsche rojo y la hizo sentarse.

-No quisiste venir conmigo cuando te invité.

-¡No quería! ¡Y sigo sin querer!

Se sentó junto a ella. Con una sonrisa deslumbradora, puso el coche en marcha.

-Mary June ha preparado rosbif, ensalada de patatas y panecillos caseros. Y buñuelos de manzana de postre.

Ella le miró de reojo.

-Engordaré.

-Estarías mejor con unos kilos más. Aquí. Este parece un sitio agradable y tranquilo.

Aparcó en la desierta zona de picnic y apagó el motor.

-Una bonita vista. Sin gente.

La miró a los ojos.

-Podrás hacerme el amor si quieres.

El inesperado comentario la hizo sonrojarse violentamente. Evitando su mirada, salió del coche.

Él sacó la cesta de picnic y pasó de largo junto a las mesas.

-Aquí se estará bien comentó, observando la zona. Dejó la cesta debajo de un enorme roble desde donde se veía el lago. En la lejanía, las velas blancas y multicolores se abrían como diminutos indicadores sobre el agua intensamente azul.

-Podemos comer y seguir la competición a la vez.

Ella se sentó en la agradable sombra y le observó mientras él extendía el mantel y sacaba la comida. Tenía un aspecto delicioso. Eleanor sabía que Mary June era una magnífica cocinera. Su padre y ella habían ido a las barbacoas y a otras celebraciones que los Taber ofrecían anualmente a los empleados de la granja, y había disfrutado muchas veces de la cocina, de Mary June. El ama de llaves era una institución familiar. Como su padre, un empleado valioso. El pensamiento le causó amargura. Suspiró y miró sus manos cruzadas sobre el regazo.

-¡Come algo! -ordenó él.

Le tendió un plato y vertió té helado en dos vasos de plástico. Ella recogió el vaso y tomó un sorbo del líquido helado con una sonrisa soñadora.

-¡Está delicioso!

Él llenó su plato, se lo entregó e ignoró su expresión dubitativa mientras llenaba otro para él.

-Nada como el campo para abrir el apetito. ¡Por amor de Dios! ¡Come, Eleanor!

-¿Siempre tienes que dar órdenes? ¿No puedes pedir las cosas?

-Es mi manera de ser -dijo él antes de dar un mordisco a la carne.

Tomó un sorbo de té y la observó durante un momento mientras ella comenzaba a comer.

-Eso es cierto -dijo ella después de vaciar su plato-. Eres un manipulador nato. Sólo eres feliz cuando consigues lo que quieres.

-¿No le ocurre lo mismo a la mayoría de la gente? -preguntó él.

Dejó los platos a un lado y volvió a llenar los vasos de té helado.

Luego se recostó cómodamente en el tronco del enorme árbol y cruzó las largas piernas con un suspiro.

Eleanor se bebió el té mirando el lago.

-Es la primera vez que vengo aquí -comentó-. Papá yo pasamos por aquí en coche cuando fuimos a ver a mis tías abuelas, pero no nos detuvimos. Siempre vamos a pescar al río.

-En este lago hay muchas percas -replicó él sonriendo. Así que te gusta pescar.

-A papá le gusta. Yo le acompaño por el paseo y la tranquilidad del sitio. Es algo que no tenemos en los hospitales.

-¿Por qué te hiciste enfermera?

-No lo sé. Supongo que siempre me ha gustado curar a la gente que se hacía daño. Aún me gusta. Es mi manera de devolverle al mundo algo de lo que me ha dado.

-¿Es una indirecta? -preguntó él con mirada seria.

-Tú trabajas tanto como yo -repuso ella con sinceridad-. No pretendía insultarte. Estaba explicándote mi propia filosofía de la vida. No condenaba tu modo de vida.

-Mi padre salvó a la granja de la bancarrota cuando era joven. Ha trabajado duro toda su vida para poder dejarme algo y que no tenga que quebrarme la espalda para vivir. No tuve que trabajar para sobrevivir y eso me afectó. Me pasé los primeros veinticinco años de mi vida criticando a mi padre y esperando cosas sin dar nada a cambio. Aunque sea con buenas intenciones, no se debe malcriar a un niño.

Le miró a los ojos.

-No quisiera cometer el mismo error con mis hijos.

-¿Hijos? -repitió ella-. Seguro que ya has elegido hasta sus nombres.

-Desde luego -dijo él sonriendo-. Al menos hasta el décimo; le llamaré Quits.

Ella sonrió radiante. Qué extraño era estar allí sentada, hablando con él. Era una novedad. No le gustaba estar disfrutando del momento, pero no podía evitarlo.

-¿Y tú? -preguntó él con aparente indiferencia-. ¿Quieres tener hijos?

-Desde luego. Me gustaría una niña.

-Una hija no estaría mal, aunque en mi familia predominan los varones. Como sabes, es el padre el que determina el sexo.

-¡No! -dijo ella con burlón asombro-. ¡Y yo que pensaba que era cosa de la cigüeña!

-No seas tonta -murmuró él, riéndose-. Se me había olvidado que eres enfermera. Supongo que sabes más que yo sobre reproducción.

-Sobre ciertos aspectos, tal vez -dijo ella rígidamente. Se terminó el té y se puso de pie para tirar el vaso y el plato en un cercano cubo de basura. Cuando regresó, Keegan no se había movido. Seguía mirándola calculadoramente.

-¿Te importa tirar mi vaso también?

Se lo tendió. Cuando ella se inclinó, la cogió por la muñeca y la hizo caer sobre su cuerpo, amortiguando el impacto con los brazos.

-¡Keegan! -protestó ella, debatiéndose.

La sostuvo con más fuerza, colocándola entre sus piernas, con la cabeza atrapada en el hueco de su codo. La miró mientras ella se debatía y le empujaba.

-Yo no estoy... en el menú -dijo Eleanor, jadeante.

-Pues deberías estarlo -murmuró él.

Sus ojos azules recorrieron las delicadas facciones, los llenos labios y los ojos castaños, rodeado todo por un marco de cabello castaño dorado.

-Me gusta lo que te has hecho en el pelo, Eleanor. También me gusta el nuevo maquillaje.

No había esperado que lo notara. Su asombro se reflejó en su mirada.

-Tenías diecisiete años cuando te besé por primera vez -dijo él bruscamente, mirándole la boca-. Fue en una fiesta de Navidad, en Flintlock. Estabas bajo el muérdago con un aspecto tremendamente desvalido. Me incliné y te besé suavemente. Te pusiste como la grana y huiste.

-No me lo esperaba -musitó ella, reanudando los forcejeos.

-No -dijo él con suavidad-. Estate quieta. Me estás haciendo daño.

Se quedó inmóvil y pudo sentir la excitación del cuerpo masculino. Le miró a los ojos y vio una mezcla de deseo y dolor reflejado en ellos.

-Lo siento, pero si me soltaras...

-No quiero. Lamento haberte hecho daño aquella noche. Y lamento aún más no haber reparado el daño. Te dejé cicatrices, ¿verdad?

-Bastantes... ¡Y no quiero más! ¿Vas a soltarme? -dijo ella, jadeante.

-Debiste ir en contra de todas tus creencias al entregarte a mí. No pensaba en ello. Estaba embriagado por tu sabor y tu presencia. No podía pensar. Recuerdo el olor de tu cuerpo, el sonido de tu voz en mi oído susurrando que me amabas...

-¡Ya basta! -gritó ella, ocultando su cara sonrojada contra su pecho-. ¡Basta, Keegan! ¡Por amor de Dios! Era una adolescente enamorada y tú un hombre con experiencia que deseaba vengarse de la chica a la que amaba realmente. ¡Eso fue todo!

-¿Estás segura? Admito que había bebido mucho y que me había peleado con Lorrame y que tú parecías...

Los recuerdos suavizaron su mirada. Volvió a verla con el largo cabello hasta los hombros y el vestido sin hombreras ciñendo provocativamente los firmes y adorables pechos.

-Me pareciste Venus. Yo sólo quería pasar un buen rato besarte un poco. Pero cuando gemiste y comenzaste a devolverme los besos tan apasionadamente, me olvidé de todo.

Eleanor recordó que había sido como una explosión. Había anhelado sus besos durante años. También ella había tomado varias copas. Cuando él comenzó a desnudarla, el contacto de sus manos en su cuerpo desnudo la volvió loca.

Él vio aquellos recuerdos reflejados en sus ojos y se excitó más. Ella olía a gardenias y su mente no podía apartarse de aquella noche en que la poseyó a la luz de la luna mientras en la radio del coche sonaba una música exótica y sensual, que aún llevaba en la sangre, cuatro años más tarde.

-¡No te atrevas a tocarme ahí! -gritó ella cuando sus dedos se deslizaron bajo el jersey y rozaron el borde del sujetador. Pero la mano siguió moviéndose. Eleanor sentía su cálido aliento en la oreja, susurrándole cosas que ella no oía. Volvió a debatirse, pero él volvió a sujetarla. El silencio reinaba a su alrededor, roto únicamente por el canto de los pájaros, el roce del agua contra la orilla y el susurro del viento entre las hojas. Keegan apenas percibía estos sonidos debido a los fuertes latidos de su corazón.

-Shh, Ellie -susurró él, ignorando la mano que le sujetaba la muñeca-. Shh... Estate quieta.

Ella tuvo que morderse el labio para contener un grito. Él la abrazaba con tanta fuerza que la impedía incluso retorcerse. No quería que la tocara. No podría soportar el placer. Gimió cuando él encontró el broche de la prenda y lo soltó.

Keegan levantó la mirada y encontró sus ojos. Su posesiva mirada, cálida y tierna, la paralizó. Sus dedos la torturaban lenta y expertamente.

-Lo único que quiero es acariciarte -dijo con una voz tan lánguida y sensual como una noche de verano.

-¡No! -gritó ella, mordiéndose el labio con fuerza mientras él comenzaba a apartar el sujetador de la suave piel.

-Por favor, Keegan, no me hagas esto.

-¿Qué es lo que temes? -preguntó él suavemente, mirándola a los ojos-. Ahora eres una mujer, no una niña. Cuatro años mayor, más juiciosa y experimentada. Esto es solamente un interludio. Comparte un poco de placer conmigo, Ellie. Déjame rememorar el pasado.

-Son recuerdos terribles -le recordó ella conteniendo la respiración-. ¡Me hiciste daño!

-Lo sé, pequeña -dijo con ternura. Se inclinó y le rozó la frente con los labios.

-Te hice daño una vez, pero nunca, nunca más. Quédate quieta, pequeña, y déjame acariciarte.

Eleanor quería detenerle. Quería protestar, chillar. Pero la estaba llamando «pequeña», como aquella noche. Recordó el roce del vello de su pecho contra sus excitados senos, los firmes y fuertes músculos de sus muslos desnudos contra los suyos, la inesperada fuerza de su cuerpo cuando la tumbó y la poseyó... ¿Cómo podía desearle cuando la había tratado de aquel modo? Le dolía el cuerpo de deseo. Su mano recorría sus pechos, jugando, excitando...

-Shh -siseó él de nuevo.

Levantó un poco el brazo con el que la sostenía para apoyar su ardiente cara contra su cuello.

Ella se estremeció sin poder evitarlo. Levantó las manos para acariciarle el pelo de la fuerte nuca. No podía respirar bien y no podía ocultarlo. Volvió a gemir.

Él la besó en la oreja, en la mejilla, en la nariz.

-Ellie -susurró.

Y sus labios buscaron los de ella, mordiéndolos delicadamente.

Fue como aquella noche. Una llamarada. Una explosión.

-Keegan -gimió Eleanor contra sus labios, estremeciéndose de pies a cabeza.

Abrió los ojos y se encontró con la tormentosa profundidad de los ojos azules.

-Nada ha cambiado -susurró él con voz enronquecida por la emoción-. Tocarte me excita muchísimo. Contigo, esto es tan satisfactorio como hacer el amor. Haces unos ruiditos tan tiernos cuando te hago esto...

«Esto» era una lenta caricia alrededor del pecho hasta que los dedos rozaron el excitado pezón. Ella arqueó el cuerpo y gimió contra su boca. Él la besó apasionadamente, introduciendo la lengua en su boca abierta. Sorprendentemente, Eleanor se puso rígida, como si no estuviera acostumbrada a aquella clase de beso. Fue sorprendente y muy excitante.

-¿Te gusta? ¿Sientes placer cuando te acaricio así? -susurró Keegan-. ¿O es mejor así?

Contrajo el índice y el pulgar. Eleanor se arqueó hacia atrás, gimiendo, abandonándose. Y él enloqueció.

La tumbó en el suelo y se apoyó sobre ella mientras la besaba ardientemente. Eleanor se sintió incapaz de detenerle. Estaba atrapada por la fuerza de lo que compartían, por la cálida y dulce belleza del momento. Cuando él levantó la cabeza, le dolía la boca. Abrió los ojos y contempló lánguidamente la cara masculina alterada por la pasión.

-Voy a mirarte -susurró él, cogiendo el borde del jersey mientras ella yacía indefensa bajo su cuerpo-. Voy a emborracharme de ti y luego, voy a comerte como si fueras un dulce.

Ella gimió, mitad de orgullo, mitad de protesta. Tembló ligeramente cuando las esbeltas y fuertes manos acariciaron su pecho.

La mirada de Keegan estaba oscurecida por la pasión. Subió el jersey hasta el borde del sujetador. Entonces, cuando comenzaba a descubrir los pechos, el sonido de un automóvil le interrumpió.

Keegan se detuvo.

-¡No! ¡Dios! ¡Que se vaya!

Pero el coche, cargado de niños y un perro con una lengua tan larga como la mitad de su cuerpo, aparcó junto al Porsche. Keegan apartó los ojos del tembloroso cuerpo de Eleanor y se puso de pie soltando una maldición.

Eleanor se sentó, aturdida. Tenía el sujetador desabrochado. Lo abrochó mientras la familia charlaba alegremente y descargaba el coche. Tuvo una breve visión del excitado cuerpo de Keegan antes de que él se volviera y caminara hasta la orilla del lago. Con un tembloroso suspiro, comenzó a recoger las cosas del picnic.

Cuando el grupo de excursionistas se acomodó en una mesa cercana, levantó la cabeza y consiguió esbozar una sonrisa. Había sido una breve escapada. Ahora quería volver a su casa para reprenderse severamente por haber cedido. ¿Sería ninfómana o algo parecido?

Keegan regresó unos minutos después; aún estaba pálido y tenso. Cogió la cesta, la llevó hasta el Porsche y la metió en el maletero de cualquier manera.

Mantuvo la puerta abierta para que subiera Eleanor con una expresión tan dura que ella se sintió incómoda. Sabía algo más sobre los hombres que cuatro años antes y no necesitaba preguntarle qué le pasaba.

Mientras la llevaba a su casa, Keegan encendió un cigarrillo y fumó en silencio. Eleanor también se mantuvo silenciosa. Estaba avergonzada de su comportamiento, avergonzada de haberle dejado ver lo vulnerable que era.

Él aparcó delante de su casa y apagó el motor.

-No quería que esto ocurriera -dijo inesperadamente. Se recostó en la puerta, mirándola con una expresión poco reveladora.

-Ya. Nunca quisiste que ocurriera nada -dijo ella mordazmente-. Pero si crees que puedes jugar conmigo, estás equivocado. Ya tuve bastante con una vez. Se acabó.

Él contempló su cigarrillo.

-Supongo que he ido demasiado lejos. Había creído que tendrías más experiencia ahora, Ellie.

-¿Y qué te hace pensar que no es así?

Él la miró a los ojos y ella se sonrojó. Abrió la puerta y salió tan rápidamente que casi se cayó.

Estaba casi en la casa cuando él la alcanzó.

-No me halaga pensar que no has estado con otro hombre, Ellie. ¿Tanto daño te hice que no puedes volver a entregarte? ¿Es eso?

-No seas pretencioso -dijo ella tensamente. Él le acarició el pelo.

-No -dijo con ternura-. No creo que pudiera soportar que me rechazaras.

Ella parpadeó sorprendida.

-¿No comprendes lo difícil que me resulta esto? Sé muy bien que herí profundamente tu orgullo.

-¿Y qué estás intentando hacer ahora? ¡No, gracias! Hoy me has cogido desprevenida. Los recuerdos son muy fuertes y he perdido la memoria. Pero no volverá a suceder, Keegan Taber. ¡Antes me entregaría a un tiburón que a ti!

Él sonrió forzadamente, como si no le importara.

-¿De verdad? El tiburón podría arrancarte una pierna. Yo no me llevaría nada que no me hayas dado en otra ocasión.

-Algo que no podré volver a dar, gracias a ti -repuso ella-. A papá le gusta verte. Puedes venir a verle cuanto quieras. Pero yo no estaré nunca más para ti.

-Supongo que... no he debido apremiarte. Hablaba mirándose los pies.

-Supongo que tendríamos que conocernos mejor...

-¿En qué cama? ¿En la tuya o en la mía? -le interrumpió ella con voz fría y distante.

-¡Por amor de Dios! ¡No estoy intentando seducirte!

-¡Qué interesante negativa, después de lo que ha ocurrido en el lago!

-¡No té defendiste demasiado!

A ella le tembló el labio inferior y Keegan se maldijo. Aquello había sido un golpe bajo a su orgullo. Era lo peor que podía haber dicho.

-Ellie...

-No importa. No, no me defendí. Se te da muy bien seducir mujeres. Debería recordarlo, ¿verdad? ¡Déjame en paz, Keegan! Entró en la casa, ardiendo de humillación. Estaba horrorizada por lo que había hecho. «Eres una estúpida», se dijo. Él se aprovecharía de cualquier debilidad suya. Si no andaba con mucho cuidado, se repetiría lo ocurrido cuatro años antes. Pero en esta ocasión no la

iba a engañar como a una niña. No señor. En esta ocasión, sabía exactamente lo que estaba haciendo. Tenía que mantenerse alejada de él. Aún tenía su sabor en la boca y el recuerdo de sus manos sobre su cuerpo.

Cerró los ojos e intentó imaginarse a Wade. Pero el hombre al que vio tenía el pelo rojo, era pecoso y estuvo sentado con su padre en el cuarto de estar durante una eternidad antes de desistir y marcharse.

Capítulo 5

Eleanor se quedó en su habitación hasta que tuvo la seguridad de que Keegan se había marchado. No quería verle mientras no hubiera recuperado el control de sus emociones. ¿Cómo

podía haberse imaginado que, después de lo ocurrido cuatro años antes, seguiría siendo tan vulnerable? Pero no permitiría que volviera a acorralarla de aquella manera. Al recordarlo, se ponía furiosa. Sabía que tardaría varios días en tranquilizarse.

Lo que más la preocupaba eran los motivos de Keegan. Al final, él también había perdido el control. Sabía que la deseaba. Nunca lo había ocultado, pero lo más difícil de soportar era su acusación de que ella lo había deseado tanto como él. Era la verdad, pero no quería que él lo supiera. Tenía que recordar lo ocurrido en otra ocasión. Tenía que recordar que no podía confiar en él. De lo contrario, iba a meterse en un buen lío.

Por último, se reunió con su padre en el cuarto de estar. Se había retocado el maquillaje y, salvo por la ligera hinchazón de los labios, tenía buen aspecto.

Pero los penetrantes ojos de su padre se fijaron en la hinchada boca. Su expresión demostró complacencia.

-¿Cómo es que te has marchado con Wade y vuelves con Keegan? -preguntó.

Ella carraspeó.

-En realidad, Keegan mandó a sus huéspedes irlandeses a comprar uno de los caballos de Wade y luego me secuestró antes de que éste pudiera ofrecerse para traerme a casa. Fuimos de picnic.

-¿Te secuestró? ¿De verdad? -preguntó su padre. Sonreía ampliamente.

-Es un hombre que sigue los dictados de su propio corazón -

añadió.

-Yo esperaba ir a navegar con Wade.

-Keegan tiene un barco. Si se lo pidieras, te llevaría a navegar con él. Estoy seguro.

-A él le encantaría -rezongó ella- que yo le suplicara.

-Dudo que se lo hayas pedido siquiera -dijo su padre calmadamente-. Es fácil ver que está interesado por ti. Creo que siempre lo ha estado.

-¿Quién te has creído que eres? -le acusó ella-. ¿Cupido? Te faltan el arco y las flechas.

-Podrías darle una oportunidad en vez de andar perdiendo el tiempo con ese Wade.

-Le di una oportunidad hace cuatro años. Y se comprometió con Lorraine. ¿Lo recuerdas? No me va a hacer la misma faena dos veces. ¡Oh, no! Ahora soy más vieja y más prudente y no voy a dejar que tu héroe me manipule.

Él arqueó una ceja y le miró fijamente la boca.

-Parece que tu afirmación llega un poco tarde, ¿verdad? Ella comenzó a decir algo, pero levantó las manos en un gesto de impotencia y salió de la habitación. ¿Para qué se iba a molestar en discutir? Keegan tenía su mejor aliado en su propio padre. Si pudiera contarle toda la verdad, no se mostraría tan ansioso de empujarla a los brazos de Keegan. Pero debía guardar su secreto.

En momentos como aquél, deseaba que su madre siguiera viva. Geraldine Whitman sólo era un tenue recuerdo. Había muerto en un accidente cuando ella tenía diez años y su padre había sido toda su vida durante los años siguientes. Eleanor se preguntaba cómo habría sido tener alguien con quien hablar. Estaba Darcy, pero una madre era diferente.

No vio a Keegan en los días siguientes. Fue a su trabajo y el martes por la tarde volvió rápidamente a su casa a arreglarse para su cita con Wade.

Su padre estaba hundido en su sillón con expresión ceñuda.

-¿Qué ocurre?

-Has echado a mi compañero de ajedrez.

-¿Se ha ido? ¡Magnífico!

-No, no se ha ido. No ha venido. Va a una fiesta con esa chica irlandesa.

Ella se volvió rápidamente para ocultar su mirada dolida.

-¿Y qué tengo yo que ver con eso?

-Si él... ¡Por amor de Dios, hija! ¡Se va a comprometer con una de esas tontas egoístas! ¡Y será culpa tuya!

-Si ese es el tipo de mujer que le gusta, no es problema mío hacerle cambiar. Papá, no me interesa Keegan. Lo siento, pero tendrás que hacerte a la idea.

Él la miró como si acabara de perder a su último amigo.

-Sí, supongo que sí. Bueno, que lo pases bien.

Miró aprobadoramente el conjunto azul claro y los zapatos de tacón.

-Estás preciosa.

-Gracias. ¿Necesitas algo?

-No, veré la televisión un rato y me acostaré. Tal vez pueda volver al trabajo la próxima semana. Estoy harto de estar sentado aquí como si fuera un mueble.

Ella se inclinó y le besó en la calva.

-Me lo imagino. Que descanses. Volveré pronto.

-Que te diviertas -gritó él mientras se acercaba el coche de Wade.

Wade la ayudó a entrar en el coche con un gesto galante. Estaba muy atractivo con la chaqueta azul marino y los pantalones blancos.

-Lamento lo del domingo, pero conseguí venderle dos potros a O'Clancy. Perdóname por haberte dejado con Keegan.

-Ya te disculpaste el domingo por la noche -le recordó Eleanor- y acepté tus excusas. No fue tan malo. Me trajo a casa entera.

-¡Qué raro que estuviera en el muelle el domingo! –dijo Wade-. -No suele andar por allí sin su padre. Supongo que se debió a esos papeles que tenía que recoger.

Ella no mencionó que Keegan no había recogido ningunos papeles. No quería recordar lo que había ocurrido el domingo.

-Te eché de menos -le dijo a Wade con una sonrisa.

-Y yo a ti -murmuró él-. Aunque esa chica irlandesa es todo un bocado. Bonita cara, buenos modales... Un poco interesada, pero nadie es perfecto.

-Papá está enfadado con ella por haberle dejado sin contrincante para su partida de ajedrez. Por lo visto, Keegan va a salir con ella esta noche.

-Chico afortunado -dijo él. La miró de reojo-. No es que tú no seas un buen bocado, cariño. A propósito, ¿qué opinas de los amoríos ardientes?

Eleanor no creía que estuviera bromeando. Y era mejor aprovechar la ocasión para dejar las cosas claras.

-No me interesan. Lo lamento, pero soy producto de una educación estricta.

-No necesitas disculparte. En realidad, es un cambio agradable. Me gustará pasarlo bien charlando con una mujer para variar. A veces, es un poco incómodo llevar la máscara de play-boy.

Disminuyó la velocidad al acercarse al restaurante. La miró de reojo y sonrió. Pero en esta ocasión su sonrisa parecía diferente.

-¿Siempre eres tan sincera?

-La mayoría de las veces. ¿Por qué empezaste a salir conmigo, si lo único que querías era una aventura breve? Seguramente habrías oído que no soy una chica fácil.

-Desde luego. Eso era parte de la atracción.

Wade suspiró y sonrió. En esta ocasión fue una sonrisa sincera.

-Supongo que tú también habrás oído hablar de mí. ¿Qué dicen?

Ella recordó lo que le había dicho Keegan.

-Que te han cogido haciéndolo de todas formas, menos colgado de la rama de un árbol.

Él soltó la carcajada.

-¡Oh! ¡Eso es estupendo! ¡Realmente muy bueno!

Cogió una mano de Eleanor y se la llevó a los labios.

-En realidad, hay algo de verdad en ese rumor. Pero sólo en parte. No soy el lobo feroz.

-Eres un hombre estupendo -dijo ella y le devolvió la sonrisa-. Me gusta estar contigo.

-A mí también me gusta estar contigo. Creo que debemos darnos una oportunidad mutua. No intentaré seducirte si tú no intentas seducirme. ¿Te parece justo?

Ella le sonrió.

-Muy justo.

Él le besó la punta de los dedos y le abrió la puerta. La cena fue exquisita. Eleanor comió cosas cuyo nombre apenas podía pronunciar y Wade la enseñó a saborear el vino.

-Soy muy torpe -rezongó ella mientras luchaba con el nombre de

un plato.

-No -dijo él, hablando en serio-. Eres un cambio refrescante. Me gustas, Eleanor Whitman. Puedes considerarlo un cumplido porque no hay mucha gente que me guste, ya sean hombres o mujeres. A lo largo de mi vida, he aprendido que la mayoría de la gente va a por lo que pueda sacar. Y un hombre rico es el blanco perfecto.

Unos años antes, le había oído decir algo similar a Keegan.

-Me gustarías aunque no tuvieras un centavo -le dijo a Wade-. Para estar podrido de dinero, eres un tipo estupendo. Él le dirigió una sonrisa y preguntó:

-¿Te diviertes?

-Sí. ¿Y tú?

-Esto podría convertirse en una costumbre -dijo él, llevándose la copa a los labios-. ¿Qué quieres de postre?

Ella le devolvió la sonrisa. Wade tenía una cara atractiva. Muy morena. Sin pecas...

En aquel momento, vio a Keegan entrar en el restaurante con la chica irlandesa del brazo. Eleanor deseó que se la tragara la tierra.

Wade se echó a reír.

-Tengo la impresión de que nos está siguiendo. ¡Eh! ¡Keegan! Keegan los vio y sonrió, acercándose a su mesa.

-¡Vaya! ¡Qué coincidencia! Wade, Eleanor, quiero presentaros a mi invitada, Maureen O'Clancy. Maureen, Wade Granger y Eleanor Whitman.

Wade se levantó sonriendo y cogió la mano de Maureen.

-Me alegro de volver a verte -musitó mientras se llevaba la mano a los labios con una sonrisa maliciosa.

-Yo también me alegro -replicó la joven irlandesa con un ligero acento-. Disfrutamos mucho en la visita a tu granja. Sus ojos azules sonrieron a Wade. Entonces pareció darse por enterada de la presencia de Eleanor.

-¿No nos hemos visto antes?

-En la fiesta de los Blake -intervino Keegan.

-¡Ah, sí! Tu padre es uno de los carpinteros de Keegan ¿no?

-¡Qué amable por tu parte recordarlo! -repuso Eleanor sin inmutarse-. ¿Verdad que la sociedad de Lexington es maravillosamente democrática? Permitir que los empleados asistan a los acontecimientos sociales...

-Vamos a sentarnos, Maureen -la interrumpió Keegan al notar el tono orgulloso de su voz-. Encantado de haberos visto. Arrastró a Maureen de la mesa mientras Wade intentaba en vano sonreír.

-Arpía. ¡Qué desagradable! -comentó mientras se sentaba.

-¿De verdad piensas eso? -preguntó Eleanor sonriéndole con los ojos brillantes-. ¡Gracias!

Él movió la cabeza.

-Veo en ti grandes posibilidades, Eleanor. Podrías ser la esposa ideal para un hombre de negocios. Sabes defenderte de las fieras.

-Me he endurecido. 0 enseñas las garras o te comen viva.

-Sin embargo, es una chica interesante -añadió, mirando hacia la mesa en donde estaban sentados Keegan y Maureen-. Imagínate cuántos años le habrá costado conseguir que su nariz tenga ese ángulo.

-Debería darte vergüenza -la reprendió Wade-. Ten. Cómete el pudín y déjalo estar. Quiero llegar a tu casa a tiempo de jugar con tu padre una partida de ajedrez.

Ella le miró boquiabierta mientras él le ponía delante el plato con el delicado pudín.

-Bueno, le gusta jugar al ajedrez, ¿no? Incluso le dejaré ganar.

-Él le gana a Keegan. Y Keegan no es de los que se dejan vencer.

-Keegan gana a todo el mundo.

-No en esta ocasión -dijo ella entre dientes.

Miró de reojo hacia la otra mesa y sintió una punzada de dolor. Era una viejísima táctica. Keegan jugaba a enfrentar a una mujer con la otra y la irlandesa lo ignoraba. O tal vez no le importara. Pero a Eleanor sí. Sentía como si Keegan le hubiera pertenecido siempre y le dolía verle con otra.

Era comprensible que se sintiera así. Al fin y al cabo, Keegan había sido su primer hombre. Pero le gustaría no ser tan vulnerable.

Entonces él apartó la vista de la cara de la joven irlandesa y la miró. Ella levantó su copa e inclinó la cabeza en un gracioso gesto. Luego se volvió hacia Wade con un gesto desdeñoso.

-¿Qué significa esto? -preguntó él con una tenue sonrisa.

-Es un brindis de felicitación -replicó ella con aire inocente-. Ha cobrado otra pieza.

Él se rió entre dientes.

-Hablas de él como si fuera un cazador.

-¿Y no lo es? Su reputación es peor que la tuya. Él arqueó ambas cejas.

-¿Crees que lo habrá hecho incluso colgado de una rama? Ella rompió a reír y casi se atragantó con el vino. A través de la sala un par de ojos azules la observaron nublados por el dolor. Pero ella no los vio.

Capítulo 6

Poco después de medianoche, Wade la llevó a su casa. Eleanor aún seguía molesta, por haber tenido que cenar con Keegan observándola. ¿Habría sido una coincidencia o le habría contado su padre dónde iba a llevarla Wade? Tenía que averiguarlo.

-Lo he pasado en grande -le dijo a Wade cuando éste apagó el motor del Mercedes delante de su casa-. Gracias por la cena.

-Ha sido un placer -dijo él con sinceridad.

Se inclinó hacia ella lentamente, dándole tiempo para retroceder.

Pero Eleanor no retrocedió. Le gustaba Wade. Aquella noche le había servido de parachoques con Keegan. Se lo debía. Sonrió y cerró los ojos.

Era agradable besarle. Pero no era tan explosivo ni inquietante como besar a Keegan. Keegan. Nadie podría conmoverla como lo hacía Keegan. No podía hacerle creer a Wade algo que no era cierto. Se echó hacia atrás con un suspiro.

Él le acarició la cara y se encogió de hombros. Luego sonrió. No estaba enfadado.

-Eres una buena chica -dijo-. De todos modos, tienes que salir conmigo. Te proporcionaré todo tipo de información inútil y te dejaré boquiabierta con mi pericia como guía local. Ella se echó a reír.

-¡Estás loco!

Él le cogió una mano y se la llevó a los labios.

-No permitas que ese pelirrojo furioso vea esa mirada tuya, cariño le aconsejo, asintiendo cuando ella se alteró-. ¡Oh, sí! Eres muy transparente a veces, señorita inocente. No creo que él se haya dado cuenta, porque entonces te tendría en el bote. Keegan no se

anda con rodeos.

Ella lo sabía mejor que él.

-Estás equivocado -replicó con firmeza-. Estuve enamorada de él cuando tenía dieciocho años, pero ya pasó. Ya no siento nada.

-Claro que no -dijo él, burlándose de ella. Se inclinó y la besó en la frente.

-De todos modos, ten cuidado. No me gustaría que te hicieran daño. Me gustas mucho, señorita enfermera.

-Eres una buena persona -murmuró Eleanor.

-Lo intento, lo intento. Damos una fiesta en el jardín el sábado. Estás invitada. Te recogeré a las diez. Y no discutas. Considéralo como una clase particular -añadió perversamente.

-¿Y qué opinará tu familia de que invites a una empleada de los Taber?

-¡Por amor de Dios! ¡No empieces con eso! De lo único que debes preocuparte es de no perder la cabeza mientras mantengas a raya a mi madre y a mi hermana. Mi padre será fácil de manejar.

Soltó una risita.

-Le gustan las chicas bonitas.

-Bueno... Si a ti te apetece, a mí también. Pero no quisiera avergonzarte, y tengo una lengua rápida.

-¿De verdad? ¡Enséñamela!

-¡No seas tonto!

El se estiró lánguidamente, sonriendo aún.

-Bueno, es demasiado tarde para jugar al ajedrez con tu padre. Será mejor que me vaya a mi solitaria cama a intentar dormir.

La miró de reojo mientras ella cogía la manivela de la puerta.

-¿Seguro que no quieres venir a compartir mi almohada, Eleanor? Puedes utilizar mi cepillo de dientes. Incluso, compartiríamos la colcha.

-Gracias, pero mi padre tiene una escopeta enorme.

-Retiro la invitación. Soy alérgico a los disparos de escopeta.

Ella se inclinó y le besó en la mejilla.

-Eres un hombre encantador. Me gustaría haberte conocido hace cinco años.

-A mí también. Buenas noches, amor. Hasta el sábado por la mañana. A las diez en punto.

-¡Espera! ¿Qué debo llevar?

-Algo femenino y ligero.

Le vio alejarse preguntándose qué significaría «ligero». ¿Un vestido de cóctel? Sonrió maliciosamente mientras entraba en su casa. ¿Un camisón?

Su padre ya se había acostado. Tendría que esperar a la mañana siguiente para preguntarle si le había dicho a Keegan a dónde iba a ir con Wade. Pero al bajar las escaleras para desayunar, se encontró a Keegan sentado en la cocina con su padre, tomando café.

-Bueno, ya era hora -musitó Keegan, mirándola-. ¡Bonita manera de tratar a un hombre herido! ¡Hacerle esperar hambriento mientras tú duermes después de tu apasionada cita!

Apenas eran las seis de la mañana. Estaba medio dormida, despeinada, sin maquillar y llevaba su vieja bata verde encima del camisón transparente.

-¿Qué hombre herido? ¿Y qué haces tú aquí?

-Tu padre. Mira al pobre hombre. Está tan débil por el hambre que apenas puede tenerse sentado.

Su padre lo estaba pasando en grande. Le miró.

-¿Débil por el hambre? ¡Tonterías! ¿Desde cuándo eres su guardián?

-Alguien tiene que protegerle de su descastado retoño -repuso Keegan obstinadamente-. ¿Siempre duermes así?

Ella se sonrojó furiosamente y se volvió para comenzar a preparar el desayuno.

-¿Estás aquí para criticarme o para desayunar? -le preguntó mientras comenzaba a freír beicon.

-Para desayunar -contestó Keegan-. Estoy muerto de hambre. Mary June se ha torcido un tobillo y no puede andar. Y Maureen no se levanta hasta las once.

-¿Dónde está tu padre?

-Se ha ido a El Granero Rojo a desayunar.

-¿De verdad? Me asombra que no le hayas traído contigo.

-Le invité. Pero no quiso abusar.

Eleanor sintió deseos de tirarle algo. Y su padre les oía tranquilamente tomándose el café. ¡Hombres!

-Me gustan los huevos fritos -señaló Keegan cuando ella comenzó a batir varios en un cuenco.

¿De verdad? ¡Qué bien!

Siguió rompiendo huevos y echándolos en el cuenco.

-¿Siempre es tan antipática por las mañanas? -le preguntó Keegan a su padre.

-No, en absoluto -replicó Barnett-. Es repugnantemente alegre.

-Entonces debe ser por mí -dijo el hombre más joven con un suspiro.

Observó a Eleanor mientras se movía entre las sartenes. Keegan llevaba sus ropas de trabajo; vaqueros y una camisa. Eleanor deseó que no la llevara a medio abrochar. Su pecho semidesnudo la distraía de su tarea de hacer tostadas.

-Tostadas -suspiró Keegan, apoyando los antebrazos en la mesa-. Nadie las hace como tú, Ellie.

-¿Cómo lo sabes? -le preguntó, echando un vistazo por encima del hombro mientras cortaba el pan y lo ponía en la sartén.

-Suelo venir a tomar café con tu padre. Después de marcharte tú, desde luego, pero generalmente quedan tostadas. Me encanta cómo las haces.

A Eleanor le disgustó que su comentario la complaciera tanto. Contuvo una sonrisa. Keegan y su padre comenzaron a hablar y ella puso la mesa y terminó de cocinar.

Cuando acabó, colocó la comida sobre la mesa y se dirigió a la puerta.

-¿Dónde vas? -preguntó Keegan.

-A vestirme.

-Se enfriará todo -la riñó su padre-. ¡Por amor de Dios! Siéntate. Vas decentemente cubierta.

-Opino lo mismo -le secundó Keegan-. Siéntate mujer, no me inflamarás de pasión. Tengo fuerza de voluntad.

Eleanor cometió el error de mirarle a los ojos en aquel instante, con los recuerdos del picnic del domingo reflejados en la cara. La mirada que intercambiaron la hizo estremecerse. Afortunadamente, su padre estaba ocupado untando mantequilla en el pan. Apartó la mirada y se sentó en frente de Keegan. Al servir el café, le temblaban las manos.

-Trae.

Sus dedos le acariciaron las manos antes de quitarle la cafetera y sus ojos azules buscaron su mirada.

-¿Lo pasaste bien anoche? -preguntó con voz suave.

-La comida era deliciosa. ¿No opinas lo mismo?

-Sí.

-¿Le gustó a la señorita O'Clancy? Él se agitó en su silla incómodo.

-No le gusta la cocina francesa.

-Entonces, ¿por qué la llevaste a un restaurante francés?

-No me lo dijo hasta que era demasiado tarde.

Deseaba preguntarle si sabía que ella y Wade iban a estar allí. Pero le faltó valor. Se concentró en su desayuno, dejando hablar a los hombres de los asuntos de la granja.

Cuando terminaron, recogió la mesa y dejó los platos en remojo mientras se vestía.

-Tengo prisa. Entro a las siete -comentó, secándose las manos.

-¿Se terminará el mundo si llegas unos minutos tarde? -gruñó Keegan, como si no quisiera que se marchara.

-No, pero mi trabajo podría terminarse -replicó ella-. A diferencia de usted, señor Taber, yo tengo que trabajar para vivir.

-¡Eleanor! -exclamó Barnett.

-Es cierto -le dijo Keegan-. Eleanor y yo llevamos años peleándonos. ¿No lo habías notado?

-Sí -replicó Barnett.

Keegan se bebió su café tranquilamente.

-¿Te gustaría ir a navegar conmigo el sábado? -preguntó inesperadamente.

Ella le miró boquiabierta.

-¿Yo? ¡Dios mío! ¡Últimamente estás muy generoso con tus empleados!

-¡Eleanor! -gimió su padre, ocultando la cara en las manos.

-Me gustan mis empleados -repuso Keegan-. ¿Y harás el favor de dejar de avergonzar a tu padre?

-Al fin y al cabo, es mi padre. ¡Puedo hacerle avergonzarse si me da la gana!

-¿Vendrás a navegar o no? -insistió él.

-No me gusta navegar.

-¡Fuiste con Wade!

-Me gusta Wade. Preferiría pescar o pasear. Pero fui a navegar con el porque me gusta su compañía. La tuya no. ¡Y sabes por qué!

Él la miraba fijamente mientras Barnett los observaba con

curiosidad.

-Además -musitó ella, apartando la mirada-, Wade me ha invitado a una fiesta en su jardín el sábado por la mañana.

-¿En su casa?

Le miró.

-Estarán presentes su madre y su hermana, además de los otros invitados. Y antes de que me lo preguntes, te diré que no, no lo ha hecho colgado de las ramas de un árbol. ¡Se lo pregunté y me contestó!

-¡Dios mío!

Barnett se cubrió la cara otra vez, moviendo la cabeza.

-¿En qué he fallado con ella?

-¿Quieres callarte? -le dijo Eleanor a su padre. Luego volvió su enfadada mirada a Keegan-. ¿Ves lo que has conseguido?

-¿Cómo puedes preguntarle algo así? ¡Le darás ideas!

-¿A papá?

-¡A Wade! ¡Lo sabes perfectamente bien!

Keegan estaba furioso. La cara se le había puesto tan roja como el pelo.

-¿Intentó algo anoche?

-¿Y tú? -repuso ella.

Él estaba cada vez más furioso.

-Escucha, Eleanor, te vas a meter en líos si sigues con ese playboy.

-Papá, ¿por qué no le dices que mi padre eres tú y que no tiene derecho a interrogarme así? -se quejó Eleanor.

Barnett sonrió.

-Está haciéndolo muy bien, cariño. Ella levantó las manos.

-¡Me voy a trabajar!

-¿Huyes? -la provocó Keegan.

-¡Por supuesto!

Subió a su cuarto, se puso el uniforme y se maquilló. Cuando volvió a la cocina con la toca en la mano, Keegan seguía sentado allí.

-Tienes un aspecto estupendo, pequeña -comentó después de mirarla aprobadoramente-. Pareces un ángel de misericordia.

Ella apretó los dientes y se sonrojó.

-Llegaré tarde si no me doy prisa -musitó, inclinándose a besar a

su padre en la mejilla-. Hasta luego.

-¿No me besas a mí también? -preguntó Keegan.

-Sólo beso a la familia.

-¿Y a los primos muy lejanos? Iré corriendo ahora mismo a investigar la historia familiar.

Ella le sacó la lengua.

-¡Bruto!

-Que pases un buen día, cariño-le deseó Barnett mientras salía.

Ella le deseó lo mismo sin mirar a Keegan y corrió hacia su coche. No creía que fuera capaz de seguirla, pero no iba a darle ninguna ventaja.

Fue un día muy largo. Hubo una urgencia tras otra, y al final de su turno estaba agotada. Wade la llamó aquella noche y el cansancio apenas le permitió hablar con él. El resto de la semana estuvo igualmente ocupada. En cierto modo, fue una bendición porque así no tuvo tiempo de pensar en Keegan. No había acudido el jueves a jugar al ajedrez con su padre debido a una reunión de negocios. Eleanor estaba ansiosa de que llegara el fin de semana para descansar.

El viernes por la tarde salió con Darcy para comprarse algo ligero para la fiesta en casa de Wade.

-Esto se está convirtiendo en el ritual de los sábados -dijo Darcy riéndose mientras recorrían el enorme almacén.

-Sí, lo sé -suspiró Eleanor-. Espero no quedarme sin dinero antes de que se agoten los sitios a los que Wade quiere llevarme. No me entusiasma esta fiesta. No conozco a nadie de los que van a ir.

-Eres tan buena como cualquiera -le recordó Darcy-. No lo olvides.

-Lo intento. Si no me gustara tanto Wade, no iría. Es un hombre encantador, pero nuestra relación no va a ser nada serio. No suenan campanillas.

-Las campanillas son ruidosas -dijo Darcy con firmeza-. Debes buscar seguridad. ¡Por amor de Dios, Eleanor! ¡Las campanillas pueden comprarse¡

Eleanor se rió del espíritu práctico de su amiga. -¿Qué haría yo sin ti?

-No intentemos averiguarlo. Este es un bonito vestido -dijo llevando a su amiga hasta una túnica de algodón blanca y morada

con muchos volantes.

Destacaba las bonitas y largas piernas de Eleanor y el bronceado de cara y brazos. Le daba un aspecto de ingenua.

-Éste es -dijo Darcy con seguridad-. Ahora, a pagar antes de que mires la etiqueta del precio. ¿De acuerdo?

Fue lo mejor que Eleanor pudo hacer, porque costaba la mitad de su sueldo de una semana. Pero siempre podría utilizarlo para asistir a barbacoas o a meriendas y a otros acontecimientos sociales, como ser presentada a la Reina si alguna vez pasaba por Lexington.

Se lo dijo a Darcy y su amiga se retorció de risa.

-Puedes ponértelo para ir a la iglesia, ¿no? Además, imagina ¡cuántas cabezas se volverían si aparecieras con este vestido! Eleanor suspiró. La única cabeza que le importaba era una pelirroja. Probablemente acabaría casándose con la joven irlandesa. La idea la deprimió y para animarse, invitó a Darcy a tomar una enorme banana split en un heladería cercana.

A la mañana siguiente, Wade pasó a recogerla a las diez. Estaba tan nerviosa que casi se volvió atrás.

-Todo saldrá bien -le aseguró él-. Estás preciosa, tonta, y yo estaré a tu lado todo el tiempo. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. Pero, por favor, no me dejes sola.

-No te dejaré -prometió él-. Vamos.

Su padre no estaba. No le había visto desde que se había levantado. Le dejó una nota y salió acompañada por Wade. La casa de Wade era maravillosa. Era casi tan grande como Flintlock y se erguía en medio de una enorme extensión de césped rodeada por vallas blancas y caballos de carreras. Un caballo de los Granger había quedado tercero en el Derby de Kentucky el mes anterior, mientras que otro de los Taber quedaba segundo. Existía una gran rivalidad entre ambas cuadras.

-¿Te gusta? -preguntó Wade mientras aparcaba detrás de un Rolls, cerca de la enorme casa de ladrillo rojo.

-Es maravilloso, sobre todo los jardines.

-Espera a ver el patio trasero -musitó él fríamente y escoltándola hacia el mismo.

La realidad superaba todo lo que había imaginado. Habían instalado pabellones entoldados por todas partes. Las damas, con vestidos ligeros y pamelas, estaban acompañadas por caballeros

elegantemente vestidos con caras prendas informales. Al fondo había una enorme piscina de tamaño olímpico. Todos tenían muy buen aspecto y la aparición de Eleanor no causó ningún revuelo. Los invitados no parecían escandalizados porque hubiera sido invitada la hija del carpintero.

-¿Lo ves? Son como todo el mundo -bromeó Wade, cogiéndola de la mano.

-Supongo.

Echó un preocupado vistazo a su alrededor. Su mirada se detuvo en una joven morena y en una matrona de cabello blanco. Ambas vestían exquisitamente y la estaban mirando con odio.

-Wade, esas deben ser tu madre y tu hermana, ¿no? Él volvió la cabeza y sonrió falsamente. Apretó la mano de Eleanor.

-Ignóralas -dijo con expresión irritada-. Nunca les gusta nadie que traigo yo. No te lo tomes como algo personal. Les aterra que pueda casarme porque ellas perderían el control de la casa.

-Vamos a conocerlas. Me encantan las películas bélicas.

Él se echó a reír entusiasmado.

-Eres una pequeña amazona. Está bien. Vamos allá. Eleanor sentía pavor, pero no estaba dispuesta a estar incómoda toda la mañana. Durante sus cuatro años como enfermera había aprendido a tratar con la gente.

Sonrió ampliamente a ambas mujeres y le divirtió la sorpresa que se reflejó en sus caras perfectamente maquilladas.

-¿Ésta es tu invitada? -le preguntó la señora Granger a su hijo, mirando desdeñosamente el vestido de Eleanor-. ¿No te conozco, querida? -añadió con una sonrisa ligeramente maliciosa mientras su hija las observaba con un brillo similar en los ojos-. Eres la hija del carpintero de los Taber, ¿no?

-¡Dios mío! ¡Así es! -contestó Eleanor arrastrando las palabras-. Y ustedes deben ser la familia de Wade.

Cogió la mano de la madre de Wade y la estrechó firmemente.

-¡Estoy encantadísima de conocerlas! No puedo decirles cómo me quedé cuando Wade me invitó. ¡Imagínense! ¡Una pobrecita como yo en un sitio tan increíble como éste! Haré un gran esfuerzo para no sorber la sopa y para no limpiarme la boca con la manga. ¿Eso es una piscina de verdad? ¡Ustedes deben ser asquerosamente ricos!

La señora Granger estaba boquiabierta. Y su hija. Wade estaba doblado de risa.

-¡Me chiflan las fiestas! -continuó Eleanor, con toda desenvoltura-. ¿Estará mal si me desnudo y me baño en ropa interior? No he traído bañador.

La señora Granger carraspeó.

-Yo...

Miró irritada a su hijo.

-¿Wade?

Él se enderezó con lágrimas en los ojos.

-Madre, no tienes nada que hacer con Eleanor -dijo, secándose las lágrimas-. Ya me has oído hablar de ella. Por favor, ignora sus atroces modales -añadió, dando un tirón del pelo corto de Eleanor-. El aire fresco de la mañana le ha afectado el cerebro. Eleanor, cariño, éstas son mi madre y mi hermana Sandra.

-Debo disculparme por mis atroces modales, si no te importa -le dijo ella con firmeza. Se dirigió a las dos mujeres, sonriéndolas maliciosamente-. Estoy encantada de conocerlas. Y no deben preocuparse. No voy a bañarme en ropa interior. En realidad, no sé nadar.

La señora Granger estaba muy agitada. Su hija parecía divertirse.

-Encantada de conocerte, Eleanor Whitman -dijo Sandra con una sonrisa-. Felicidades. Acabas de pasar la prueba de fuego. ¿Verdad, madre?

Eleanor rió encantada y estrechó la mano que Sandra le tendía.

-Lamento haberme pasado un poco -se disculpó-. He tenido una semana espantosa. Además, estaba asustada.

-Eleanor es enfermera -las informó Wade orgullosamente, acercándose a ella-. Trabaja en el Peterson Memorial.

-Estoy impresionada -dijo la señora Granger, y parecía sincera-. Vete, Wade, y déjanos hablar con la señorita Whitman.

-No la intimides -le advirtió él a su madre-. Me gusta. -Yo nunca intimido a la gente -fue la indignada réplica-. ¡Lárgate!

Wade besó a Eleanor en la mejilla y, con las manos en los bolsillos, se unió a un grupo de hombres.

-Siéntate, querida -dijo la señora Granger, guiando a Eleanor hasta una sombrilla, cerca de la piscina.

Junto a ellas pasó un camarero con una bandeja de vasos con limonada helada. La señora Granger cogió tres vasos y se sentó a la sombra, abanicándose la redonda cara con la mano.

-Hace tanto calor -se quejó-. Me gustaría estar en St. Croix, pero Sandra se empeñó en organizar esta fiestecita.

-No te quejes, madre.

Sandra se parecía mucho a su hermano. Tenían una edad similar y los mismos ojos negros y dientes muy blancos.

-St. Croix está en el Caribe, ¿verdad? -comentó Eleanor mientras bebía su limonada-. Tenemos un paciente que acaba de volver de allí. Debe ser maravilloso poder viajar.

-Termina siendo aburrido -dijo la señora Granger-. Yo disfrutaba más cuando era más joven que ahora. Aunque debo confesar que soy una entusiasta de las Indias Occidentales. La vida es mucho más tranquila. Allí puedo relajarme.

-¿Vas a casarte con Wade? -preguntó Sandra bruscamente.

Eleanor sonrió.

-No.

-Comprendo -murmuró Sandra con una sonrisa maliciosa.

-No, no creo que lo comprendas -replicó Eleanor-. Yo no tengo aventurillas. Ni siquiera con hombres ricos. Tu hermano me gusta mucho, pero no lo suficiente para casarme. Estoy interesada en mi profesión, no en el matrimonio.

-Bueno, nunca se sabe -intervino la señora Granger sonriendo-. Es cuestión de encontrar a la persona adecuada. ¿Qué tiene de malo mi hijo? ¿No es lo bastante bueno para ti?

-Es maravilloso -dijo Eleanor con sinceridad-. Me gustaría haberle conocido hace unos años. Pero se merece a una mujer que le ame por entero. Yo no puedo.

-Es culpa tuya -le dijo Sandra a su madre-. Si no la hubieras insultado cuando llegó...

La señora Granger se sonrojó.

-Ya sabes la clase de mujeres que suele tratar Wade -confesó con pesar-. Y, bueno... Hace unos años hubo rumores sobre ti...

Se sonrojó más profundamente.

Eleanor tuvo que morderse la lengua para no responder bruscamente.

-¿Qué clase de rumores? -preguntó tan educadamente como

pudo.

-Sobre ti y Keegan Taber -contestó Sandra-. Lorraine te acusó de ser la responsable de su ruptura. Le acusó de haber tenido una aventura contigo.

-¡Es falso! -exclamó Eleanor.

Y lo era. Había hecho el amor con él una vez, pero aquello no constituía una aventura.

-Keegan salió conmigo una vez para darle celos. Le salió bien. Al día siguiente, se comprometieron y yo me marché a estudiar a Louisiana aquella misma semana. Eso es todo lo que ocurrió.

La señora Granger sonrió tristemente.

-Lo siento muchísimo. De haberte conocido, no habría creído los rumores. Las madres tendemos a proteger a nuestros hijos. Tal vez demasiado. Aunque debo admitir que su elección en este caso me parece muy bien.

Le ofreció a Eleanor un plato de aperitivos de queso.

-Toma algo. ¿De verdad no te gustaría casarte con mi hijo?

-Nosotras nos encargaríamos de todo -añadió Sandra con una sonrisa-. Tú sólo tendrías que decir sí ante el altar. El resto sería cosa nuestra.

Eleanor se rió suavemente. La conversación se dirigió gradualmente a otros temas y descubrió que las dos mujeres eran encantadoras. No tenían nada que ver con lo que le habían parecido al principio. Cuando Wade volvió, se sentía como si las conociera desde hacía años.

-¿Aún tienes el cuero cabelludo en su sitio, cariño? -bromeó Wade.

-Todos los pelos en su sitio -respondió ella animadamente-. Para ser ricas, son encantadoras -añadió, sonriendo maliciosamente a las dos mujeres.

-Y ella no está nada mal... para ser una chica trabajadora -declaró Sandra-. Estamos intentando convencerla de que se case contigo y nos libre de ti.

Wade se sonrojó.

-Bueno...

-No te preocupes le aseguró Eleanor-. Me he negado. Estás totalmente a salvo.

-¡Flu!

Se pasó una mano por la frente como si se limpiara el sudor.

-¡Y yo que temía por mi libertad!

Le sonrió.

-En realidad, ya sabes que no me importaría casarme contigo.

-Sí te importaría. Ronco y no sé hornear pan.

-Puedes contratar a una cocinera -intervino la señora Granger, agitando un dedo en dirección a su hijo-. ¡No aceptes un no por respuesta, muchacho!

-No, señora -replicó él, ayudando a levantarse a Eleanor-. Ahora tendrás que casarte conmigo. Mi madre ha hablado.

-Mamá se pondrá a gritar si no circulamos -dijo Sandra, levantándose-. ¿Te traigo un abanico, querida? le preguntó a su madre.

-Algo fresco me sentaría muy bien. Wade, preséntale a Eleanor al príncipe árabe. ¡No debe perdérselo!

-Hasta luego -dijo Eleanor por encima del hombro mientras Wade la cogía de la mano y la llevaba hacia la ponchera-. Me gustan tu madre y tu hermana.

-Me alegro. Después del recibimiento de mamá, estaba preocupado. Me hubiera gustado que se me tragara la tierra. No es una esnob, de verdad. Pero...

-Ella me lo ha explicado.

Eleanor no sabía nada de los rumores que habían corrido. Su padre nunca le había dicho nada. Claro que él no se movía en aquellos círculos, pero...

¡Qué terrible debió ser para Keegan que su intento de poner celosa a Lorraine terminara de aquella manera! Pero, ¿por qué habría esperado dos meses para romper su compromiso y acusar a Eleanor de haber tenido una aventura con Keegan? No tenía sentido. Pobre Keegan. Sus manipulaciones habían dañado dos vidas, la suya propia y la de Eleanor.

-¿Te habló de los rumores? -preguntó Wade sin mirarla.

-¿Los conocías?

Él la miró.

-Sí. Todo Lexington lo sabía, gracias a Lorraine. Estaba furiosa por haberle perdido.

-¡Pero si fue ella la que rompió el compromiso!

-Eso es lo que la gente cree. Pero yo conozco a Keegan y conozco

a Lorraine. Y te aseguro que fue él quien rompió. Ella se mordió el labio inferior mientras caminaban.

-¿Por qué?

-Tal vez le remordía la conciencia, Eleanor. Se portó muy mal contigo.

-Al parecer, estás muy enterado.

-Tú no te acuerdas, pero yo estaba en el club Crescent la noche en que Keegan te llevó allí. Le había visto en acción en otras ocasiones y vi cómo le mirabas. Es una suposición, querida, pero yo diría que aquella noche te sedujo.

Ella se puso lívida y Wade supo que había dado en el blanco.

-He acertado, ¿verdad? Consiguió lo que quería. Pero luego descubrió que Lorraine no le quería a él, sino a su dinero. Todos lo sabían, menos Keegan. Estaba ciego en todo lo que se refería a ella. Pero yo tengo la impresión de que lo que te hizo le abrió los ojos. Después de aquello cambió. Apenas ha salido con nadie desde entonces. Dicen que ahora lleva una vida muy tranquila. Su reputación de play-boy pertenece al pasado.

Eleanor no podía mirar a Wade. Se sentía demasiado avergonzada de que él hubiera adivinado lo ocurrido.

Wade le acarició la mejilla y la obligó a mirarle.

-No te preocupes. Será nuestro secreto. No se lo contaré a nadie más.

Ella se tranquilizó un poco.

-Fue hace tanto tiempo... Aún me quedan cicatrices, pero ya no estoy enamorada.

-Eso es lo que tú dices, Eleanor. Pero cuando le miras, los ojos te traicionan. Le miras como si te estuvieras muriendo de ganas de tenerle.

Sonrió con ternura.

-Y si él capta esa mirada, estarás perdida, cariño. Porque a él le ocurre lo mismo.

-Será su conciencia.

-Tal vez sí, tal vez no. Keegan se ha pasado la vida manipulando a la gente. ¿Qué te parece si le pagamos con su moneda?

Ella le miró sin comprender.

-¿Cómo?

-Iremos juntos a todas partes, nos convertiremos en una pareja

habitual. Acudiremos a su restaurante favorito, al embarcadero, lo haremos todo menos anunciar nuestros planes futuros y le veremos sudar.

-Él no...

-Te apuesto lo que quieras. Ella titubeó.

-¿Por qué harías algo así por mí?

-Porque me gustas, cariño. Me gustaría casarme contigo y cuidarte durante el resto de mi vida, pero sé que no puedes ofrecerme tu corazón. En consecuencia, te ayudaré a conseguir lo que deseas.

-¿Y qué es lo que deseo?

-Venganza. O cierta satisfacción. Lo que sea. Vamos, Ellie. Mi madre y Sandra nos ayudarán.

-Bueno...

Había ciertas posibilidades y sería divertido. Sonrió.

-De acuerdo.

-Buena chica.

La besó en la mejilla.

-Vamos a conocer al príncipe árabe.

Eleanor confiaba en que no les saliera el tiro por la culata. Sería divertido manipular a Keegan un poquito, pero no quería quedar atrapada. Con una vez bastaba.

Capítulo 7

-¡Vaya, vaya! Tenemos visita -rió entre dientes Wade mientras aparcaba delante de la casa de Eleanor.

Eleanor vio el Porsche rojo y se le revolvió el estómago.

-¡Por el amor de Dios! -rezongó.

-¿Dijiste que no está interesado? -bromeó Wade-. Pues a mí me parece una auténtica persecución.

-¿Te importa entrar a tomar un café?

-Me encantaría, pero papá regresa de Grecia y tengo que estar en el aeropuerto a las cinco. Siento que no hayas podido conocerle. Esperábamos que estuviera de vuelta para la fiesta.

-Otra vez será -comentó ella. Hizo una mueca-. No quiero entrar ahí.

-¡Ánimo, chica! Recuerda que en esta ocasión la víctima es él, no tú. Ahora entra ahí y cuéntale que soy maravilloso y lo mucho que te ha gustado mi familia. ¡Y que estoy a punto de pedirte en matrimonio! Exagera todo lo que te apetezca.

Ella le observó atentamente.

-¿Has pensado en hacerte entrenador de un equipo de fútbol profesional?

-Alguna vez, pero primero resolveré tu asunto. Ven aquí. Se han movido las cortinas -murmuró sonriendo.

La acercó y la besó en los labios.

-Estupendo.

Se echó a reír.

-Como comer algodón dulce. Ahora, entra ahí y dale una ración de su propia medicina.

-Sí, señor.

Le devolvió el beso y salió del coche.

-¿Estoy lo bastante despeinada?

-Tienes un aspecto delicioso -dijo él con añoranza-. Bueno, tengo que irme. Mañana te llamo.

-Buenas noches. Gracias por la invitación. Lo he pasado muy bien.

-Yo también, encanto. ¡Adiós!

Le vio alejarse con cierta nostalgia. Era un hombre estupendo. Era una lástima que su corazón perteneciera a aquel pecoso pelirrojo que la esperaba en la casa.

Se volvió con el bolso en la mano y entró. Su padre y Keegan estaban sentados en el cuarto de estar hablando. Keegan aún llevaba su ropa de trabajo. Debía haber estado con los caballos. Le gustaba ayudar al entrenador de vez en cuando. En su primera juventud, había participado en competiciones de polo y salto de vallas, y era un experto jinete.

-Hola, cariño. ¿Qué tal la fiesta? -preguntó Barnett, sonriendo cuando su hija entró en la habitación.

-Maravillosa -dijo con un exagerado suspiro-. Me encantan la madre y la hermana de Wade. Son muy agradables.

-¿Te refieres a Gladys, la gladiadora, y a Sandra, la serpiente? -preguntó Keegan.

-Debería darte vergüenza llamarlas así. Son gente estupenda.

Keegan se recostó en el asiento.

-Wade debe haberlas amenazado con escribir su autobiografía -murmuró.

Sus ojos azules recorrieron la esbelta figura cubierta por el favorecedor vestido blanco y morado.

-Me gusta -comentó-. El diseño es muy favorecedor.

-Eso es lo que piensa Wade -dijo ella con una recatada sonrisa-. Voy a cambiarme para hacer la cena, papá.

Miró a Keegan de reojo.

-¿Te quedas?

-¿Me invitas?

-Tú eres el jefe -le recordó ella, viendo cómo cambiaba su expresión-. No puedo ordenarte que salgas de una casa que es tuya, ¿verdad?

-¡Eleanor! -exclamó Barnett.

-¿No vas a dejarlo nunca? -rezongó Keegan.

-Está bien. Nos gustaría que te quedaras a cenar, querido Keegan -dijo ella con una tenue sonrisa-. Espero que te gusten el brécol y el hígado, porque es lo que voy a preparar.

-Cariño, ya sabes que Keegan detesta el brécol y el hígado.

-Me estoy reformando -dijo Keegan entre dientes-. Me encantan el brécol y el hígado.

Eleanor fue a su habitación con una sonrisa en los labios. Se puso unos vaqueros viejos y una blusa que había conocido días mejores. Se quitó los zapatos y no se molestó ni en peinarse ni en retocarse el maquillaje. Así se enteraría Keegan Taber de que a ella no le importaba lo que él pensara de su aspecto. Cruzando el cuarto de estar en donde hablaban los hombres, fue directamente a la cocina y comenzó a hacer la cena. ¿De qué hablarían Keegan y su padre durante todo el tiempo que pasaban juntos?

Tardó media hora en tener lista la cena. Avisó a los hombres y sirvió té helado en tres vasos.

Keegan se mostró silencioso y reservado en la mesa. Pero sus ojos azules no dejaron de seguirla cada vez que se movía por la cocina sirviendo más té, cambiando los platos y dejándolos en el fregadero. Su escrutadora mirada comenzó a ponerla nerviosa. Se sintió feliz de que la cena terminara y los hombres se fueran al cuarto de estar a jugar al ajedrez.

Después de fregar los platos, se puso unos mocasines viejos y salió a pasear por detrás de la casa. Desde el pequeño patio se veía la inmensa extensión de la granja. Apoyada en la valla de madera, bajo los robles, podía ver a los caballos de carreras haciendo cabriolas en la dehesa. Le encantaban sus gráciles movimientos. Le recordaban su infancia. Como aquella casa, en la que había nacido y vivido toda su vida. Como... Keegan.

Oyó sus pisadas. No necesitaba volverse para saber quién era. Conocía sus pisadas tan bien como las suyas propias. Llegó junto a ella y se detuvo.

-¿Por qué te escondes aquí?

Ella se encogió de hombros, cruzó los brazos sobre el pecho y sonrió débilmente.

-No sabía que me estuviera escondiendo.

El suspiro de Keegan fue sonoro. Se acercó a ella con una mano metida en el cinturón. En la otra llevaba un cigarrillo.

-Es lo que parece a veces.

-Creía que lo habías dejado -comentó ella señalando el cigarrillo.

Él se encogió de hombros.

-Sigo intentándolo.

Se llevó el cigarrillo a los delgados labios.

-¿Te gustó la fiesta?

-Fue muy agradable. Mucha gente, mucha comida... Incluso había una orquesta.

-A Gladys le gusta dar fiestas.

Keegan observó el aspecto descuidado de Eleanor.

-¿Te has vestido así para mí?

-En realidad, pensé que podría despertar tu pasión... ¡Keegan!

La había cogido del brazo y había tirado de ella con tanta rapidez que no pudo reaccionar antes de caer contra su cuerpo.

-Pues la has despertado -dijo Keegan.

Estaba tan cerca que sintió su aliento en los labios cuando se inclinó hacia ella.

-¡Suéltame! -protestó.

El corazón le latía descontrolado. Sus pechos quedaron apretados contra el duro tórax masculino.

-Convénceme de que quieres que te suelte, Eleanor.

El sol salpicaba de sombras el suelo y la brisa movía sus cabellos. A lo lejos, relinchó un caballo.

-No soy una mujer libre. ¿No lo has oído?

-Lo he oído. Pero no me lo creo. Bésame.

Ella retiró la cara. Pero él tiró el cigarrillo y, cogiéndola por el pelo, le volvió la cara hacia él.

-Ahora, lucha... -musitó contra sus labios antes de apoderarse de su boca en un beso que la llenó de deseo, dejándola indefensa.

Conocía muy bien el poder que ejercía sobre ella y sabía cómo despertar sus más profundos anhelos.

-No luches conmigo, pequeña -susurró Keegan cuando apartó la cara ligeramente-. ¿Qué podría hacerte aquí, con tu padre en casa?

-No quiero que me beses -susurró ella entrecortadamente.

-¿De verdad?

Sus dedos se movieron sobre su pecho. Luego lo apretaron suavemente hasta sentir los latidos del corazón.

-Tu corazón late alocadamente, pequeña Ellie. Como el mío.

Aquí. Siéntelo.

Le cogió una mano y la deslizó bajo la camisa entreabierta. Ella contuvo la respiración y sus dedos se crisparon sobre la carne.

-Aquí.

Él la obligó a estirar los dedos y a moverlos sobre la espesa mata de vello rojizo sin dejar de mirarla a la cara mientras ella sentía los lentos e involuntarios movimientos de sus dedos. El corazón de Keegan latía violentamente. Ella le excitaba como no lo había hecho ninguna otra mujer.

-Ellie -susurró.

La besó en la frente mientras se estremecía. Eleanor no sabía muy bien qué hacer y Keegan se dio cuenta.

Tras un momento de vacilación, apoyó ambas manos sobre su pecho. Se sentía débil. Apenas podía tenerse en pie. Deseaba apoyarse en él, pero sabía lo que ocurriría si lo hacía. A pesar de sus dudas y suspicacias, no quería hacerle pasar tan mal rato. Su cuerpo era sólido y musculoso. bajo sus manos. Recordó el roce de su vello contra sus pechos desnudos la noche que hicieron el amor. La intimidad de los recuerdos era tal que apenas pudo soportarlo. Él se estremecía y su corazón latía como la noche en que la poseyó.

-Keegan... -comenzó a protestar.

-Shh...

La besaba en las cejas, en los párpados cerrados.

-No pienses. Acaríciame más.

Guió las manos hasta el liso estómago. Se estremeció cuando ella le acarició. Pero Eleanor titubeó cuando él quiso que siguiera bajando las manos. Entonces la besó y le acarició los labios con la lengua.

-Todo está bien -susurró-. Todo está bien, pequeña. No te avergüences.

Ella le permitió que le bajara las manos. Keegan gimió cuando le acarició. Eleanor se echó hacia atrás inmediatamente, asustada de su propia audacia.

-¡No puedo!

-Está bien -murmuró él.

La abrazó manteniendo la mitad inferior de su cuerpo cuidadosamente apartada de ella.

-Eres muy inocente en algunos aspectos, pequeña. No debes

avergonzarte de nada. Me gusta tu manera de ser.

-No debes hacer estas cosas -dijo ella con firmeza Pero le temblaba la voz.

-¿No sientes curiosidad por mi cuerpo? -preguntó él-. Yo sí la siento por el tuyo.

-Ya conoces todo lo que hay que conocer. -No. Conozco muy poco.

Keegan levantó la cabeza y buscó su mirada.

-Me gustaría verte como te vi aquella noche, Ellie. Ardiendo de pasión.

Ella se sonrojó e intentó librarse de su abrazo. Pero él se lo impidió.

-Aquella noche te defraudé. Quiero resarcirte.

-No quiero volver a acostarme contigo.

-Quiero hacerte el amor. No es sexo solamente.

-Contigo, sí. Quieres que vuelva a bailar al son que tú toques, Keegan Taber. No me quieres. Lo que te molesta es que Wade me quiera. Como verás, ahora te conozco. Sé cómo funciona tu cerebro. Y no quiero lo que puedas ofrecerme. ¿Está lo bastante claro? Ahora, ¡suéltame!

Él percibió su miedo y se detestó por provocarlo. La soltó.

-Tengo cosas que hacer -musitó ella, turbada.

Se volvió y se alejó de él. Sabía que más tarde estaría muy enfadada consigo misma por aquel momento de debilidad. ¿Por qué no conseguía rechazarle?

-¿Por qué no quieres escucharme? -gritó él-. Siempre das por supuesto que conoces mis sentimientos y mis deseos. ¡Pero nunca puedo explicártelos porque no quieres oírme!

Se volvió para mirarle.

-Si te escuchara, acabaría como hace cuatro años. Ya no soy tan estúpida, Keegan.

-No. Sólo estás sorda y ciega. Tú serás muy testaruda, encanto, pero yo lo soy más. Y, a pesar de todas esas bonitas palabras sobre lo que siento y lo que no sientes, me basta con tocarte para que te deshagas.

Ella se puso como la grana, pero no apartó la mirada.

-Estoy segura de que causas ese efecto en otras mujeres.

-No me interesa lo que sientan otras mujeres. Sólo me interesas

tú.

La recorrió con la mirada lentamente, absorbiendo cada detalle.

-Si pudiéramos pasar unas horas solos en algún sitio tranquilo, te diría exactamente lo que siento.

Ella hizo un esfuerzo por sonreír. Se encogió de hombros con aparente indiferencia.

-Lo siento, jefe. Tengo un fuerte instinto de supervivencia. ¡Y pienso ponerlo en funcionamiento!

Le miró desafiante antes de volverse y dirigirse hacia la casa casi corriendo.

Viéndola alejarse, Keegan deseó que la tierra se lo tragara. Siempre pasaba lo mismo. No volvería a confiar en él nunca más. Y la culpa era suya solamente. Si pudiera explicarle cuánto lamentaba aquella noche de hacía cuatro años... Lorraine le había dejado un amargo recuerdo. Y todo se debía a Eleanor. Eleanor le había embrujado con su cuerpo inocente y su ardiente anhelo de entregarle todo lo que él deseara.

Eleanor le había amado. Era lo que más le dolía, y él había ignorado sus sentimientos. Haría cualquier cosa por lograr que volviera a susurrarle que le amaba, pero nunca lo haría. Estaba ilusionada con Wade. Lo único que podía hacer era esperar que Wade no le pusiera un anillo en el dedo antes de que él consiguiera recuperarla, si es que podía lograrlo.

Suspiró y la siguió al interior de la casa. No esperaba que ella se rindiera sin luchar. Tenía que salvaguardar su orgullo. No se lo iba a poner fácil. Sonrió con tristeza. Iba a tener que hallar un modo de neutralizar a Wade Granger.

Eleanor irrumpió en la cocina y la emprendió con los platos. Keegan entró tras ella y cerró la puerta.

Ella le miró.

-¿No tienes nada que hacer?

-Voy a jugar otra partida de ajedrez con tu padre dentro de unos minutos. Está hablando por teléfono con el viejo Jenkins.

-¡Oh!

-¿Por qué no quieres salir conmigo? -preguntó Keegan inesperadamente.

Él tiró de una silla y se sentó a horcajadas. Luego, encendió un cigarrillo.

-El domingo pasado hablamos. Hablamos de verdad. Me gustó mucho.

A ella también, pero no podía arriesgarse a estar a solas con él. Era demasiado vulnerable.

-Aún me deseas, Ellie -observó él en voz baja-. Sí, lo sé, aunque a ti te desagrade que lo sepa -añadió cuando ella se volvió bruscamente para negarlo-. Pero es la verdad. Y yo siento lo mismo.

-No quiero tener una aventura contigo -dijo ella, volviéndose a mirarle fijamente con ojos atormentados.

-Me alegra oír eso. Yo tampoco busco una aventura.

-A ti te gustan más los revolcones de una noche, ¿verdad?

-Si quieres saber la verdad...

Pero antes de que pudiera continuar, Barnett entró en la cocina sonriendo de oreja a oreja.

-El viejo Jenkins se ha decidido por fin a venderme la prensa que quería para mi taller -dijo alegremente-. Ha decidido que su artritis le impide seguir trabajando. Ahora podré tirar ese trasto viejo que he estado usando y hacer un trabajo decente.

-¿Cuándo tienes que recogerla? Puedo llevarte yo -se ofreció Keegan.

-¿No te importa? Entonces podemos ir ahora mismo, antes de que ese viejo chivo cambie de opinión.

-¡Qué manera de hablar de tu mejor amigo! -1e reprendió Eleanor.

-¿Por qué no? Deberías oír lo que me llamó él a mí cuando gané aquella apuesta sobre el campeonato mundial.

Ella levantó las manos.

-Abandono.

-Sólo después del décimo -dijo Keegan cuando su padre salió.

Sonrió al ver su expresión.

-El décimo niño, ¿recuerdas? Le llamaremos Quits. Ella se sonrojó.

-¿Le llamaremos?

-Mi esposa y yo, desde luego.

¿Esposa? ¿La joven irlandesa estaría haciendo progresos?

-Volveré -dijo él-, así que no salgas con ese Don Juan.

-Me tiene sin cuidado si vuelves o no -replicó desafiante, apartando la mirada.

-Conseguiré que te importe. Ya lo verás -dijo él. Cuando ella levantó la vista, se había marchado.

Los dos hombres tardaron solamente una hora en recoger la prensa y llevarla a casa. Luego pasaron otras dos horas en el taller instalándola y probándola.

Eleanor no sabía que a Keegan le interesara la carpintería. Pero, cuando fue a ver la prensa, lo encontró torneando la pata de una mesa con movimientos rápidos y precisos. Lo hacía bien.

Eleanor pensó que todo lo hacía bien. Excepto, tal vez, una cosa... pero incluso entonces había sido la respuesta de su cuerpo la causante de sus molestias. Puede que hubiera sido molesto con cualquier hombre, pero su temeraria pasión podía haber provocado la brusquedad de Keegan. Además, él ignoraba que fuera virgen.

No quería seguir recordando. Dejó a los hombres trabajando y charlando y volvió a la casa. Preparó la cafetera y la dejó en la cocina junto con un plato con bizcocho y una nota. Luego se acostó. No podía soportar a Keegan ni un minuto más. Había tenido suficiente por aquel día.

Capítulo 8

Aunque había tardado en dormirse, Eleanor se levantó una hora antes a la mañana siguiente. Wade la había llamado cuando ya estaba acostada. Su padre la había avisado, pero no quería volver a ver a Keegan y le había pedido que le dijera a Wade que la llamara al día siguiente.

Estaba haciendo las tostadas cuando sonó el teléfono. Su padre seguía acostado. Se limpió las manos y contestó.

-¿Eleanor?

La voz era masculina y familiar, pero no consiguió reconocerla.

-¿Sí?

-Soy Gene Taber. Eleanor, siento molestarte, pero, ¿podrías venir a casa? No sé lo que le pasa a Keegan.

El corazón le dio un vuelco.

-¿Qué le pasa? -preguntó, apretando el receptor.

-Tiene diarrea y vomita. Está muy mal.

Eleanor respiró a fondo. Tranquilidad. Sobre todo, tranquilidad. Si se ponía histérica, no podría ayudarle.

-¿Cuándo han empezado los trastornos?

-Hace unas tres horas. Pensé que sería momentáneo, pero no es así. No puede ni levantar la cabeza y tiene unos retortijones horribles. ¿Qué puedo hacer?

-Llame a una ambulancia. Voy para allá. Tardo cinco minutos.

Se vistió volando mientras se decía a sí misma que no podía pasar nada, que Keegan no podía morirse. Pero no dejaba de pensar en las cosas que le había dicho el día anterior. Se sentía culpable. Él no había podido evitar su comportamiento. Era un play-boy. Y río podía culparle por su pasado. Ahora estaba muy enfermo. Luchó contra las lágrimas. Keegan era indestructible. Nunca enfermaba.

Pero si Gene estaba tan preocupado, debía ser grave. Gene no se dejaba llevar por el pánico.

Se puso el uniforme y no se detuvo a maquillarse. Dos minutos después, estaba llamando a la puerta de su padre.

-Keegan está enfermo -dijo sin más preámbulos cuando él le dijo que entrara-. Voy a pasar por su casa. Te llamaré más tarde.

-¿Keegan? Barnett se incorporó.

-¿Qué tiene?

-No lo sé.

Cruzó corriendo el vestíbulo y subió al coche. Esperaba que la ambulancia no se retrasara. La deshidratación podía ser peligrosa.

Cuando llegó a Flintlock, las luces delanteras estaban encendidas. Subió corriendo los escalones y Gene salió a su encuentro en bata. Se parecía mucho a su hijo, era alto y pelirrojo, aunque ya tenía arrugas y bastantes canas.

-¿Y la ambulancia? -preguntó Eleanor.

-De camino. Está en su habitación.

La acompañó escaleras arriba explicándole lo ocurrido lo mejor posible.

-Ayer guisó él mismo pollo para almorzar. Mary June está imposibilitada aún, por lo del tobillo. No sé si será por el pollo. Eleanor tomó nota de todo. El período de incubación podría corresponder al de la salmonella. Era posible que hubiera puesto el pollo guisado en el mismo plato en el que había estado crudo. Gene la guió hasta una enorme habitación decorada en tonos verdes y blancos con una cama inmensa en la que yacía Keegan, gimiendo semiinconsciente. No se movió cuando le tomó el pulso, ni abrió los ojos. Cuando le soltó la muñeca, tuvo un ataque de vómitos.

Junto a la cama había un barreño y sobre la mesa un cuenco con un paño húmedo. Cogió el barreño y se lo puso bajo la barbilla justo a tiempo. Apretó el paño contra su frente y lo sostuvo hasta que terminó de vomitar. Luego le recostó en las almohadas.

Estaba prácticamente inconsciente. Le acarició el cabello rojo con ternura, retirándolo de la pálida frente. Era la primera vez que le veía desvalido. Se mordió los labios, para no llorar. Estaba muy enfermo. Iba a necesitar suero y hospitalización.

-¿Se pondrá bien? -preguntó Gene muy nervioso mientras daba vueltas por la habitación.

-Sí -dijo ella, sonriéndole tranquilizadoramente-. Desde luego. Pero tendrán que ingresarle. Necesita que le administren suero.

-¿Qué podrá ser?

-No lo sé.

No podía emitir una opinión médica. No sería ético.

-No se preocupe. Mejorará rápidamente. Al fin y al cabo, es un Taber, ¿no? Es resistente.

Él consiguió sonreír débilmente.

-Sí. Supongo que sí. ¿Dónde demonios estará esa ambu...? ¡Ah! ¡Ahí llega!

La sirena era inconfundible. A través de las cortinas de un verde claro se filtró el relámpago de las luces rojas.

-Voy a decirles que suban la camilla -dijo Gene-. ¿Vas a ir en la ambulancia con él?

-Desde luego.

-Dame las llaves de tu coche. Iré en él al hospital y nos reuniremos allí.

Le entregó las llaves sin protestar. Habría sido inconcebible negarse a acompañar a Keegan. Le oyó gemir y se volvió a mirarle. Apretó los dientes. Le dolía verle así, era un ser humano.

-Todo va bien -susurró cuando él gimió-. Todo va bien. Te pondrás bien enseguida.

Los enfermeros le colocaron en la camilla y lo bajaron.

Afortunadamente, eran hombres fuertes, porque Keegan no era ligero a pesar de su delgadez.

Eleanor se despidió de Gene y siguió a la camilla escaleras abajo.

-¿Qué es todo este alboroto? -protestó Maureen O'Clancy, abriendo su puerta.

Se quedó helada al ver a Keegan en la camilla.

-¡Dios mío! ¿Está muerto?

-No -contestó Eleanor-. Pero está muy enfermo. Le llevamos al hospital.

-Pobrecito -gimió la joven irlandesa.

Estaba guapa incluso sin maquillaje. Llevaba el pelo negro suelto sobre los hombros y se cubría con una bata de seda azul claro. Sus ojos azules mostraban preocupación.

-Cuídenle bien. Iré a verle enseguida -le dijo a Eleanor.

-Estoy segura de que agradecerá su visita -musitó Eleanor, siguiendo a los camilleros.

A sus espaldas oyó la voz del padre de Maureen. Su hija le contestó, pero Eleanor no entendió la respuesta.

Gene abrió la puerta principal para dejarles salir. Eleanor se detuvo un instante para tocarle el hombro en un gesto tranquilizador.

-Todo saldrá bien. Tenga cuidado al conducir.

-Tendré cuidado. Eleanor, es todo lo que tengo.

-Lo sé. Se pondrá bien.

Sonrió forzadamente y bajó los escalones corriendo para subir a la ambulancia. Durante el trayecto al Peterson Memorial, tuvo cogida la mano de Keegan.

El doctor Stan Welder estaba de guardia en Urgencias cuando ingresó Keegan. Le hizo un examen completo y ordenó que le administraran antibióticos y suero. Le pidió a Eleanor que llevara a Gene a Recepción tan pronto llegara.

-Le acompañaré -dijo ella-. No entro de servicio hasta dentro de media hora.

El doctor Welder asintió.

-¿Es amigo suyo?

-Sí -contestó ella sin vacilar-. ¿Se recuperará? Él asintió.

-Salmonella probablemente. Lo sabremos cuando tengamos el resultado de los análisis. Le pondremos en un cuarto y le daremos algo que corte la diarrea y los vómitos. Le alimentaremos con suero. Cuando haya contestado a las preguntas de Lettie, envíe a su padre a hablar conmigo.

Lettie era Leticia Balew, la enfermera del departamento de Admisiones del turno de noche. Era una profesional muy competente, apreciada por Eleanor y todos los demás empleados. Aquel era un buen hospital, con excelentes profesionales y Eleanor estaba muy contenta de trabajar allí. Keegan era muy importante para ella. No soportaba la idea de perderle.

El doctor Welder notó su vacilación, algo nada habitual en ella.

-Se pondrá bien. Se lo prometo -añadió con una ligera sonrisa-. Vaya a buscar a su padre.

-Sí, doctor.

Tras una última mirada a la inmóvil figura de Keegan, se volvió

y comenzó a recorrer el largo pasillo. A mitad de camino, se encontró con Gene Taber, pálido y esperando oír lo peor.

-¿Puedo verle? -preguntó.

Sí, pero primero tiene que darle cierta información a Lettie -añadió ella, cogiéndole del brazo-. Mientras, le harán un análisis de sangre y le instalarán en una habitación. Cuando le vea, estará mucho mejor.

-Debería habérselo impedido -murmuró él mientras avanzaban-. Iban a salir a comprar algo de comer, pero O'Clancy quiso ver unos vídeos de mis nuevos potros y Maureen no sabe guisar. Keegan tiene un apetito tremendo. Mary June se pondrá mala cuando se entere.

-La salmonella no es grave si se coge a tiempo. Usted actuó correctamente -dijo ella, sonriéndole-. Vamos, no se ponga más nervioso. Mientras contesta a las preguntas de Lettie, le traeré un café.

-Eres una chica estupenda. Estaba asustadísimo cuando te llamé. Gracias por venir.

-Le tengo afecto a Keegan.

-¿Sólo afecto, Eleanor? preguntó él con delicadeza.

-Ahí está el despacho de Lettie -dijo ella, ignorando la pregunta.

Se lo presentó a la otra enfermera y fue a la cafetería a por un café. Se lo llevó y se sentó en silencio a su lado mientras él contestaba las preguntas necesarias. Cuando terminaron, Keegan estaba instalado en una habitación privada y dormía plácidamente. Le habían puesto suero y la enfermera del turno de noche estaba comprobando sus constantes vitales cuando entraron.

-¡Gracias a Dios, que voy a salir ya! -exclamó Vicky Tanner al ver a Eleanor-. He tenido dos ataques cardíacos esta noche. Ha habido muchísimo trabajo.

-Me lo imagino. Cuando he llegado, Urgencias estaba desbordado. ¿Cómo está? -preguntó, llevando a la otra enfermera a un lado mientras Gene se sentaba en una silla junto a la cama de su hijo.

-Sus constantes se han estabilizado ya. Se pondrá bien, pero está deshidratado. Su padre llamó a tiempo.

Eleanor asintió.

-Será mejor que baje al despacho para que Mary pueda dar su

informe e irse a su casa a dormir. Y tú también -dijo con una sonrisa.

Le echó un vistazo a Keegan. Su mirada fue más elocuente de lo que creía.

-Me alegro de que el doctor Welder haya puesto a Keegan en mi planta. Es una especie de amigo de la familia.

Vicky la observó atentamente.

-Sí. Bueno, te veré mañana.

-Que pases un buen día.

-Pienso pasarlo durmiendo. Gracias.

Eleanor se acercó a la cama y tocó a Gene en el hombro. Keegan seguía pálido, pero tenía mejor aspecto.

-Tengo que incorporarme al trabajo. Se pondrá bien. Gracias a Dios. En toda su vida, sólo ha estado enfermo una vez. Tuvo una mala caída cuando tenía diez años.

-Estará dormido un buen rato. Pero usted puede quedarse. Pasaré por aquí más tarde.

Él asintió.

-¡Oh! Ten. Le tendió las llaves del coche.

-Gracias por traerlo. ¿Cómo volverá a su casa? Él hizo una mueca.

-Me iré con los O'Clancy -dijo con desagrado-. Mis huéspedes comienzan a hacerse pesados. Y lo último que Keegan necesita es a Maureen arrullándole cuando apenas esté consciente.

-No se preocupe. Le diré a la enfermera Wren que los eche a los diez minutos de haber llegado.

Él sonrió. Eleanor le guiñó un ojo, miró a Keegan una vez más y le dejó con su padre.

Keegan no recobró el conocimiento hasta última hora de la mañana. Estaba débil y pálido y apenas podía levantar la cabeza. Su padre se había marchado unos minutos antes, y los O'Clancy habían estado apenas diez minutos antes de que la enfermera Wren se encargara de ellos. Eleanor se había sentido muy mal viendo a la joven irlandesa besar a Keegan cariñosamente. No podía evitar los celos. Había compartido con Keegan algo que no quería compartir con nadie más, y detestaba que Maureen le tocara y estuviera con él. Era insoportable. Al verla besarle,

había sentido un horrible vacío. Había comprendido que Keegan

nunca había sido suyo. No había tenido su amor, ni tendrían ningún futuro común. El se casaría con alguien como Maureen y ella se quedaría sola. A pesar de desearla, Keegan nunca podría darle lo que más deseaba: su amor.

Tuvo que hacer un esfuerzo para acercarse a la cama y tomarle la temperatura, el pulso y la presión sanguínea con fría profesionalidad. Fue especialmente difícil con aquellos ojos azules observando cada uno de sus gestos.

-Uniforme incompleto -dijo él débilmente, intentando sonreír mientras ella le ponía alrededor del brazo el manguito para medirle la presión.

-¿Cómo?

-Tu toca. Ella suspiró.

-Me la dejé en casa. Tu padre me llamó cuando estaba haciendo el desayuno. Apenas tuve tiempo de vestirme.

Él le cogió la mano cuando ella retiró el instrumento y le apretó los dedos.

-Gracias -dijo en voz baja.

-Es mi trabajo.

Retiró la mano suavemente y se la puso sobre el pecho.

-Ahora, descansa. Has estado muy enfermo.

-Ya dije... que mis guisos... podían ser... mortales.

-Casi lo han sido.

Eleanor se inclinó y le retiró el liso cabello de la frente. Estaba húmeda y fría.

-Tienes que descansar. Has pasado una noche fatal.

-Tengo agujetas en el estómago.

-No me extraña, con todos esos espasmos. Por la mañana te encontrarás mucho mejor.

-Quédate conmigo -susurró Keegan, cogiéndola por la falda.

Aquella súplica la conmovió profundamente. Estaba bajo los efectos de un sedante y seguramente no sabía lo que decía. Pero era maravilloso oír que deseaba su compañía.

Le sostuvo la mano entre las suyas hasta que se quedó dormido. Luego, le tapó cuidadosamente.

«Que duermas bien, cariño mío», pensó con ternura. Tuvo que hacer un esfuerzo para dejarle solo.

Gene regresó antes de las tres, cuando Eleanor estaba

terminando su turno. Le dijo cuál era el estado de Keegan y que estaba dormido. Gene dijo que esperaría hasta que ella entregara su informe para invitarla a un café. Eleanor estuvo a punto de negarse, pero él parecía muy solo.

-De acuerdo. Me reuniré con usted en la cafetería dentro de diez minutos.

Entregó rápidamente su informe y quedó libre. Gene estaba sentado en una mesa de la pequeña cafetería contigua a las salas de espera.

-Ha sido un día muy largo -dijo con una sonrisa.

-Me lo imagino. Está mucho mejor, pero muy débil aún. Mañana estará gritando que quiere marcharse de aquí. Espere y verá.

-Después de esto, no me molestará oírle gritar.

Gene se recostó en su silla y observó la cara ojerosa de Eleanor.

-Aún duele, ¿verdad? Ella levantó la barbilla.

-Eso se acabó.

-No te creo. Cuando te llamé esta mañana, estabas tan asustada como yo, a pesar de tu experiencia profesional.

Ella sonrió con aire desdichado.

-Supongo que sí -admitió-. Es un hombre muy especial.

-Eso es lo que yo opino. Lo malcrié. Pero no lo lamento. Yo no tenía nada. Todo lo conseguí con mi propio esfuerzo. Si su madre no hubiera muerto al darle a luz, las cosas podrían haber sido diferentes. Pero después de perderla, él se convirtió en todo mi mundo. Hubiera hecho cualquier cosa por él. Tomó un sorbo de café.

-Las mujeres también contribuyeron a echarlo a perder.

-Sí.

-Cuando te marchaste a Lexington, se pasaba todo el tiempo hablando de ti.

Ella levantó la cabeza.

-¿De verdad?

-Entonces me extrañó -confesó él-. Sobre todo porque sólo había salido contigo una vez. Además, estaba comprometido con Lorraine. Pero sólo hablaba de ti.

Ella suspiró.

-Salió conmigo para darle celos a Lorraine, para que aceptara su proposición de matrimonio. Nos utilizó a las dos y le salió bien.

-Bueno, consiguió a Lorraine. Pero una vez conseguida, no tardó en librarse de ella. La descuidó, la ignoró deliberadamente hasta que ella rompió el compromiso.

-Según él, yo dañé su conciencia.

-Os utilizó a las dos, pero le salió el tiro por la culata. Eres muy importante para él, de verdad. Fue una pena que te marcharas de la ciudad.

-¿Eso piensa?

-No permitas que esa potranca irlandesa lo arrastre hasta el altar, Eleanor. Le desea y él podría decidir que nada le retiene aquí.

-Harían una buena pareja, ¿no cree? Ella es rica y bien educada. Encajará en su mundo perfectamente.

-¿Y crees que tú no lo harías? ¡Tonterías! Mi hijo no es un esnob y yo tampoco, Eleanor. Serás más que bienvenida a nuestra casa en cualquier momento. Y no empieces a recordarme que eres la hija del carpintero. ¡Eso no funciona conmigo!

-Es usted un viejo, feroz, ¿eh?

-Puedes estar segura.

Gene se terminó su café.

-Me gustas, muchacha. Tienes estilo y un temperamento similar al de mi hijo.

-Usted también me gusta -replicó ella-. Tengo que ir a casa a dar de comer a mi padre. ¿Me avisará si hay algún cambio?

-Desde luego. ¿Quieres venir a quedarte esta noche con él? Ella lo deseaba desesperadamente. Pero negó con la cabeza.

-Será mejor que se quede usted. Le veré mañana. Cuide de él. Y de usted.

Él asintió.

Gracias de nuevo por todo lo que has hecho.

-Sólo he hecho mi trabajo.

Sonriéndole, echó su vaso vacío a la basura y se marchó. Fue una noche larga. Dio vueltas y más vueltas hasta que su padre sugirió que jugaran una partida de ajedrez. Fue aún peor, porque se acordó de Keegan y de momentos más felices.

-¡Por amor de Dios! ¡Ve a verle si estás tan preocupada! -sugirió Barnett.

-¡No estoy preocupada!

-Es un chico duro. Se pondrá bien. Me lo dijo Gene. Pasó por

aquí a decirme que Keegan estaba mejorando. Dijo que no sabía cuál de los tres tenía peor aspecto cuando partió la ambulancia. Cuando viste a Keegan, Gene temió que te desmayaras.

-Tenía muy mal aspecto -musitó Eleanor evasivamente.

-Me lo imagino. Probablemente nunca volverá a probar sus propios guisos. Me alegro de que el chico esté bien. Le tengo mucho cariño.

Y Eleanor también. Demasiado. Pero no dijo nada. Keegan estaba sentado en la cama cuando entró de servicio a la mañana siguiente. Seguía pálido, pero estaba impaciente por levantarse.

-Ya era hora de que aparecieras -gruñó cuando entró ella-. Una mujer vieja y horrible me ha despertado y me ha lavado a la fuerza. Tenía las manos heladas. Luego un médico me ha estado hurgando y pinchando. Y otro tipo me ha sacado la mitad de la sangre con una aguja espantosamente larga. ¿Dónde estabas?

Ella tuvo que luchar para contener la risa.

-En casa, durmiendo, como es lógico -replicó, acercándose a la cama-. Tienes mucho mejor aspecto hoy. ¿Cómo te encuentras?

-Vacío. ¿Qué tal un filete? O, mejor aún, ¿qué tal un cordero asado?

Ella le echó un vistazo a su gráfico y sonrió.

-Ni hablar. Hoy sólo líquidos y semisólidos. Si todo continúa igual, quizá te demos algo más sustancioso.

-Es una conspiración -la acusó él-. Ese médico y tú estáis de acuerdo.

-Desde luego. Formamos un equipo profesional encargado de cuidar de ti.

-Me estáis matando de hambre. Eso es lo que estáis haciendo.

-La comida es lo que te ha traído aquí -le recordó ella-. Ten.

Le metió el termómetro en la boca. Luego, le tomó el pulso. Mientras le medía la presión sanguínea, su escrutadora mirada era francamente molesta.

Cuando terminó, anotó los nuevos datos en el gráfico.

-¿Cuándo voy a salir de aquí? -preguntó él.

-Hoy no. ¿Quieres algo para leer? Él suspiró exasperado.

-Mi padre me traerá el Wall Street Journal cuando venga. Ella arqueó una ceja.

-¿Sabes que en Lexington tenemos un diario local?

-La gente lee ese periódico únicamente para averiguar quién ha cazado a quién.

-¡Cínico!

-Tengo más motivos para ser cínico que la mayoría. ¡Dios! ¡Qué aspecto tan encantador tienes con el uniforme!

Ella evitó mirarle directamente a los ojos.

-¿Te apetece beber algo?

-Un ángel de misericordia -dijo él con una sonrisa-. Sí, eso es. Siempre te has preocupado de la gente, incluso de niña. Te gustaba curar a tus compañeros de juegos.

-¿Cómo sabes eso?

-Por tu padre. Hemos hablado mucho de ti -replicó él.

Cruzó las manos sobre su pecho desnudo. La sábana se había deslizado hasta su delgada cintura. Eleanor estaba segura de que tampoco llevaba pantalones de pijama.

-Deberías llevar un camisón de hospital.

-¿Por qué? En casa duermo desnudo y esto es una habitación privada.

-Hay estudiantes en prácticas, jovencitas que no tienen necesidad de verte así si entran cuando tú estás saliendo del cuarto de baño, por ejemplo.

Él levantó una ceja al advertir que ella evitaba mirarle al pecho.

-¿Te molesta que esté así?

-Soy enfermera hace cuatro años. Le miró directamente.

-Además, te he visto sin ropa una vez. ¿Recuerdas?

-¡Bravo, encanto! ¿Sabes que es la primera vez que sacas tú el tema?

-Como ya te he dicho, hace mucho tiempo que ocurrió.

-No tanto como para haberlo olvidado -dijo él, buscando su mirada-. Me tienes embrujado.

-Contrata a un exorcista -sugirió ella antes de consultar su reloj-. Tengo que irme. Tenemos un exceso de pacientes. Mujeres en su mayoría.

Le sonrió.

-Han debido enterarse de que estabas aquí y se han sentido repentinamente enfermas.

Él sonrió.

-¿Eso es lo que crees?

-¡Oh! ¡Seguro!

-¿Tienes que irte?

-Eso me temo. Soy la ayudante de la enfermera jefe. Eso significa que, si el supervisor no me localiza, mi cabeza podría rodar.

-Triste destino para una cabeza tan bonita. ¿No podrías sentarte aquí a sostenerme la mano?

-Estoy segura de que la señorita O'Clancy se encargará de tu mano -contestó Eleanor con admirable indiferencia-. Si necesitas algo toca el timbre.

-Te necesito a ti. ¿Vendrás si lo toco?

-Sólo si se trata de una urgencia -dijo ella riéndose-. Hasta luego.

Fue un día extremadamente satisfactorio. Pasó a ver a Keegan siempre que pudo y él se dedicó a flirtear descaradamente con ella. Ignoró sus provocativos comentarios y su comportamiento fue estrictamente profesional. Él parecía sorprendido al verla desarrollar su trabajo de un modo competente y seguro en un puesto de responsabilidad.

-Aquí eres diferente -comentó Keegan después de comer, mientras Eleanor retiraba los platos y se disponía a medirle las constantes vitales otra vez-. Una chica muy profesional. ¿Te gusta?

-La responsabilidad pesa a veces -confesó ella-. Pero, sí, me gusta mucho.

-Andas todo el tiempo de un lado para otro -rezongó él mientras ella terminaba con su tarea y se guardaba la pluma en el bolsillo.

-Tengo que hacerlo -dijo, sonriéndole-. En esta planta tengo pacientes mucho más enfermos que tú. En la 4B hay un infarto. En el 4F, una úlcera sangrante. En la habitación contigua, una apendicetomía. Una neumonía al otro lado del pasillo...

-Me hago idea -dijo él secamente-. Ven aquí. El corazón le dio un vuelco, pero consiguió sonreír.

-¿Para qué?

-Porque yo te lo pido.

-Lo siento. No se nos permite confraternizar con los pacientes.

-Yo no quiero confraternizar -replicó él, sonriendo maliciosamente-. Sólo quiero tumbarte a mi lado para que vuelvas a tomarme el pulso.

La imagen la hizo sonreír.

-¡Libertino! 0 te portas bien o te mando a la enfermera Wren.

Él se estremeció.

-¡Dios no lo permita!

Entonces, vigila tus modales -ordenó ella, volviéndose hacia la puerta-. 0... ¡Oh!

-Perdone -dijo Maureen O'Clancy dulcemente, cuando empujó a Eleanor al abrir la puerta-. Lo siento, enfermera. ¡No la había visto!

Capítulo 9

A Eleanor le costó muchísimo sonreír. Pero lo consiguió.

-No me ha hecho daño. Si me disculpa, volveré a mi papeleo.

-Es sorprendente que tenga tiempo para visitar a los pacientes -dijo Maureen.

A pesar de la dulzura de su tono, sus ojos echaban chispas.

-Visitarles es parte de mi trabajo. Pero no nos gusta que las visitas cansen a nuestros pacientes -añadió en el tono más profesional que pudo-. Buenos días.

-¡Vaya! -exclamó Maureen, mirando la puerta con arrogancia.

Eleanor avanzó por el pasillo sonriendo. Aquella chica irlandesa era algo increíble.

-¡Tienes una llamada, amor! le dijo Darcy desde el control-. Me parece que es tu señor Granger.

-¡Por fin! ¡Un rayo de luz en la oscuridad! -dijo Eleanor riéndose mientras cogía el teléfono que le tendía su amiga.

-Te he oído -dijo Wade-. ¿Me has echado de menos? Acabo de enterarme de lo de Keegan. ¿Cómo está?

-Vivito y coleando. Y en este momento, le está arrullando su amiga irlandesa.

-Si estuviera en su lugar, te preferiría a ti, preciosidad. ¿Qué te parece si cenamos juntos? Te llevaré a tomar espaguetis.

-¡Me encantaría! -dijo ella entusiasmada-. ¿A qué hora?

-Te recogeré a las seis.

-Esperaré con impaciencia. Adiós.

Colgó y se dedicó a revisar las hojas de suministros canturreando. Unos minutos después, Maureen O'Clancy pasó por delante del control sin dedicarle una sola mirada a Eleanor antes de salir del hospital.

-Bueno -resopló Darcy-, ¿qué le pasará?

-No lo sé. ¡Oh! Me parece que ha molestado a nuestro paciente -añadió al ver parpadear la luz correspondiente a la habitación de Keegan-. Voy a ver qué ocurre.

Le encontró recostado en las almohadas, con los brazos cruzados sobre el pecho y expresión ceñuda. La miró cuando entró.

-¿Dónde te metes? ¡Quiero mi ropa! ¡Ahora mismo!

-¿A cuento de qué viene esto?

Él se incorporó.

-Ese maldito O'Clancy está convenciendo a mi padre para que le venda a Straightaway. ¡Por amor de Dios! ¡Ganó el Preaknes el año pasado! ¡No quiero venderlo! ¡Papá es un incauto! ¡O'Clancy le embaucará si no vuelvo a casa!

-¿Por qué no telefoneas a tu padre y hablas con él?

-No serviría de nada. ¡Dame mi ropa!

Eleanor se apoyó en la puerta con un suspiro.

-Sé razonable. Acaban de quitarte el suero. Estás demasiado débil para andar. Además, ¿estás seguro de que Maureen te ha contado la verdad? ¿No querrá precisamente que vuelvas a tu casa?

Decir aquello fue un error.

-¿Eso piensas, encanto? -preguntó él con una expresión fría y airada-. Tal vez sea un cambio agradable que haya una mujer que me desee.

-Te mandaremos a tu casa cuando el doctor Welder decida darte el alta.

Él saltó de la cama, totalmente desnudo. Se tambaleó un momento, pero se recuperó inmediatamente y fue derecho hacia Eleanor.

Ella intentó no mirar su espléndido cuerpo.

Keegan se detuvo delante de ella, jadeando por el esfuerzo.

-Mis ropas -dijo en voz baja-. O salgo tal como estoy. Eleanor tragó saliva.

-No tengo autoridad para darte el alta -dijo.

Él apoyó las manos en la puerta, a ambos lados de su cabeza y la miró a los ojos.

-Cada vez que hago esto, luchas. O huyes. No me darás nunca una oportunidad, ¿verdad?

-Como acabas de decir, sería un cambio agradable que una

mujer te deseara -dijo ella con suavidad-. Podrías darle a Maureen esa oportunidad. Encajaría perfectamente en tu estilo de vida.

Él cogió un mechón de cabello castaño comprobando su suavidad.

-Eres una esnob -murmuró.

-Soy realista -le corrigió ella.

-¿Así es como lo llamas? Ellie, ¿podríamos besarnos por una vez sin pelearnos? ¿En recuerdo de los viejos tiempos?

-Estoy de servicio.

-No debes temer nada. Nada. Cierra los ojos, pequeña, y déjame actuar a mí.

Había miles de razones para negarse, pero no consiguió pensar en una sola. En cambio, le rodeó el cuello con los brazos y vio su mirada asombrada antes de cerrar los ojos y sentir su boca posarse suavemente sobre la suya.

Le pasó un brazo alrededor de la cintura y la atrajo hacia su desnudo y cálido cuerpo.

-Sí, eso es. Abre la boca...

Ella le obedeció, permitiendo él encuentro de sus lenguas. Sentía la excitación de su cuerpo, su repentino ardor mientras la apretaba contra la puerta.

-Eleanor...

Apretó las caderas contra ella y el beso se hizo aún más ardiente y hambriento.

Eleanor comenzó a deslizar las manos por el firme y suave cuerpo. Le temblaban los dedos.

-Sí -gimió él, invitándola a acariciarle- Sí, acaríciame -susurró agitadamente, abriendo los ojos para buscar los suyos-. Acaríciame por todas partes, pequeña.

«Esto es una locura», pensó ella. Pero sus manos siguieron su recorrido. Cuando le acarició el musculoso vientre, él gimió y tembló. Ella levantó la mirada hasta su cara y se encontró con su mirada ardiente de deseo.

-Me gustaría estar en cualquier otra parte -dijo él en voz baja y ronca-. Quiero acariciarte con los ojos y las manos, a plena luz del día. Quiero ser parte de ti.

-Me das miedo -admitió Eleanor por fin.

-Siento oír eso. Por muchas razones. Borraría estos cuatro años si

pudiera y empezaríamos de nuevo.

-Una vez roto, el espejo no es el mismo.

-Si me dejaras, podría demostrarte que estás equivocada. Si me dieras la oportunidad...

Eleanor cerró los ojos angustiada. Era lo que ella quería: empezar de nuevo con él. Pero había sufrido demasiado.

-Ven a comer a casa el próximo sábado -pidió él-. Mary June ya estará bien. Preparará algo estupendo.

-Tus huéspedes seguirán allí.

-No, te aseguro que no. Yo mismo los llevaré al aeropuerto. ¡Estoy de Maureen hasta la coronilla! Me pone enfermo que me persigan. Estoy acostumbrado a ser yo el perseguidor.

Le cogió la mano entre las suyas y buscó su angustiada mirada.

-Confía en mí por una vez. Sólo esta vez, Eleanor. Parecía sincero. Sabía que no debía creerle, pero su voz la debilitaba tanto como la proximidad de su cuerpo desnudo.

-De... acuerdo -aceptó.

Sus ojos azules brillaban.

-Ahora, bésame y volveré a la cama.

-¿Lo prometes?

-Palabra de boy-scout.

La besó como no la habían besado nunca.

-Acércate más -susurró él, llevándole las manos hasta la parte posterior de sus fuertes muslos-. Acércate mucho, mucho, y déjame sentirte.

Le obedeció con piernas temblorosas y la recorrieron unos deliciosos escalofríos al sentir su fuerte y excitado cuerpo contra el suyo.

-¿Ves lo indefenso que estoy contigo? -susurró-. Me dejas como a un muchacho, excitado, inquieto y descontrolado. Creo que me turbas como no lo ha hecho ninguna otra mujer.

Era muy halagador. Eleanor suspiró y luego le devolvió el beso apasionadamente hasta que él se estremeció y la apartó con suavidad.

Sonreía con malicia.

-¿Te falta la respiración? Lo mismo me pasa a mí.

-Tengo... que irme -dijo ella.

-Será mejor que te retoques el maquillaje, Ellie. Parece como si

hubieras estado haciendo el amor.

Él también. Tenía el pelo rojo revuelto y los labios algo hinchados, como ella. Eleanor le acarició con un dedo las cejas, la recta nariz y la firme barbilla.

Keegan se llevó las manos a los labios y besó las palmas.

-Es la mejor medicina que me han dado desde que ingresé -susurró.

-Pero ha sido poco ético.

Se apartó de él lentamente; fascinada por la simétrica belleza de su cuerpo.

-No deberías sentir vergüenza -dijo Keegan-. No siento esto con todas las mujeres. Yo no me avergüenzo de que me afectes así.

-No, yo tampoco -dijo ella, sorprendiéndose a sí misma. Le sonrió mientras se acostaba y se subía la sábana hasta la cintura.

-Eres muy guapo -le dijo sin poder contenerse.

-Y tú también -contestó él, mirándola cálidamente. De repente, su expresión se endureció.

-Haz el amor conmigo, Eleanor. Permíteme suavizar los recuerdos. Permíteme demostrarte que no soy un bruto egoísta.

-No fuiste egoísta. Yo no tenía experiencia y no me di cuenta de que te estaba provocando.

-Fue la primera vez que perdí el control con una mujer. Debes creerme porque es la verdad.

Aturdida, Eleanor entró en el cuarto de baño y se arregló el pelo. Parpadeó al ver reflejados sus labios hinchados y su mirada alterada. Confiaba en que Darcy no lo notara.

-Tienes muy buen aspecto -dijo él cuando salió. Extendió una mano y Eleanor fue hasta la cama sin hablar. Él le cogió una mano y se la llevó a los labios.

-Vuelve para quedarte conmigo cuando termine tu turno. Ella comenzó a asentir, pero se acordó de Wade.

-No puedo -gimió-. Wade va a llevarme a cenar. La expresión de Keegan fue indescriptible. Titubeó un instante y luego, le soltó la mano, dejándose caer en las almohadas.

-Granger otra vez. Bueno, puedes romper la cita. No quiero que vuelvas a verle.

-¡Ya estás otra vez dándome órdenes! Eleanor retrocedió unos pasos.

-Muy bien, señor Taber. Puede dar todas las órdenes que desee, pero no espere que yo las acate. No soy su esclava personal, a pesar de su innegable destreza haciendo el amor. ¡No me seducirá por segunda vez!

-¿No? -la desafió Keegan, con ojos brillantes-. Espera y verás.

-Espera tú. Yo tengo trabajo que hacer.

Se dio la vuelta y salió rápidamente. Se odiaba por haber confiado en él en un momento de debilidad.

Darcy fingió no ver las consecuencias de su visita a Keegan, pero se pasó el resto del día sonriendo.

-Quiere verte -le dijo a Eleanor antes de dejar el servicio y después de volver de contestar a una llamada de Keegan.

-Le mandaré una fotografía para que pueda verme. Tengo que darme prisa para entregar el informe. Hasta mañana, cariño. Que pases una buena tarde.

-¡Eleanor, no puedes dejármelo a mí! ¡Yo no le gusto!

-Eso es muy normal. A él no le gusta nadie -le aseguró Eleanor con una sonrisa-. ¡Hasta luego!

Wade la recogió a las seis para ir a un pequeño y agradable restaurante italiano. Pero Eleanor estuvo distraída. Picoteó la comida y contestó con bastante indiferencia a las bromas de Wade.

-¿Estás disgustada con él? -le preguntó Wade afectuosamente.

-Se ha portado de un modo horrible y no comprendo por qué no consigo borrarlo ni de mi vida ni de mi cabeza. Me siento fatal.

-El amor es una enfermedad a la que todos somos vulnerables en un momento u otro. ¡Ánimo, chica! ¡No te rindas! ¡Estamos al borde de la victoria!

-¿Eso crees? Él sonrió.

-Corren rumores de que los O'Clancy vuelven a Irlanda en seguida.

-Entonces, en cuanto Keegan pueda levantarse, irá tras ellos.

-¿Te apuestas algo? Estoy convencido de que el blanco eres tú y no Maureen.

-Entonces será mejor que se prepare para un largo asedio.

-Me has dicho que te ha invitado a almorzar el sábado. Ve. Y mientras estés allí, insiste en lo bien que nos va a nosotros dos.

-¡Sálvame de él!

-No necesitas que nadie te salve, preciosa -dijo Wade riéndose

mientras se acababa el café-. Él caerá. Sólo tienes que esperar. Lo tenemos acorralado.

-Yo no estaría tan segura. No creo que quiera comprometerse. Sólo está jugando.

-Creo que te equivocas. Creo que realmente te quiere. ¿Por qué no le escuchas por una vez, Eleanor? Hazle algunas preguntas. Adopta una actitud receptiva. Podrías quedarte atónita con los resultados.

-Lo único que quiere es una aventurilla. Yo no necesito algo así.

-Le necesitas. ¿Cómo vas a sobrevivir sin él? Cariño, a veces hay que llegar a un compromiso que satisfaga a ambas partes. Debes pensar en lo que te estoy diciendo.

-No me asustan los compromisos. Pero no voy a ser yo la única en ceder.

-No creo que tengas que hacerlo. Me parece que muy pronto tendré que buscarme una nueva acompañante.

-Y nunca volveré a encontrar una chica como tú. Sería capaz de empujar a Keegan desde un avión si con ello te consiguiera. Pero me gustaría verte feliz, y no creo que consigas lo que quieres con alguien que no sea Keegan.

Una hora después, Eleanor vio alejarse el coche de Wade sintiendo como si acabara de perder a su último amigo. Él no había hablado de salir otro día. Al parecer, esperaba que Keegan y ella solucionaran sus problemas, pero ella tenía sus reservas. Había demasiadas diferencias sociales y económicas entre los Whitman y los Taber para lograr una relación permanente. Y Eleanor no deseaba otra cosa. El problema era que no sabía qué más podía hacer.

Al llegar al trabajo la mañana siguiente, se enteró de que Keegan había pagado la cuenta la noche anterior y se había ido a su casa. Fue un disgusto y un alivio a la vez.

Hizo su trabajo, evitó las preguntas de Darcy y, cuando llegó la hora de volver a casa, estaba agotada. Su padre estaba ocupado en su taller y no hizo preguntas cuando le dijo que iba a echarse una siesta antes de preparar la cena.

Estaba soñando. La estaban acariciando, abrazando, amando. Sonrió cuando la cara de Keegan apareció en su campo visual. Sobresaltada, se dio cuenta de que no era un sueño. Él era real.

-No te asustes -dijo Keegan conteniendo la risa mientras la cogía en brazos y la levantaba de la cama-. Voy a llevarte a casa para que veas mi nuevo potrillo.

-Pero... Pero estoy durmiendo -protestó ella, frotándose los ojos con las manos.

-No, ya no, preciosa.

Se inclinó y la besó suavemente en los labios.

-Despierta, bella durmiente.

Ella le rodeó el cuello con los brazos, ahogó un bostezo y apretó la cara contra su cuello. Olía a colonia y a jabón. Se acurrucó contra él.

-No hagas eso -dijo Keegan-, a menos que desees que encuentre un uso más satisfactorio para tu cama.

Ella contuvo la respiración. Estaba medio dormida e indefensa. De repente, la atmósfera de la habitación era ardiente, tensa y cargada de promesas.

-Tu padre está con el mío, viendo al potrillo -dijo Keegan con voz ronca-. Les dije que vendría a buscarte. Tardarán al menos media hora en echarnos de menos. ¿Eleanor?

Ella apoyó la cabeza en su hombro, le miró y no tuvo tiempo de ocultar su deseo.

La mirada de Keegan se desplazó a sus pechos. No llevaba puesto el sujetador y a través de la blusa se transparentaba el contorno oscuro de los pezones. No era lo que había planeado, pero su cuerpo le atormentaba. La deseaba de un modo insoportable. También ella le deseaba a él.

-Podemos amarnos en esa cama -susurró agitadamente, moviéndose hacia la misma-. Sábanas frías, cuerpos ardientes. Podemos darnos placer mutuamente, Ellie. Cuando llegue el momento, me verás enloquecer. Déjame mostrártelo.

Keegan la sentó en la cama, sujetándola mientras retiraba la colcha, sin dejar de mirarla. Luego, la tumbó y tiró la almohada a un lado. Comenzó a desabrocharle lentamente los botones de la blusa dejando expuestos los pechos desnudos.

Los miró y contuvo la respiración. Eleanor estaba más desarrollada que a los dieciocho años. Se inclinó y acarició los duros pezones, frotándolos hasta que ella tembló y se mordió el labio.

-Grita si lo deseas -dijo él con voz ronca—. Puedes hacer todo el ruido que quieras. Nadie nos oirá.

Eleanor se sentía indefensa. Él se había presentado en el peor momento. El deseo reprimido durante años estalló de golpe, dejándola sin fuerzas para resistirse.

-Levanta -dijo él suavemente-. Déjame desnudarte. Le dejó hacer. Le observaba con los ojos muy abiertos mientras sentía sus manos cálidas y callosas quitándole los pantalones cortos y las braguitas de encaje hasta que quedó desnuda sobre las frías sábanas.

Keegan le cogió las manos y las puso sobre su cuerpo.

-Desnúdame, Eleanor.

Ella no supo de dónde había sacado el valor necesario. Nunca había desnudado a ningún hombre, ni siquiera a Keegan. Sólo recordaba el dolor. Vaciló antes de quitarle la camisa y dejarla caer al suelo.

-No te haré daño esta vez -prometió él mirándola a los ojos-. Esta vez todo va a ser como debió ser la primera vez. Eleanor encontró la hebilla del cinturón. Volvió a titubear. Keegan se echó a reír y se puso de pie.

-Lo haré yo por esta vez -musitó.

Keegan se quitó el resto de la ropa mientras ella le observaba fascinada. Luego, se tumbó junto a ella.

-Dicen que los sueños no se convierten en realidad -susurró él mientras sus manos recorrían sensualmente los senos femeninos-. Vuélvete y apriétate contra mí, pequeña. Quiero sentir cada centímetro de tu cuerpo contra el mío.

La ayudó, inclinándose a besar su boca entreabierta sin dejar de acariciarla por todo el cuerpo.

Al principio, Eleanor yació inmóvil, aceptando sus caricias, pero cuando Keegan la acarició más íntimamente, comenzó a agitarse. Cuando la boca masculina se apoderó de sus pechos y descendió por su vientre hasta los muslos, Eleanor estaba gritando.

Keegan no había visto nunca excitarse a una mujer de aquella manera. El deseo de Eleanor aumentaba el suyo de un modo insoportable. Pensó que ella debía amarle. Si no, con su falta de experiencia, no podría entregarse de aquella manera. El pensamiento le enloqueció.

-Te deseo -musitó Eleanor entrecortadamente.

Tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. ¡Te deseo! ¡Te deseo!

Keegan se colocó sobre ella, aprisionando el suave cuerpo contra el colchón. Eleanor tembló ligeramente cuando se movió sobre ella. Levantó la cabeza para asegurarse de que no la estaba haciendo daño.

-Shh -susurró tranquilizadoramente, retirándole de la frente el revuelto cabello castaño dorado

Le miraba asustada.

-Relájate, Ellie. Sí, así. Relájate y déjame el resto a mí. Sí. Keegan sonrió con ternura al sentir la cálida y suave carne envolviéndole con deliciosa facilidad. Acentuó la penetración mientras Eleanor le clavaba las uñas en las caderas y se agitaba contra él jadeando.

-¡Oh, Dios! ¡Esto va a ser celestial! -susurró él roncamente-. No tengas miedo, pero ahora va a ser un poco... brusco. ¡Ahora, pequeña!

Eleanor sintió los bruscos movimientos de su cuerpo con una sensación de admiración porque no sentía dolor. Era algo insoportablemente dulce. Cerró los ojos con un escalofrío exquisito cuando él la acarició de un modo que inundó su cuerpo de placer.

-Sí, hazme eso -suplicó contra su boca-. Sí, así. ¡Así! ¡Keegan!

Keegan no pudo recordar lo que ocurrió después. Eleanor estaba gritando y él iba en una montaña rusa que no podía detener. Gritó él también con un sonido atormentado. Su cuerpo se arqueó y su cara se estremeció en una agonía exquisita mientras gritaba el nombre de ella.

-Keegan... -susurró Eleanor, acariciándole, consolándole, con los ojos llenos de lágrimas-. Keegan...

-Gracias -murmuró él estremecido-. Gracias por confiar en mí, por entregarte con tanta ternura. Hasta ahora no conocía la paz. Tenía que enseñarte que esto puede ser mágico. Un hombre y una mujer pueden alcanzar el cielo.

-Eres mi amante -susurró ella, cerrando los ojos.

-Siempre he sido tu amante -murmuró él-. Sólo yo. Ella se estiró y suspiró mientras él rodaba a un costado y se inclinaba sobre ella, sonriendo.

-Ahora, vamos a ver a mi potrillo -murmuró-. Y luego te daré de cenar.

Eleanor deseaba volver a hacer el amor, pero no se atrevió a pedírselo. ¿Podía haberla amado de aquella manera sin sentir algo por ella? No lo creía.

-De acuerdo -dijo-. Voy a vestirme.

-¡Qué crimen! ¡Cubrir un cuerpo como ese! -murmuró él mientras la veía vestirse.

-Tú también tienes un aspecto estupendo -dijo ella tímidamente.

Keegan se levantó suspirando y se vistió. Cuando terminó, se acercó a ella y la abrazó durante un largo instante.

-No estás tomando la píldora, ¿verdad? Ella se atragantó.

-No.

Él levantó la cabeza y la miró.

-Si te quedas embarazada, yo cuidaré de ti.

Eleanor se apartó de él. Tenía la impresión de que no se había referido al matrimonio precisamente.

-Será mejor que vayamos a la granja -dijo evasivamente. Él frunció el ceño.

-No me quedé embarazada entonces -comentó ella sin mirarle- y no es probable que me quede ahora.

-Podría ocurrir, si esto se repite.

-No se repetirá -dijo ella firmemente y salió del cuarto-. Un desliz no es una aventura, Keegan.

-Yo no deseo una aventura -rezongó él.

-Sí, ya lo sé.

Eleanor llegó a la puerta principal con Keegan tras ella.

-Espera un minuto -dijo él-. Vamos a aclarar esto ahora mismo. ¡Estás totalmente equivocada!

-¡No! ¡No estoy equivocada! Tú sí. Ahora soy una mujer, no una niña. ¡No te conviertes en mi dueño por haberme seducido!

Él se quedó atónito. Comenzó a decir algo, se detuvo y lo intentó de nuevo.

-No había planeado lo ocurrido -dijo con suavidad-. No tenía la intención de que sucediera.

-Nunca la tienes -dijo ella, riéndose despectivamente-. Lo que ocurre es que soy fácil de manejar. ¡Y estúpida! Él hizo una mueca. ¡Ella no entendía nada! Pensaba que la estaba utilizando.

-¡Por amor de Dios! ¡Por favor, pequeña! ¡Escúchame!

-Mira, ahí viene papá.

Gene Taber conducía el coche que se acercaba a la casa. El padre de Eleanor ocupaba el otro asiento. Ella se sonrojó al pensar que podían haberse presentado unos minutos antes. Ahora, sin embargo, agradecía la interrupción. Ni siquiera podía mirar a Keegan. ¿Cómo iba a poder dormir otra vez en aquella habitación?

Capítulo 10

-Se me ha olvidado la pipa -dijo Barnett Whitman sonriendo-. Y sin ella no sé pensar, ni construir una valla decente. Un potro precioso, Eleanor. Deberías ir a verlo.

-A eso íbamos -dijo Keegan, cogiéndola de la mano.

-Espera -protestó ella-. Tengo que cambiarme.

-No es la primera vez que veo unas piernas femeninas -bromeó Gene Taber.

-Pero voy muy informal -insistió ella.

-¿No tienes un pareo? -preguntó Keegan.

¿Cómo lo sabía él? Asintió y corrió a sacarlo del armario. No podía pensar. No se atrevía a hacerlo. Ya tendría tiempo de lamentarse más tarde.

Se ató el pareo alrededor de la cintura y volvió al porche. Keegan se acercó a ella y le tendió una mano. Suspiró débilmente y se la cogió. Sintió sus dedos contraerse cálida y posesivamente. Él sonreía.

-Vamos -dijo, llevándola hacia el coche-. Iremos detrás de su coche.

-Tienes mejor aspecto -murmuró ella.

-¿Te refieres a desde que salí del hospital? -preguntó él, sonriendo cuando ella sé sonrojó-. Sí, me siento mejor. Aún no te he dado las gracias por decirle a papá lo que tenía que hacer.

-Estaba muy preocupado.

Keegan la ayudó a sentarse en el Porsche rojo.

-Y tú también, según me han dicho -añadió mientras cerraba la puerta.

Eleanor se recostó en el respaldo mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Gene Taber ya había puesto en marcha el

Buick verde en el que le acompañaba Barnett. Parecía una reunión familiar, pero lo único que ella deseaba era... era estar con Keegan y no separarse nunca de él. No soportaba la idea de volver a quedarse sola, de estar sin él el resto de su vida. Sobre todo en ese momento. ¿Y si se había quedado embarazada?

Se llevó una mano al vientre involuntariamente. Sería maravilloso tener un niño al que amar, al que cuidar. Sonrió. Keegan observó su sonrisa y su mano y sonrió también. Comenzó a silbar, mirándola de reojo y sonriendo.

Ella le miró y apartó en seguida la vista. Pensó con amargura que parecía muy complacido. Había conseguido lo que deseaba y estaba satisfecho. Ahora podría salir en busca de otra pieza.

-El potro lo ha parido Main Chance y su padre es Straightaway -dijo él-. Va a ganar la Triple Corona. Es una belleza.

-¿No fue Straightawav el responsable de tu huida del hospital?

-Tenía que hacerlo. El maldito O'Clancy estuvo a punto de llevárselo.

Keegan aparcó el coche junto al de su padre en el garaje.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó inesperadamente mirándola con preocupación.

-Des... Desde luego -tartamudeó ella.

-No te hice daño, ¿verdad?

Ella movió la cabeza negativamente y él hizo un gesto de asentimiento, aparentemente satisfecho. Salió del coche y la ayudó a salir.

-Nosotros vamos a examinar el trazado de la valla -les dijo Gene-. Barnett asegura que ya puede trabajar. Nos reuniremos con vosotros para la cena. A propósito, Mary June ha preparado jamón asado. Jura y perjura que no volveremos a ver otro pollo en nuestra vida, hijo.

Keegan se echó a reír mientras estrechaba los dedos de Eleanor entre los suyos..

-Me parece perfecto. Incluso estoy pensando en vender mis acciones de esa granja de pollos.

-No te lo reprocho, muchacho -comentó Barnett sonriente. Los dos hombres mayores atravesaron el patio mientras Keegan llevaba a Eleanor al espacioso establo. Se detuvo en una caballeriza intermedia y la colocó delante de él para que pudiera ver por

encima de la puerta.

Dentro había una esbelta y bella yegua parda con un pequeño potrillo zanquilargo.

-¿No es una belleza? -preguntó Keegan, orgulloso. Le puso las manos en los hombros y se los acarició lentamente-. Es un puro nervio, un precioso diablillo.

-Desde luego es un campeón -dijo ella-. Siempre me han encantado los caballos, aunque no entiendo mucho.

-Yo podría enseñarte. Podría enseñarte todo lo que desees saber. Y no me refiero al sexo -añadió cuando ella se volvió para mirarle, enfadada.

Aquello la aplacó. Le miró fijamente. El placer volvió a invadir su cuerpo bajo la intensa mirada masculina.

-¡Por amor de Dios! ¡No me mires así! -dijo él bruscamente-. ¿No comprendes de qué modo me afecta?

Ella no le comprendía, pero lo hizo cuando la apoyó contra su cuerpo.

-No te apartes -pidió él en voz baja-. Ahora me perteneces. Sabes todo lo que tienes que saber sobre mi cuerpo y sus reacciones.

Le sonrió cálidamente.

-Además, eres enfermera.

-Eso no me hace sentirme más segura -confesó ella. Apoyó las manos en su pecho y le sintió estremecerse. Podía sentir el vello a través de la fina tela de la camisa. Levantó la vista, fascinada por el nuevo enfoque de su relación, por lo que estaban compartiendo.

-¿Cómo están las cosas entre Granger y tú? Ella se movió inquieta.

-No tengo por qué contártelo.

Él la cogió por la barbilla y la obligó a mirarle a los ojos.

-Después de lo ocurrido esta tarde, tengo derecho a saberlo. Me has dado algo que Granger no ha conseguido nunca.

-Le tengo cariño a Wade.

-¿Y qué sientes por mí?

-Te... deseo -confesó, cerrando los ojos.

Después de todo, era cierto. Le deseaba. Pero no estaba dispuesta a decirle el resto, a decirle que le amaba y que nunca había dejado de amarle. Su corazón y su cuerpo le pertenecían sólo a él.

El le acarició lenta y posesivamente los brazos desnudos.

-¿Sólo me deseas, Eleanor?

Ella le miró a los ojos.

-¿Qué esperas de mí? ¿Otra confesión de amor eterno? ¿Quieres que se repita la historia? ¿No te basta con el deseo físico, Keegan? Ambos somos adultos. Y estoy segura de que te sientes aliviado al ver que no pongo mi corazón a tus pies por segunda vez.

-¿No te gustaría volver a amarme? -preguntó él suavemente-. Dios sabe que ambos hemos madurado mucho. Eleanor le miró fijamente.

-El deseo no es suficiente para construir una relación -dijo-. Es lo que me dijiste hace cuatro años. ¿Recuerdas? Se echó a reír con amargura.

-Lo recuerdo.

-Comprendo que intentaste ser amable -admitió ella-. Estabas enamorado de Lorraine y no podías disimularlo. Si yo no hubiera estado tan enamorada...

Keegan la soltó. Le dio la espalda y encendió un cigarrillo. Luego, miró el techo.

-¿Intentas vengarte de mí, Ellie?

-No, no es eso. Intento decirte que deseo tener una relación estable, cierta seguridad y un futuro que no se limite a momentos robados en el asiento trasero de un coche o en una casa vacía.

-¡Oh, Dios! -gritó él, inclinando la cabeza-. ¡Oh, Dios! ¿Por qué no me escuchas?

Se volvió hacia ella. En sus ojos azules se veía dolor y algo parecido a la frustración.

-¡No te estoy ofreciendo un amorío clandestino!

-No me importa -dijo ella haciendo un esfuerzo para hablar con calma-. Wade me ha pedido que me case con él. Y después de lo ocurrido hoy, le voy a decir que sí, Keegan. Porque no puedo correr el riesgo de que se repita lo sucedido. No soy capaz de decirte que no. Pero lo haré si estoy comprometida con otro hombre.

-No podrás darle lo que me has dado a mí.

-Desde luego que no. Pero cuidaré de él y estaré a su lado cuando me necesite. Tendré todo lo que desee y le daré hijos.

Él la miraba como si le hubiera clavado un puñal. De repente, se volvió. De modo que estaba equivocado. Ella no le amaba. Sólo le

deseaba. Y tenía tanto miedo de volver a entregársele que iba a casarse con un hombre al que .no amaba para alejarle de su vida. ¡Qué horrible y amarga ironía! Él la había rechazado cuando ella le ofreció su amor y ahora que lo deseaba no podía recuperarlo. ¡Qué ironía!

-Entonces, supongo que todo ha terminado -dijo con voz apagada, sin vida.

-Así es -admitió ella.

Eleanor salió del establo a la luz del sol.

Keegan la siguió con una mirada fría como la muerte. La había perdido. Si no la hubiera presionado, si se hubiera contenido aquella tarde... Pero la deseaba desesperadamente. Y había creído que si le mostraba lo que sentía se resolverían sus problemas. Lo único que había conseguido era empujarla a un matrimonio sin amor.

-Preferiría no quedarme a cenar-dijo ella cuando llegaron al porche delantero.

-Si te vas ahora, ellos se extrañarán. Eleanor hizo una mueca.

-Sí, supongo que sí.

-Lo siento. Lo siento por todo. Por el pasado y por el presente. Incluso por el futuro. Al parecer sólo sé hacerte daño, cuando eso es lo último que deseo.

-No me has hecho daño.

-Te seduje -dijo él, mirando fijamente su cigarrillo.

-¡No!

Eleanor le tocó ligeramente en un brazo.

-No, no fue seducción. Yo te deseaba.

-¿Qué haremos si estás embarazada? ¿Le contarás a Granger la verdad?

-Si estoy embarazada... No sé qué haré, pero lo tendré. Él comenzó a acariciarle la cara, pero se detuvo.

-No quiero perderte dos veces. Ella frunció el ceño.

-No lo comprendo.

-Yo...

-¡La comida está servida! -gritó Mary June-. ¡Daos prisa!

-¡Maldita sea! -musitó Keegan.

Aplastó el cigarrillo con el tacón. Bueno, tal vez sea lo mejor. Vamos.

La guió hacia las escaleras, dejándola meditar sobre lo que le había dicho.

-Gracias a Dios que podemos sentarnos a la mesa en paz ahora que los O'Clancy se han ido -declaró Gene jovialmente cuando Mary June comenzó a servir la cena-. Había noches que creía que Maureen iba a arrastrar a Keegan bajo la mesa para violarlo entre plato y plato.

Keegan miró a su padre con una tenue sonrisa.

-Yo también lo pensé un par de veces -murmuró-. Era demasiado lanzada para mi gusto.

-Yo tuve el mismo temor cuando Wade fue a cenar -comentó Barnett, mirando a su hija con una amplia sonrisa-. Se le hacía la boca agua cuando miraba a Eleanor.Keegan dejó de golpe su vaso en la mesa, mientras Eleanor se sonrojaba y los dos padres intercambiaban discretas sonrisas.

-Aquí está -les interrumpió Mary June, dejando una fuente con jamón en la mesa-. No se comerá más pollo en esta casa -añadió mirando a Keegan-. Nunca he visto nada igual. Hay tipos que intentan suicidarse con pollo envenenado.

Keegan le devolvió la mirada.

-No estaba intentando suicidarme.

-¡Cualquier tonto que ponga el pollo guisado en el mismo plato en el que estuvo crudo se merece lo que le pase! -repuso Mary June.

-Doña Perfecta -replicó Keegan-, ¿nunca has cometido una equivocación?

-Sí, señor -admitió ella-. ¡Decir que sí cuando el señor Gene me pidió que trabajara para él!

-¡Ya basta! -rugió Gene, golpeando la mesa con el puño-. ¿No vamos a poder tener una cena pacífica en esta casa? Mary June hizo un gesto de desprecio.

-Empezó él.

-¡Ja! -repuso Keegan.

-Voy a echar al cubo de la basura el pastel de chocolate que acabo de hacer-amenazó la cocinera, frunciendo los labios. Keegan suspiró. Cogió la servilleta de su regazo y la agitó en el aire.

-Haz el favor de mantenerte alejado dé mi cocina desde ahora -advirtió Mary June-. No me gusta ver suicidas por aquí. Se retiró mientras Keegan refunfuñaba:

-¡Algún día, algún día...!

-Shh -siseó Gene-. ¡Se marchará! Keegan sonrió.

-¡Ojalá!

-Nos moriríamos si tuviéramos que depender de tus dotes culinarias -le dijo Gene a su hijo.

-Sólo porque puse el maldito pollo en el sitio equivocado...

-Debiste casarte con Maureen cuando tuviste la oportunidad -dijo Eleanor con una sonrisa forzada-. Ella te habría hecho pasteles.

-No sabe ni siquiera comprar un pastel decente, mucho menos hacerlo -gruñó Keegan-. Y puedo elegir a mi propia esposa. Gracias.

Eleanor sonrió débilmente. Intentó comer algo.

-Me gustaría que te casaras -dijo Gene-. Me estoy haciendo viejo sin tener nietos.

-Adóptalos -le aconsejó Keegan. Miró de reojo a Eleanor.

-Me gusta mi libertad.

Eleanor no levantó la vista, pero sintió como si le hubieran partido el corazón por la mitad. Era la verdad. Él no deseaba casarse con nadie. Pero, ¿qué necesidad tenía de restregárselo por las narices después de que ella se le había entregado?

-Te está poniendo el cebo, muchacha -dijo Gene.

Ella levantó la cara y vio a Keegan sonriéndola.

-No me importa si muere solterón.

-Mujer insensible -musitó Keegan.

Terminó de comer y se recostó en la silla suspirando. ¿Por qué no hablar abiertamente del asunto? Podría contar con uno o dos aliados. Y los necesitaba.

-¿Por qué no te casas conmigo y haces de mí un hombre honesto? -le preguntó bruscamente.

A ella se le cayó el tenedor ruidosamente en el plato. Lo recogió, sonrojada y sin aliento, mientras todos los ojos se clavaban en ella.

-¡Eres un animal! -exclamó.

Él frunció los labios y la observó con aquella sonrisa posesiva que tanto detestaba.

-¿Por qué no? Soy atractivo y asquerosamente rico.

Gene y Barnett la miraban fijamente mientras ella buscaba alguna excusa elegante.

-No sabes guisar.

-Puedes enseñarme.

-Voy a casarme con Wade.

-¡Tendrás que pasar por encima de mi cadáver! ¡No consentiré que te unas a ese play-boy!

-¡Mira quién llama play-boy a Wade! -gritó ella-. ¡Tuviste el valor de acusarle de hacerlo colgado de la rama de un árbol cuando tú eras capaz de intentarlo en un cuarto de hospital con las enfermeras entrando y saliendo!

-Eleanor -la reprendió él, señalando a la fascinada audiencia, que ahora incluía a Mary June-, ¿cómo puedes avergonzarme así?

-¡No te avergonzaría aunque te quedaras desnudo en mitad de Central Park!

Él sonrió lentamente.

-Si me acompañas, voy ahora mismo a comprar dos billetes para el avión de Nueva York.

Ella se levantó.

-Me rindo.

-Cásate conmigo, Eleanor, o te perseguiré día y noche -amenazó Keegan.

Ella se sonrojó. Se dio la vuelta.

-Me voy a casa.

-Te llevo.

-¡No!

Estaba a punto de llorar. Cómo podía humillarla de aquel modo? Le amaba y él estaba convirtiendo todo en una estúpida broma.

Keegan vio sus lágrimas y se preguntó si significarían amor. Si jugaba sus cartas con cuidado, aún podría apartarla de Wade.

-Si estás decidida, nos vamos todos -dijo Gene, sonriendo-. Vamos, Barnett.

-Yo no voy con él -dijo Eleanor señalando a Keegan. Él suspiró teatralmente.

-Rechazado por la mujer de mis sueños. Moriré de amor por ti, Eleanor.

-De lo único que corres el peligro de morir es de tus guisos -dijo ella mordazmente-. Me voy a casa. Buenas noches. No le dijo nada más y se metió en el coche de Gene. Los dos hombres fueron charlando todo el trayecto.

Una vez en casa, se fue directamente a la cama. Fue lo peor que podía haber hecho. La cama todavía olía a Keegan. Podía cambiar

las sábanas, pero no podría borrar los recuerdos nunca.

Capítulo 11

Eleanor creía que pasaría algún tiempo sin ver a Keegan. Pero, cuando bajó a preparar el desayuno a la mañana siguiente, estaba en el cuarto de estar con su padre, tan relajado como si fuera su propia casa.

La miró cuando entró y la sonrió.

-Buenos días, preciosa. Estás guapísima con eso.

«Eso» eran unos vaqueros viejos y una camiseta verde. Eleanor tenía el día libre y no había esperado encontrar a Keegan instalado en el cuarto de estar esperándola.

Le miró y se puso roja al recordar lo fácilmente que había sucumbido el día anterior. Keegan notó su rubor y sonrió más ampliamente.

-No te esperaba -dijo ella.

-Me lo imagino. Qué tenemos de desayuno?

-¿Está peor el tobillo de Mary June? -preguntó ella sarcásticamente.

-No, pero me gustan tus tostadas. Y tu dulce compañía, preciosa.

-Sí que es preciosa -intervino Barnett-. No comprendo por qué sigue soltera.

-Me estaba esperando a mí -declaró Keegan-. ¿Verdad, Ellie?

-No me llames Ellie.

-De acuerdo, encanto.

Ella comenzó a protestar, pero lo pensó mejor y se fue a hacer el desayuno.

Keegan no dejó de observarla mientras desayunaba. Ella no comprendía qué querría después de lo sucedido.

-¿Quieres venir conmigo a ver una carrera de trotones? -preguntó Keegan mientras Eleanor se tomaba el café-. O si no,

podemos ir a ver los añojos de Gainesmor Farm. He visto uno por el que me gustaría pujar.

Ella inclinó la cabeza asombrada.

-Sabes que no entiendo de caballos.

-Está bien. ¿Y qué dices de un paseo por el bosque? O puedes coger la caña de pescar de tu padre y vamos a buscar lombrices.

Tengo... que trabajar en el huerto. La cizaña está acabando con mis tomates.

Él frunció los labios y se encogió de hombros.

-Entonces nos ocuparemos de los tomates. Me da igual lo que hagamos siempre que lo hagamos juntos.

Barnett Whitman mostraba una sonrisa de oreja a oreja. Se terminó el café y se puso de pie.

-Tengo que ver a Gene. Vuelvo al trabajo hoy. Antes de que protestes, Eleanor, el médico me ha dado permiso.

Ella arqueó una ceja.

-¿He dicho algo?

-No, y veo que no lo harás. Hasta luego, chicos.

Cuando Barnett se marchó, Keegan volvió al ataque.

-¿Estás segura de querer pasar el día escardando la cizaña? Ella le miró enfadada.

-No me voy a acostar contigo, si ésa iba a ser la siguiente pregunta.

-No, aunque me gusta más acostarme contigo que comer -dijo él, mirándola con ojos sonrientes-. Somos algo increíble haciendo el amor.

Eleanor clavó la mirada en la taza que sostenía. El corazón le latía violentamente porque él había utilizado aquel tono lánguido y sexy que ella recordaba tan bien.

-Sigo preguntándome qué habría sucedido si no me hubiera dejado llevar por la tentación aquella noche de hace cuatro años -dijo él con gesto ausente.

-Probablemente vivirías con Lorraine y seríais felices para siempre.

-¿Eso crees? Yo no.

Se levantó, sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa azul y lo encendió.

-Lo único que Lorraine y yo teníamos en común era que ambos

pensábamos que ella era una belleza.

-Ella encajaría muy bien en tu forma de vida. Él se apoyó en el fregadero.

-Y tú también -dijo en voz baja. Ella se rió.

-Yo no. No sé nada de caballos y no sé moverme en sociedad.

-Pero eres auténtica. Eres sincera y obstinada y no huyes de las cosas. Tienes cualidades que admiro, Ellie. El dinero no importa nada.

-A mí sí. Mira a tu alrededor. Ésta es una casa estupenda, gracias a tu padre y a ti, pero no es Flintlock. No he tenido un vestido bonito hasta hace poco y no sabía que un buffet de champán consistía en entremeses con distintas bebidas. Cuando entré en casa de Wade, su madre y su hermana me recibieron de uñas.

-Lo que yo pensaba. Las conozco hace años.

-No encajo en ese tipo de sociedad. Tenías razón cuando me advertiste sobre Wade. Sólo soy una campesina que podría tener algún futuro en la profesión de enfermera. Pero como... compañera de un hombre rico, soy un desastre total.

-No estoy buscando una querida -dijo él con voz de terciopelo.

Ella arqueó las cejas.

-Perdona, pero, ¿no es ése el puesto que me estabas ofreciendo? ¿O tienes la costumbre de seducir a cualquiera que tengas a mano?

Él suspiró cansinamente mientras se llevaba el cigarrillo a los labios.

-Eleanor, ¿qué voy a hacer contigo?

-Podrías dejarme sola.

-No puedo.

Keegan extendió una mano.

-Vamos a dar un paseo, Elli. Quiero hablar contigo -ella vaciló, pero al final se levantó. Se prometió a sí misma que era la última, vez que le obedecía.

Cogió la mano extendida y le siguió al exterior. Caminaron hasta la valla que llegaba al riachuelo que atravesaba la propiedad.

-Hace cuatro años -dijo él sin mirarla-, vine a tu casa el día de tu cumpleaños y te pedí que salieras conmigo. Aquella noche, cuando te recogí, llevabas un vestido azul estampado con mangas anchas y escote bajo. El pelo te caía sobre los hombros y olías a gardenias. Te llevé a cenar a un elegante restaurante y luego conduje hasta el río

y aparqué en una zona desierta.

-Keegan...

-Shh...

Cuando llegaron a la sombra de un roble, se volvió y la rodeó con sus brazos. Observó sus facciones atentamente.

-Entonces, empecé a besarte. Y tú me devolviste los besos. Puse la mano bajo el vestido y tú la dejaste allí. Comenzamos a besarnos febrilmente y, de algún modo, te llevé al asiento posterior del Lincoln y te tumbé. Me dejaste que te desnudara. Era una noche clara y cálida. Hicimos el amor oyendo correr el agua y cantar a los grillos y después me dijiste que me amabas. Ella bajó la mirada.

-No es agradable que me lo recuerdes.

-No pretendo atormentarte, Eleanor. Quiero que comprendas lo que sentí. Apenas tenías dieciocho años y eras virgen. Yo era mucho mayor, estaba prácticamente comprometido con Lorraine y me desgarraban emociones contradictorias. No era mi intención que aquello sucediera, pero cuando me dejaste acariciarte no pude detenerme.

-Ahora comprendo que fui tan culpable como tú, Keegan. Estaba loca por ti. Cuando me pediste que saliera contigo, pensé que ya no te interesaba Lorraine y que yo podría tener una oportunidad. Debí comprender que un hombre como tú no se interesaría por una campesina cuando podía tener a una princesa como Lorraine. Pero entonces no lo pensé.

Él tiró el cigarrillo y le cogió la cara entre las manos.

-Nunca me acosté con Lorraine. Lo que sentía por ella era fundamentalmente sexual. Cuando te poseí, no pude seguir deseándola. Por eso me fui alejando de ella. No tenía nada que darle.

Ella le miró a los ojos y lo que vio la dejó atónita.

-Cuando me contaste por qué me habías pedido que saliéramos, deseé morir -confesó Eleanor-. Casi te había asediado. Fue muy humillante.

-No para mí -murmuró él-. Durante toda mi vida, las mujeres me han perseguido porque soy rico. Tú fuiste la primera, y la última, que me quiso por mí mismo.

Ella sonrió.

-Eras muy especial.

-Y tú también.

Se inclinó y la besó con ternura.

-Tu cuerpo me obsesionó cuando te fuiste de Lexington. Tu cara. Tu voz. No podía dormir porque recordaba tu cuerpo bajo el mío y tus gemidos... ¿Sabes cuánto me excita oírte gemir cuando te hago el amor?

-Eres tan... apasionado.

-Y tú también, encanto. Contigo es mucho más que la unión de dos cuerpos. Cuando te poseo, Eleanor, pienso en hijos, ¿sabes?

La besó largamente mientras ella temblaba y se aferraba a sus antebrazos. Sin dejar de besarla, la cogió en brazos y la dejó en el suelo, a la sombra.

Se tumbó junto a ella y comenzó a acariciarla reanudando el beso.

-No -gimió ella.

Pero sus manos se deslizaron bajo la camisa entreabierta acariciaron la cálida carne y el suave vello.

-Me deseas -susurró él con voz ronca-. Te deseo. único que importa.

-No quiero... que me utilices. ¡No quiero!

-Tócame aquí -dijo él moviéndole la mano por el pecho.

-¡Oh, Keegan! Esto no resuelve nada.

-Sí lo resolverá.

Le levantó la camiseta dejando al descubierto los pechos desnudos y excitados.

-Tienes unos pechos maravillosos, Ellie -susurró antes de inclinar la cabeza.

Estuvo perdida desde el primer roce de su boca. Keegan susurró algo que no pudo entender. Él comenzó a desabrocharle los vaqueros sin dejar de acariciarle los pechos con la lengua y los dientes.

-Por favor, Keegan, por favor. No lo soporto.

-Sólo hay un modo de hacerlo.

Se colocó sobre ella, con su boca sobre la suya y las manos rodeándole los pechos. La miró escrutadoramente a los ojos.

-Dime que me amas, Eleanor y te amaré de tal modo que no lo olvidarás mientras vivas. Te haré llorar de placer.

-Por favor, Keegan...

-Dilo, pequeña -susurró él, jugando con la cremallera de los vaqueros-. Vamos. Dilo, Ellie.

Ella cerró los ojos. ¿Por qué no? Después de todo, era suya. Era suya.

-Te amo -susurró, abriendo los ojos-. Siempre te he amado. Siempre te amaré.

Él vaciló y siguió mirándola.

Ella deslizó las manos entre sus cuerpos para acariciarle el pecho.

-¡Oh, Dios! ¡Qué dulce es esto! -gimió, apretándose contra él-. Te deseo. Te deseo aquí, bajo el sol. Quiero mirarte, quiero que me poseas.

Él enloqueció. La desnudó con manos temblorosas y luego se deshizo de sus ropas y volvió a ella febrilmente.

Eleanor se rió. Se rió mientras él la abrazaba y la apretaba contra la tierra.

-Te amo -gritó con una voz que apenas reconoció: Sus dedos se crisparon en la espalda masculina mientras él la penetraba.

-Sí, mírame -dijo Eleanor agitadamente- ¡Mírame!

-Eleanor -gimió él.

Ella buscó una de sus manos y la apretó con la suya.

-Me perteneces -susurró.

-¡Oh, Dios! Sí.

Él cerró los ojos y dejó caer la cabeza junto a la de ella mientras su cuerpo se tensaba y convulsionaba.

-¡Te... amo!

Eleanor sabía que era la pasión lo que le hacía decir aquello. Pero no le importaba. Era maravilloso compartir con él aquel instante. Durante una pequeñísima fracción de tiempo era suyo, totalmente suyo.

Él tembló entre sus brazos durante un largo instante. Y esta vez no se apartó en seguida. Se derrumbó sobre ella y permaneció inmóvil y jadeante mientras ella le acariciaba. Por encima de ellos, en los árboles, cantaban los pájaros.

-Abrázame, Eleanor. Abrázame.

-¿Estás bien?

-Sí. ¿Y tú?

Ella sonrió contra su bronceada mejilla.

-No lo sé.

Él consiguió incorporarse para mirarla con auténtica adoración.

-No dejes de amarme nunca -susurró, besándola en los párpados cerrados-. No comprendí lo que me ocurría hasta que fue demasiado tarde. Y entonces no pude recuperarte.

-¿Me amas? -preguntó ella, insegura.

-¿Cómo puedes preguntármelo después de hacerte el amor así?

-El deseo...

-Amor físico -la corrigió él-. Porque eso es lo que existe entre tú y yo. Siempre lo fue, incluso la primera vez.

-Pero me dejaste marchar. Él la besó en la frente.

-Tenía que hacerlo. Lo había complicado todo al comprometerme con Lorraine. Tuve que obligarla a romper el compromiso y para entonces estabas instalada en Louisville. Te escribí, pero no me contestaste. No te culpé, después de cómo te había tratado. Pero fueron cuatro años espantosamente largos, Eleanor.

-¿Por qué no me lo dijiste cuando volví?

-Te amaba mucho, pequeña, pero cada vez que intentaba acercarme a ti, me rechazabas.

-No lo sabía.

-Sí, lo comprendo. Y luego empezó a rondarte Wade Granger. Sentí deseos de matarle.

-Me comprendió en seguida. Fue mi mejor amigo. Sabía lo que sentía por ti. Salía conmigo para ponerte celoso.

-Tuvo éxito. Me aterraba la idea de perderte. Sobre todo a partir de ayer. Perdí la cabeza cuando te tuve en mis brazos en ese dormitorio. No me habría detenido aunque me fuera la vida en ello. Y cuando dijiste que te ibas a casar con él...

-Fue un último intento para salvarme de ti.

-Y mira dónde te tengo -musitó él, levantando la cabeza para mirar sus cuerpos unidos.

Ella se ruborizó.

-¡Keegan!

-¿Te avergüenzas?

-Sí. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué pasaría si viniera alguien?

-Podemos entrar y hacerlo en la cama. O podemos ir a la ciudad a conseguir una licencia matrimonial -añadió con una sonrisa

maliciosa mientras se apartaba de ella.

Eleanor se sentó y le miró boquiabierta mientras se ponía los pantalones y le tiraba los suyos.

-No me mires así. ¿No quieres casarte conmigo? Dormirías en mis brazos todas las noches. Incluso podríamos tener un hijo o dos si quieres.

Ella seguía mirándole con la boca abierta. Él la ayudó a vestirse, riéndose de su expresión aturdida.

-Menuda ayuda eres -murmuró mientras le ponía la camiseta-. Mujer desvergonzada.

-Me he quedado... sin habla -tartamudeó ella-. ¿De verdad quieres casarte conmigo?

-¿No has oído lo que te he dicho mientras hacíamos el amor? Te amo. Lo que tengo en mente es una aventura para toda la vida, no un revolcón apresurado en el pajar. ¡Quiero tener hijos contigo, pequeña idiota!

-¡Oh!

-Hijos legítimos -añadió él-. Y no creas que no vi cómo te tocabas el vientre ayer y sonreías. Tal vez ya estés embarazada. Tengo la impresión de que no soy estéril.

Ella le miró tímidamente.

-Puedo no encajar en tu mundo.

-Entonces construiremos uno nuevo para nosotros dos. La hizo levantarse y le cogió la cara entre las manos.

-Te amo con todo mi corazón. Quiero vivir contigo hasta que me muera. Y cuando seamos viejos y llegue el final, quiero reposar en tus brazos eternamente. Porque lo único que temo en este mundo es vivir sin ti.

Las lágrimas llenaron los ojos de Eleanor. Él se inclinó y la besó.

-Yo siento lo mismo -dijo ella-. Nunca he dejado de amarte. Nunca hubo nadie más. Te entregué mi corazón y no podía recuperarlo.

-Entonces nos casaremos. Ella sonrió.

-Si estás seguro...

-Estoy seguro -murmuró él, sonriendo-. Estoy cansado de buscar excusas para venir por aquí a diario. Cásate conmigo y nos quedaremos en Flintlock. Mary June nos hará el desayuno.

-¿Quién cuidará de papá?

-Le buscaremos una criada. Alguien que sea también una buena niñera para cuando vengamos de visita.

-¡Oh, cariño! -musitó ella, rodeándole el cuello con los brazos.

-¡Oh, sí! -murmuró él y la abrazó estrechamente-. Bésame otra vez. Luego iremos a casa a darles la buena noticia. Incluso llamaré a tu amigo Wade y se lo diré.

-¡Qué generoso!

-Ahora puedo permitirme ser generoso. La besó suavemente.

-Tengo el mundo entero en mis brazos. Ella suspiró.

-Se me acaba de ocurrir algo.

-¿Qué?

-Cariño, todos nuestros hijos tendrán pecas. Él se echó a reír.

-Calla y bésame.

Ella seguía sonriendo cuando él la besó. Mientras se besaban, pensó que no le importaba nada tener hijos pecosos y pelirrojos. Destacarían entre la gente, lo mismo que su guapo y pelirrojo padre.

Recordó haber leído en alguna parte que la venganza es como el ojo de un tigre, cuya visión se estrecha. Así había visto ella a Keegan, odiándole por lo que le había hecho. Pero todo había merecido la pena. Su tigre tenía los ojos azules y, aunque nunca pudiera meterle en una jaula, sería feliz corriendo libremente junto a él. Cerró los ojos y suspiró mientras le acariciaba la mejilla con la mano izquierda. Mentalmente pudo ver el anillo de oro que él le pondría en el dedo. Sería un círculo de amor interminable.